EL RINCON DE LOS JUSTOS – JORGE VELASCO MACKENZIE

PARTE I

1

De noche, el patio de las carretas quedaba vacío, Se aquietaban las ruedas y Leopoldina echaba otra vez escupito sobre el Ojo Mirador de Fuvio Reyes, tapándole la visión que en ese momento tenía de la vida; ella, en enagua y sostenes rosados, se movía atareada por el centro del cuarto hasta que fingía sentirla vista clavada en la espalda y se acercaba despacio. Qué ves ojito, decía mirando el punto brillante de aquella pupila torcida por un mal aire. Pero la cabeza del Fuvio no se movía, ni su boca soltaba palabra alguna; apretaba la frente contra las cañas hasta que la mujer volvía al centro. Centrada, Leopoldina se sacaba la enagua, la tiraba en la cama con el gesto de una desnudista en desgracia y se enjuagaba la boca. Parada frente al Ojo Mirador de Fuvio Reyes, Leopoldina intentaba distraerse mirando el paisaje de patos y cazadores que animaba el mes de marzo en el calendario; de golpe, como un zarpazo repentino, lanzaba contra la pared un chorro de agua blanquecina que cala en innumerables gotas sobre el piso de tablas.

La Leopa, con el marido alejado, gozaba cada noche de esa visita inquietante. Sin embargo, nunca. tuvo la tentación de hacer pasar al Fuvio a su cuarto de mujer solitaria. Se contentaba con sentirla mirada del bizco: recorriendo su espalda, quemándole los pechos, rompiendo el contracalzón que protegía su sexo sin uso, Era un placer distinto que ella se había inventado en la más absoluta soledad. Lentamente, la iba ganando el deseo hasta que lanzaba con la boca ese chorro ardido que apagaba el ojo hecho brasa. Fuvio Reyes se separaba de la pared, caminaba veloz entre las carretas de carga y llegaba a la calle. Afuera, volvía a morderse los labios al acercarse a las carteleras del Lux, donde creía ver reflejada en los anuncios la imagen de Leopoldina, sonreíde y abierta de piernas. En los rostros de los que entraban a la función nocturna, Fuvio entreveía su propio gesto: la mano oculta en el bolsillo y esa mirada torcida que le marcaba en el rostro el rictus de la lujuria. De niño, la madre de Fuvio había querido curarlo del estrabismo poniéndole una bola de vidrio en cada uno de los ojos torcidos; había intentado una Penitencia de treinta días descalza hasta la urna de la Martillo Virgen, fracasando siempre, Lo que recordaba Fuvio no era el gesto de asombro de los transeúntes, sino la burla que arrastraba su rabo por el vecindario. Alos ocho años, viringo, le gritó el Sebas, una tarde de aguacero. Fue como un latigazo, como una patada en el centro del pecho, porque Fuvio saltó sobre el Sebas como un relámpago. Caído, el burlador seguía gritando; los golpecitos leves del bizco atormentado apenas lo lastimaban, ni siguiera colmaban su enojo que, como una vejiga, necesitaba poco aire para elevarse.

Eran los recuerdos de todas las noches; al abandonarla pared de Leopoldina, le ponían zancadilla. La madrugada avanzaba, iba rompiendo pedazos de sombra sobre los muros, quemando puchos en las aceras de la calle Colón hasta que la anochecida lo sorprendía debajo del Enmascarado de Plata, el carretón del viejo Mañalarga que se movía despertándolo, El patio rápidamente se llenaba de ruidos, las ruedas rodaban, corrían sobre el piso de tierra húmeda marcando surcos que al Fuvio le gustaba seguir cuando todos se habían marchado. Las huellas formaban un laberinto tenaz que agudizaba su imaginación, lo sacaba sus sopores para meterlo en una burbuja llena de senderos cruzados y marcas de aviso. Era el momento que decidía volver a casa. Desde afuera, miraba al viejo Ribadeneira acomodando su espalda a la esterilla, encendiendo el primer cigarro del día que con su humo persistente llenaba la alcoba de toses. Fuvio entraba con el peso de la noche mala en los. ojos, daba saltos extraños frente al catre entibiado por el cuerpo del Viejo y se acostaba vestido, El día era la noche para Fuvio Reyes; las seis horas del sol se las pasaba dándose vueltas en un sueño sudoroso, abriendo y cerrando los ojos para medirla estrechez de su cuarto, para vislumbrar la presencia del viejo Ribadeneira que, agachado sobre la mesita, moldeaba las latas, soldaba adornos, pulía bordes cortantes que se convertían en inofensivos artefactos que los dos negociaban en la feria del domingo. El sábado era el único día que el Fuvio no dormía con sol, ni se acercaba a la pared de Leopoldina. El viejo le cerraba la puerta y los dos se pasaban la noche dando los últimos toques a la hojalatería que los mantenía vivos y despiertos. En el patio de las carretas, los dos hombres formaban una extraña alianza. Desde que la muerte visitó esa puerta llevándose en un cajón a la madre de Fuvio, pocos hablaban con ellos. El viejo hojalatero hundía su mirada en las nalgas de las lavanderas mientras Fuvio dormía su noche de miramelindo, Era el apodo que Leopoldina le había dado cuando creyó que otros ojos la espiaban, que la pupila afiebrada del Ojo Mirador se repetía en toda la pared sembrándole el miedo. Miramelindo, miramelindo, había dicho la Leopa estremecida por su propia desnudez, mientras Fuvio, sonriendo, contestaba: aquí Leopita, aquí; y arañaba las cañas para indicarle con los rasguños el verdadero sitio de su ojo agónico, Delgada y feliz, Leopita esperaba la visita nocturna hasta que Chacón volvió; regresó con el cuento de que había estado de cazador en el Oriente y calmó en tres días y tres noches la ansiedad de Leopoldina, La mujer supo entonces que la Pupila de Fuvio era el inicio de la infidelidad, porque lo siguió esperando noche a noche, le repitió la escena de la enagua y los calzones, y una noche que su corazón blandecía le regaló con los Sostenes que se quedaron caídos como dos copas en una bacanal.

Chacón la miraba sin entender, creyendo que en su ausencia le mujer había leído mucho Pepe Mayo, que había espiado a las bailarinas en los salones, que el bailecito que le tiraba todas las noches era la gratitud desnuda por haber regresado, pero quienes volvían eran el bizco, el sueño Pesado y los perros que acompañaban al Favio con ladridos y meadas largas. Hasta aquí, decía él, midiendo con sus pasos el chorro del Sultán negro. Hasta acá, y

caminaba haciendo equilibrio sobre la mancha para saber hasta donde llegó la fuerza de Gracia Divina, la perra de doña Encarnación Sepúlveda.

Cuando Fuvio estaba contra la pared, todo cambiaba; parecía que había más soledad en el patio, que el silencio ayudaría al Sebas a llegar hasta el cofre de la dueña de casa. Pero la vieja dormía con la mano derecha puesta sobre la cerradura y con un ojo abierto para los ladrones. Olvidalo, decía Sebastián mientras limpiaba el piso del Rincón de los Justos, cuando la Martillo Puta le pedía el asalto. El trapeador y la salonera eran los únicos que sabían que el Fuvio Reyes espiaba a Leopoldina. Los dos lo habían visto mientras se repartían rebuscas en el corredor. Aquella noche, Fuvio Mirador tuvo una visión lejana que se iba precisando, los dos cuerpos se unieron, formaron un bulto que se agitaba, que estaba allí como una sombra viva, Fuvio, dijo el Sebas cuando el bizco pasó a su lado, y estiró un brazo agarrándolo del cuello. El mirón de la Leopa se sacudió espantado, dejó un retazo de tela en manos del trapeador y emprendió la fuga. Los que lo vieron correr pensaron que llevaba un cuerno del diablo metido en el cuerpo, porque no paró hasta llegar a la Plaza Victoria: hundió la cabeza en la pila de los Leones donde el júbilo y la vergüenza se mezclaron con el agua que salía de las fauces de bronce, del cántaro oxidado de la Venus. desnuda que, día tras día, daba de beber a los sedientos mientras las Damas Tetonas de la Caridad la escupían por inmoral. le lanzaban piedras que ella esquivaba sin moverse, Con los ojos cerrados, Fuvio Reyes permaneció al borde del agua. Pensó por primera vez que ya había llegado demasiado lejos, o que la cercanía de la pared de caña debía trasponerse. La presencia de los sirvientes del Rincón de los Justos no solamente le cerró los ojos para pensarlo, sino que le dio el aviso que hacen los truenos en las tormentas. Mierda, dijo, y hundió como nunca sus manos en los bolsillos tocando el miembro, rodeándolo con sus dedos delgados y encallecidos por los cortes de las hojalatas.

El Sebas, todavía con el pedazo de tela en las manos, cruzó la calle, buscó el Charol del Diablo en la esquina del Luxy prendió un cigarro. Encendido, el pucho era un punto rojo en esa boca pequeña que empezó a disparar volutas de humo azul mientras el fumador las admiraba con gloria. Siempre a su lado, la Martillo Puta se olvidó de las Damas Tetonas de la Caridad mirando a su hombre; lo que dijeron los dos esa noche agitada, nadie lo supo. Sordo como había nacido, el cigarrillero no se enteró del chisme que iba a sobresaltar a todo el vecindario de Matavilela. Sólo vio cómo Sebastián posaba la mano en el seno de la mujer y admiró los labios de aquella boca moviéndose al ritmo de las palabras. El trapeador de los pisos, apretando el seno en sus manos, seiba dando aires, Quién iba a creerlo, decía, el Fuvio de mirador de la Leopa, justo él que tiene los ojos torcidos y cuando mira para acá parece que mira para allá.

El Diablo Sordo, sentado en su banquito de madera, parecía un ser de otro mundo. La nuca poderosa sostenía una cabeza de pelo negro y ensortijado, Con el finde la tarde venía hasta la esquina, bajaba el charol que traía equilibrado sobre la cabeza y se sentaba a esperar. La sordera repentina

poco a poco le iba quitando el sentido de las palabras, lo sumergía en profundo silencio en los que la rabia y la burla eran dos globos que se reventaban. Sólo el Sebas podía decirle Diablo Ocioso, tranquilo Diablo Sordo, y como las palabras no le decían nada, le tiraba los pelos, le tocaba la barba y se le iba sin pagar un par de cigarrillos Lord Chesterfield que el Sordo guardaba para sus clientes más caros. El Diablo odiaba al Sebas y amaba a la Martillo Puta. De vez en cuando visitaba el Rincón de los Justos, pedía cerveza negra y se emplutaba mirándola, Su madre tenía que sacarlo en vilo, contratando algún cargador que lo metía en su carreta como un peso muerto. Vendo Diablo, vendo Diablo, iba gritando el cargador muerto de risa.

Abierta la mano en el fondo del bolsillo, el miembro de Reyes se escapó convertido en tripa muerta, el susto del descubrimiento le había corrido la sangre, lo había empujado hasta el borde de la pila, donde estuvo a punto de caer al agua. Un rato después, Fuvio Reyes hizo su regreso contando los pasos: le salieron tres números pares que al llegar a Matavilela le parecieron pocos. El Sebas lo miró aparecer como quien ve visiones; todavía con el pucho encendido en los labios, dio la última chupada y lo llamó a grandes voces, Repetido dos veces el nombre del Fuvio, espantó la cautela que venía andando a su lado. Sebastián, con las dos manos haciendo bocina sobre la boca, lo vio sorprenderse otra vez; creyó que nuevamente le dejaría el polvo de la fuga, pero por primera ocasión en mucho tiempo la cabeza del mirador se alzó, sus ojos chuecos recibieron el impacto de los. neón. Retrocediendo y avanzando al mismo tiempo, cruzó la calle y fue a pararse junto al charol del Diablo que mezclaba chocolatines con colaciones, bombones con bombolinas y unos cucuruchos extraños donde el maní había reposado ya cuarenta días,

Quién podía dudar de lo que todos vieron esa noche de sordos, bizcos y sorpresas. Fuvio estiró la mano al Sebas y el Sebas dejó quietas las manos del Diablo. La Morán Martillo, aquella virgen pública jamás prudente, se agazapó ante el charol, hundió lo más que pudo la cabeza entre los hombros y se quedó mirando la escena arrebatada de alegría. Los tesoros de la dueña de casa se le aparecieron en el aire y la codicia clavó su uña negra en el corazón empobrecido de la salonera, Tres podrán más que uno, pensó, mirándose con chalinas y sandalias entrando a la cripta de su tocaya que por. un momento dejaba su rigidez, abría los ojos para mirar la elegancia y belleza de su nueva devota. Martillito, dijo el Sebas, reventando el sueño de sus ojos abiertos, Hay que celebrar el paso de Fuvio a los merodeadores y el regreso del Diablo a los compañeros. Al Diablo Sordo le gustó el sonido imperceptible que se metió por su oreja y, sin pensarlo mucho, sacó la cajetilla de Lord Chesterfield y le estiró un cigarrillo al Sebas que reemplazó el rompepecho por la caricia del tabaco rubio. El Fuvio no aceptó el pitillo que le estiraban pues sabía que el humo penetraría por su ojo equivocado trayendo las lágrimas.

Ahora, ella abre las piernas y lo queda mirando, se pone las manos en el pubis y lo sigue mirando mientras él se da vueltas en la cama, abre la boca para llamarla y decirle, Leopita ven, pero ella sigue de pie, golpeándose los muslos con las palmas abiertas, y viene un momento cuando ella se fija en la pared y él le busca la mirada, le dice, te afectó la mente mi ausencia, ¿no?, y ella quiere decir que sí, pero sus pensamientos andan lejos, cruzan el patio y llegan a la calle, buscan al Fuvio entre los trasnochadores y vuelven adentro. Su cabeza regresa al cuarto de donde no se ha movido; entonces él se sienta en el borde de la cama, enciende un cigarrillo y la mira, mira el humo azulado que sube en volutas caprichosas, en ráfagas que se mueven contra la luz del foco y no sabe cómo empezar. En la montaña, cuando no había cigarrillos, dice, fumábamos yerbas, y ella sigue moviéndose, pensando lo tranquila que estaba cuando él viajó, cuando aún no lo había conocido en el baile que organizó el comité, y vino, le dijo bailamos y ella bailó, se colgó de ese cuello sudoroso y fue dirigiendo sus pasos al compás de un pasodoble, porque era esa la música que siempre tocaban las orquestas al iniciar su actuación. Ella sigue mirando y pensando y cuando mira estrella su vista contra la pared, y cuando piensa recuerda el día que decidió irse con él, entregarle su cuerpo en ese mismo cuarto donde ahora se muere, y dice: cuando no había mujeres te tirabas a las monas, entonces él mira que el cigarrillo está a punto de terminarse y lo lanza contra la Pared de cañas, ella grita: bruto, y corre a. pisarlo, pero se da cuenta de que está descalza y regresa a la mesita para tomar la jarra; el cigarrillo emite un chillido brevísimo cuando el chorro lo apaga. Él la mira otra vez y ahora se está quitando la camisa, Desde que has regresado sólo tela Pases en cama, dice ella, pateando los restos del pucho que ha terminado por deshacerse, desparramando la viruta negra sobre las tablas; después camina hasta la cama para recoger la bata, pero él estira los brazos, venga mijita, dice, y quiere agarrarla de la cintura, pero ella se escapa, vuelve a irse lejos cruzando esquinas y bocacalles. Qué me pasa, mierda, dice sin decirlo, y en el centro del cuarto otra vez abre las piernas pensando, simulando despertar el deseo en el cuerpo del Chacón que ha vuelto a encender otro cigarrillo y aspira, chupa fuerte el Pucho tragándose una bocanada de humo espeso tosiendo responde que en ese lado de la montaña no hay monas, que lo que sí hice fue tirarme unas manuelas en tu nombre y cuando dice en tu nombre las palabras cobran vida, las frases como que se retuercen en su lengua y las saborea, las suelta poco a poco como si la mujer estuviese en su debajo. Ella sabe enseguida que Chacón no miente. Te sacaste la grande conmigo, dice, y lo mira, lo mira de cuerpo entero y Otra vez se le vuela la memoria, imagina que él está en la esquina silbando, con una revista caricia bajo e: sobaco, tirando lente para su

ventana y ella asomada, apoyando el busto en el alféizar, sintiendo madera donde quería manos, Hace rato que te hablo, dice él, y esta vez la alcanza, la trae hasta su cuerpo y sea pega como un parche Salompas. Mijita, le dice, y ella siente los brazos fuertes de él aprisionándola percibe el olor penetrante de los cigarrillos baratos, el tufo de la axila. Por lo menos te hubieras puesto limón, musita; entonces ella suelta de golpe; cala lastima con el empujón, que la deja cruzada en la cama, la bata abierta, el pelo regado sobre la almohada y en la mirada la furia, la misma furia que trajo a la hora de su llegada al patio de las carretas, cuando todos la miraron entrar, formaron una hilera de miradores, desde el viejo hojalatero hasta los perros, pasando por la gorda Sepúlveda, por el Sebas y la Martillo, por el Fuvio Reyes que la miró por primera vez con la cara ligeramente volteada a la derecha. Entonces, ella siente deseos de llorar, pero sabe que si llora se quedará así toda la noche, y él piensa que sí, que ya le deben saltar las lágrimas para que pueda consolarla, y en medio de los consuelos otra vez aquello, piensa la Leopa, mientras los ojos le arden y la nariz le pica y en la garganta un nudo le hace bola, escupe la saliva quela ahoga y lo mira regresara su lado, lo siente mientras pasa el brazo por su hombro e inclina la cabeza sobre la mejilla. Leopita, le dice, y la palabra es una culebra que se desliza por la oreja con suavidad. Leopita, vuelve a decir, y ahora es la última parte de ese rabo terminado en punta que desaparece en la oscuridad. La oscuridad, él pide que ella apague la luz, imagina que si está oscuro no tardarán en venir las lágrimas, ella no tendrá necesidad de ocultarlas como no ocultó su sorpresa, cuando le avisó que se iba, que en el Oriente a más del petróleo hay otras riquezas, pieles finas y piedras preciosas, la piel de lagarto buena para hacer zapatos, las piedras preciosas que uno las encuentra en bruto, incrustadas en las rocas o en los aguajes de los ríos; por último, podría traer sangre de mono en botellas de a litro, venderla a los tuberculosos de LEA que al tomarle sanarían prontito. ¿No era terrible?, ella pensando que ojalá los monos sele rebelaran, le hagan una redada y le claven los dientes sin matarlo. No era triste ese sueño en que lo veía ahogándose en un río correntoso, con el brazo levantado sobre la superficie y en la mano una piedra. Preciosa, le dice él, y la empuja suavemente de los hombros; ella se deja llevar yes lo más terrible porque siente que la lengua es otra lengua y las uñas que se le clavan en la espalda y los brazos que la cierran; va cercándola como cercaba a los monos en la selva para robarles la sangre; ella, cada vez más desnuda, transparente casi en la blancura de su desnudez, tirada a morir sobre esa cama como s estuviera en el suelo, en plena calle, sola y barrida por la desgracia. Espera, dice ella, y le pide que la deje levantarse, el alivio viene a su lado cuando pone el pie sobre el piso, entonces la Leopa mira al Chacón con lástima, incorporad: otra vez, ensaya el último paso antes de acostarse y todo le parece estúpido, como algo que se realiza con repugnancia, pero no hay forma de detenerse, es como un vicio que la domina. Ella quiere dar vueltas, acariciarse las piernas, estirar su cabellera frivolamente; ella tiene que saber que el ojo está allí y tras el ojo esa cara, el temor y la fealdad que se unieron hace dos meses y que se están prolongando. Ceremonia iniciada

cuando sentía los pasos del Fuvio viniendo por el pasillo, llegaba a la escalerilla y ella corría a encender las luces porque la noche estaba oscureciendo el mundo, su mundo de libertades, de deseos perdidos en el Oriente, con el ocaso del sol y la maraña de la selva virgen. Leopoldina, dice él, que ha cerrado los ojos y parece que duerme, deja caer un brazo fuera de las camas la mano y el brazo se quedan ahí, colgados como el miembro de un muerto, los dedos nervudos inmóviles, largos como los dedos de las lanzas. Ella dice qué, y regresa al lecho, La luz, pide él; estirando las manos, Leopoldina apaga el foco, Tras la pared no hay nadie, la oscuridad de adentro, la contraluz debería haber delatado al Fuvio Mirón, pero su espacio queda vacío, ella lo piensa mientras toca el rostro de Chacón que se va hundiendo en el sueño sabiendo que si él se duerme, ella también, y en la mitad de la noche otra vez los gritos, gritará su nombre en la pesadilla, cuando dice que la ve convertida en mona, con puros pelos en todo el cuerpo, y mientras la sigue para capturarla, lo jíbaros lo atrapan y le reducen la cabeza. La mona, la Leopa, dice ella mordiéndose lo labios; entonces de verdad la oscuridad es un vacío que se la traga, que va volviendo lentos sus gestos; debajo de ese sueño no hay fondo, solamente un laberinto de calles interminables, lleno de caras desconocidas, de gente que ninguno de los dos conoce, ni siquiera el Fuvio o el Sebas, que ha rodado con la Martillo por todas partes, desde el Camal hasta el Cementerio, y la Leopa no sabe por qué antes de dormirse se acuerda de ellos, le viene a la memoria la cara flaca del Sebastián y de la Narcisa Martillo, puta barata como la llaman, que se deja sobajear de todos los borrachos del salón dela gorda Sepúlveda; y cuando lo dice, apenas una lucecita le salta a los ojos y por su oído se meten los ronquidos de Chacón. La noche, entonces, se reduce a un punto que crece hasta volver a ser la noche, las horas oscuras que ella odia y a la vez desea que vengan, que salten, dice como si los minutos de la nocturna pudieran sentirse hasta que todo se descuelga, el techo, las vigas, el sonido del zinc que produce el viento y que por un rato se junta con el aire silbado que expulsa el pecho de Chacón vuelto de espaldas.

3

Mañalarga, el viejo mal genio de las botellas vacías, solía venir a despejar sus iras a la Esquina del Ojo, pedía la última del Enmascarado de Plata y ponía figuras entre la mano y la cara. Abría las piernas para que la potra le cayera inofensiva dentro de los grandes pantalones y se sumergía en las páginas sepias, Pese a que no leía de corrido, interpretaba en forma correcta sus señales, movía los labios repitiendo las frases encerradas en los círculos y de vez en cuando soltaba carcajadas que el revistero se apuraba a silenciar soplando ¡un dedo cruzado sobre el bigotito, Tello había trabajado de bibliotecario en épocas del alcalde turco. Su afición por los silencios

creció tanto que, cuando lo echaron, se apareció por Matavilela con una banqueta larga, la tabla rasa donde colgaba sus revistas y un letrero pintado en letras negras: la Esquina del Ojo. Con el paso del tiempo el negocio creció; la presencia diaria de paviolos y vaganinis obligó a Tello a imponer las mismas reglas de la Biblioteca Municipal, Colgó un anuncio silenciador sobre el poste de luz, se puso lentes como las viejitas bibliotecarias y se armó de un bejuco con el que tocaba las cabezas de los hablantines. Erudito del monigote, iba al tablón con la sabiduría de un experto en. botánica. Miraba la cara de los lectores ofreciendo miedos y chistes, aventuras a los que imaginaba como niños bien, erotismos a los que les descubría un pelo crecido en la palma de la mano. Para las mujeres imposibilitadas de venir a sentarse en la banca de la Esquina del Ojo, tenía un servicio a domicilio con prenda y pago adelantado. Mandaba novelones de amor con tres tipos de intrigas; una, con el triángulo que se destruye cuando la esposa muere; otra, con la felicidad que llega a la sufrida cuando se encuentra un hombre rico; y, la última, con dos amantes que se pierden y se encuentran viejos y llenos de marcas. Viento en popa, el viento hinchaba la vela del progreso y los bolsillos secretos de Tello Revistero parecían el vientre de un pez que vive en un barco pirata hundido,

Mañalarga veía en el Santo la imagen del hijo distanciado por el servicio militar; el muchacho había entrado en las milicias huyendo de sus eructos, de las botellas que compraba y vendía al por mayor y que frotaba pensando en la aparición de un genio que lo volviera inmensamente rico. Santo e hijo se fundían en su mirada, la máscara plateada era la intriga que se ovillaba en su mente y que hasta el fin de las páginas se mantenía completa. Las carcajadas venían cuando el Santo desfloraba a una doncella o cuando sus fieros golpes rompían la cara de los malandrines. Hijito, decía, como viéndolo vivo, Tello lo miraba sin entender, procurando que ni una mosca lo interrumpiera, pues sabía que el mal brotaría de su genio como una botella descorchada; atento vigilaba al viejo, enarbolando la vara, como dirigiendo una Orquesta en que el silencio era una nota musical,

El regateo de los cachineros, la risa de las güisas y el miedo hablado hacían la feria que Mañalarga no soportaba. Se levantaba con dificultad, recogía la potra maldiciendo a la gente, bendiciendo al hijo, En un impulso extraño rompía las revistas y los pedazos caían mostrando santos mutilados, doncellas sin cabeza, adivinos sin o mínimo decía ¡zas! y soltaba dolorosas estrellas, Tello enarbolaba el bejuco un poco contagiado. No se sulfure Mañita, decía; pero el viejo parecía un gigante furioso escapado de alguna historieta. Se iba por la calle cojeando su hernia, cruzaba el patio y llegaba a la tienda, abría el portón 212 y palo en mano caminaba por un desfiladero trazado entre dos montañas de vidrio, El viejo se abría camino a golpes y los curiosos oían el ruido delas botellas rompiéndose, veían cascos cercenados, la güitig chica partida en el pico, el caballo blanco que volaba hasta la acera donde los borrachos corrían a disputarse la última gota que yacía en el fondo, el perfume que las putas esquineras aspiraban con los ojos entornados, botellitas de Madame Rochas, Aqua Velva, Noches de África.

Botella que vuela y se rompe contra el pavimento, todo caía hasta que Mañalarga llegaba a su cama, encendía la vela metida en el pico de una Viuda de Aubin y se acostaba a dormir. Afuera quedaba el peligro brillante y las lavanderas del patio de las carretas corrían a barrer los escombros, pasaban la escoba insultando al viejo, echando agua para que las botellas rotas no cortaran los pies de sus hijos ni marcaran el paso con una huella roja que los delataría en su fuga por el vecindario,

Adentro, con ojo cerrado y vela prendida, el viejo Mañalarga se iba quedando tranquilo, A la hora que fuera, él se quedaba pelo con pelo y bolas adentro, como decía el Sebas que, desde la noche que formaron la alianza con Fuvio Reyes y el Diablo Ocioso, espiaba sus movimientos mirando en qué botella escondía el dinero, en qué almohadón de ese viejo catre estaba el rollito verde, la herencia que el viejo guardaba para el hijo que era sólo un disfraz plateado, con capa y máscara, y un aparato extraño e inservible que Mañalarga había construido con sus propias manos, En el último ataque, dijo la Morán Martillo, iba a lanza afuera una botella roja; yo le miré el esfuerzo de la mano; esperé, pero lo que me llegó fue un jarro repleto de colillas y papeles extraños que los cachineros se llevaron de prisa por el tendedero.

Mañalarga había entrado ya a esa zona donde el sopor Se unía con el sueño. Soñaba con un frasco pequeño que al frotarlo se abría, se descorchaba como una vieja botella de champaña dejando un sonido seco y luego lento, lentísimo, aparecía el disfraz de la historieta y dentro del disfraz el hijo que, inclinado sobre una columna de humo, le tocaba la testa. Los cuatro pelos del viejo botellero se erizaban pues, en el sopor, creía que el sueño era cierto, Nunca alcanzó a distinguir qué cosa era la realidad Y qué cosa era el sueño que lo perseguía, así lo confesaba una vez que las iras se le espantaban y podía salir a la calle. Caminaba despacio, la cabeza inclinada, visiblemente arrepentido de la furia que lo llevó a reventar parte de su pequeño capital. Sobre la acera, él mismo pateaba los restos que habían quedado allí, ajenos a la escoba de los barrenderos. Mañalarga, gritaban los muchachos, cuando el paso torvo del viejo se hacía sentir sobre la calzada y él apenas torcía la cabeza para mirar.

Fue en esos días cuando se agruparon los vecinos para expulsarlo de allí Reunidos en el patio de las carretas opinaron, eligieron un emisario para que le comunicara a viejo la decisión de la gente, un tesorero que recogió las monedas Para elevar una solicitud al Municipio y, por último, se señaló Una mano para que encendiera el fuego del desahucio, El Sebas miró sus dedos largos como llamas, enarboló una caja de fósforo frente a la mirada inquietante de la Martillo Puta y pudo por fin sentirse el vehículo de una gran decisión, Si fallaba lo uno y lo otro, quedaba el fuego, el fuego para la próxima vez, así lo dijo Erasmo, y lo sintió el Tello amentando los sucres que se le escapaban, pero feliz el fondo de que las revistas del Santo siguieran intactas, ajenas a la furia del viejo despedido.

Como alcanzado por la condena de los conjurados del patio, Mañalarga se sintió triste, se paró en una esquina, absorto en su rigidez, mirando su puerta, el interior de las botellas que sobresalían como cañones de guerra. Sin saberlo bien, Mañalarga comprendió que toda su vida estuvo rodeada de esas imágenes, recordó que de pequeño su madre lo había dormido con historietas terribles, que en la convalecencia del sarampión el padre puso dos docenas de revistas sobre su cama y, mientras se rascaba la costra de los granos, iba leyendo los circulos, hasta que terminó por detestar lo bueno inclinándose por el mal, sintiéndose como prendido de sus uñas largas y terrosas que le valieron el apodo con que todos en Matavilela lo conocían.

Sebastián encendió el fósforo en la penumbra del corredor y el viejo vio la llama colgada del dedo de su enemigo; entonces, se decidió a luchar por lo que creía suyo. El punto de fuego en la mano del Sebas fue el aviso para una batalla que se inició cuando, por última vez, él llevó sus posaderas a la banqueta de Tello Revistero y se hundió en el conjuro de los monigotes.

4

Sebastián abría los ojos y recibía el impacto de la luz del sol. Doblado en ele, sobre el catre desvencijado, estiraba las piernas y los brazos. Filtrado por los boquerones del techo de zinc, el sol se deslizaba cauteloso por las altas paredes, Sebastián se sentía desnudo entonces, abandonado en plena calle bajo una luz ardiente que le quemaba la piel. El sol era el enemigo de la mañana, su áspera transparencia le impedía seguir en la cama, dormido a pesar de los ruidos que venían de la calle despierta ya a sus obligaciones cotidianas. Conjuro luminoso, el sol adormitaba más a la Encarnación Sepúlveda y abría los párpados del Sebas que de un salto se ponía de pie, pegaba el oído a la pared para escuchar los ronquidos de la dueña del salón y salía a la calle. Cruzaba el portón 212, que para esos días ya estaba marcado con la cruz del fuego y el despido, doblaba la esquina de los cachineros mirando cómo las mujeres de la vida airada salían de sus cuartos lentas y presagiosas. Junto a la vereda, cuatro bloques de hielo reflejaban la ira del sol de las ocho; rápidos como enterradores expertos, los obreros del frío presionaban los ganchos para hacerlos rodar por los tablones y sepultarlos en el aserrín; visión fugaz, la imagen del hielo desaparecía diez pasos adelante, donde el humo de la basura incinerada dibujaba una escena de caza sobre el aire blanquecino. Sebastián había descubierto que a esa hora el equilibrista del parque Centenario templaba la cuerda para el espectáculo, elegía dos árboles gruesos y altos y timba el lazo; el Sebas casi corría hasta allá para mirarlo en ese extraño rito que se iniciaba desde la manera como se calzaba los escarpines negros hasta la forma de sujetarse el cabello con un moño rojizo, Único espectador a esa hora, el Sebas levantaba la vista para mirar aquel hombre suspendido en el espacio,

caminando entre las ramas de los árboles desde donde fingia caer, romper el vacio con un choque delas palmas abiertas, pero el equilibrista se sostenía con la cuerda metida en las entrepiernas y giraba como un trompo. En cada giro peligroso entonaba extraños cantos, gritos que todos los curiosos, que habían ido en aumento, coreaban con risas. La cuerda tensa asustaba los ojos encandelillados del Sebas que rápidamente se alejaba de allí. Desde la columna de los próceres miraba la avenida solitaria; como una tentación, la calzada lo invitaba a caminar hacia arriba. Los almacenes se irisaban con las vitrinas recién abiertas, joyas y brillos que lo empujaban a cambiar de acera, cuadra a cuadra, muchachas que iban a sus colegios luciendo faldas a cuadros y las Piernas bañadas en aceite. Sebastián encendió el primer. cigarrillo del día y caminó con las manos en los bolsillos; a pesar del agua sucia que corría por los bordes, la calle lucía limpia. Sebastián se miró dos horas más tarde, con los pantalones arremangados, barriendo la acera de la calle Colón, cumpliendo aquella faena que lastimaba su orgullo y que los colectiveros celebraban con bocinazos de burla mientras los cobradores, con los billetes enrollados en los dedos, le gritaban, buena Sebastián, ahí comiste. A todos, él los miraba con fijeza, tratando de grabarse sus rostros. Algún día murmuraba empapado en furia, algún día les detendré el vaso en mitad de la cara, y continuaba barriendo con tranquilidad, pateando las tapas de cerveza, aplastando cajetillas de cigarrillos, mirando el piso, los huecos, las erosiones que la noche celular dejaba grabadas sobre el cemento

Ahora, frente a los almacenes, el vidrio de los escaparates le parecía una infinita frontera. Muralla brillante, también el sol estrellaba sus fuegos en aquella pared y devolvía sus puntos encendidos hacia la pupila del Sebas que, haciendo visera con la mano, trataba de vislumbrar su interior; mujeres que se movían adentro como insectos en un. frasco de vidrio, Sebastián pensó en la Narcisa Martillo, pero la escena le escamoteó el pensamiento. Las piernas eran otras, más cuidadas que las medias de nailon y los aféites; más cercanas, entonces, porque la luz de la ciudad aproximaba las lejanías.

A las nueve en punto, los martillos hidráulicos de las construcciones empezaron a trabajar. La calle temblaba a cada golpe que hacía como tambor de fondo a los aleluyas que cantaban los fieles en la iglesia de San Francisco. El sol implacable descubría a los grillos que se morían bajo los bancos, Sebastián torció a la derecha como huyendo de las voces que repetían ese aleluya estridente, Cruzó la puerta de la iglesia y se inclinó; aquella inclinación era la herencia de sus años de estudiante en el Colegio Mercantil, sitio donde la obligación de asistir a las misas matinales se acompañaba con látigo o cuatro horas de encierro en el calabozo del piso bajo. Sebastián sonrió al recordar esos días terribles. La figura cadavérica del viejo rector se elevó frente a él como una proyección. Otra vez entregaba su mano abierta para que la palmeta de madera cayera sobre ella, enrojeciendo los dedos, hinchando la línea de la vida y la marca de la muerte. Funesto como siempre, embutido en su detestable traje blanco, el rector era la imagen exacta de lo sobrenatural; limpiaba con esmero de

coleccionista la calavera plástica con que amedrentaba a los estudiantes y que Sebastián, el día que pagaba tuna culpa llena de falos enlazados en los cuadernos de sus compañeros, rompió de un golpe, destrozó ese falso maxilar, hundió los pómulos, arrancó los molares hasta que el Plástico quedó hecho polvo sobre el piso. Junto al rector, aparecía el verdugo Ugarte acariciando la verga de toro con la que se vengaba de las traiciones de cama, de los malos aliños que atacaban su úlcera arrancándole suspiros de dolor, escupitajos verdes que los estudiantes evitaban. pisar para seguir andando. Sebastián se sacudió de aquellos pensamientos y emprendió el regreso. Recuerdo, solido malo, Pensó, no vienes nunca cuando estoy ocupado, cuando tengo en mis manos los vasos, sino cuando el sol se despierta, Silenciosamente, enfiló por una calle dilatada, sobresaltándose a veces por el sonido de una bocina; aquellos ruidos apresuraban al paseante en su caminata diurna y lo empujaban a llegar pronto a su destino. Cuando torció la cuadra para entrar a Matavilela, había decidido olvidar esos paseos; en su mente se ovillaba la renuncia de no poder admirar más al equilibrista del parque Centenario, pero era su razón, pues aquella andada matinal lo reblandecía, le decía que él era Sebastián y no el Sebas, símbolo de la astucia y la violencia en todo el vecindario, En la calle cargada de ruidos, Sebastián caminó espesando la saliva para escupir con furia al paso del primer conocido.

5

Para mí, beata barata, la que está encerrada en el cajón eres tú y no la otra, la virgen pura, la noboleña. Ella se ha pasado dormida todos estos años, soñando adentro de la caja de vidrio mientras el barrio crecía, se iba estirando como. dice la vieja Inés que ha estado aquí desde que esto era un manglar, casas viejas paradas en el agua y caminos de puente. No se respiraba este aire pesado y denso que tú respiras ahora, este humo que quema tus pulmones débiles de tanta mala noche, que te tiene amarilla; pálida hasta el amanecer, porque cuando el sol sale corres a pintarte la cara, te pasas dos horas frente al óvalo azogado que poco a poco te devuelve Otra cara, otro rostro lleno de manchas rojas en las mejillas, de rabos negros en los ojos y sombras verdosas sobre los párpados. Tú te transformas en el día para, en la noche, volver a serla misma Martillo Puta de todas las veces y los clientes del Rincón de los Justos se agitan a tu paso, sacuden las manos pidiendo que les sirvas, que te inclines a la mesa para ver tus pechos, tus pezones duros que yo una vez sentí por descuido: estabas de pie, junto a la Wurlitzer, y yo te pedí Permiso para pasar al wáter; entonces, tú te quisiste esquivar, pero fue tarde; te apreté de frente contra la máquina que, justo en ese momento, empezó a sonar con una de J. J. y al mi pecho se pegó a tu pecho, en una fracción de segundos nos estremecimos, digo nos porque aunque seas del Sebastián, tú, Narcisa

Martillo, temblaste cuando te acorralé, Todo quedó como un accidente, como un triste Pase de borracho, Enel wáter tuve que cerrarla puerta para desahogarme y aquel lugar ya no fue un sitio inmundo sino mi eterno lugar sagrado, Y después me dio nota de escribir en las paredes, busqué en mis bolsillos el lápiz roma de los carpinteros y te escribí la primera frase de un libro infinito, ahí, donde todo el mundo ya por sus necesidades, y metía mi mensaje para la Narcisa va este verso: tu eres la sierva de los gozadores, o:el otro en el que te llamaba beata barata, porque no puedo evitar asociarte con la noboleña; ella, dormida, hace milagros cuando le pasan un trapito por la urna de vidrio y tú, despierta, haces los tuyos, erizas la piel de esos enfermos que aplauden a tu paso como si fueras una artista. Eso.es lo que pienso cuando voy al Rincón, te pico una cerveza que esté helada hasta la tapa y mientras te miro pienso, voy pensando, mirando tus talones desnudos, y mientras bebo te voy desnudando más, te quito la falda ya blusa, te dejo no más en tus cueros, y de golpe te me elevas hasta el techo, paseas por los palos y las cornisas, desde allá te llamo. para que me enciendas un cigarrillo, la llama de fósforo me deja ver tu cara, tus ojos almendrados, estirados por la línea del rímel y las sombras verdes. Aunque tengo la botella casi llena sobre la mesa, te pido otra y me la bebo de golpe, el líquido amarillo me llena la vejiga y tengo que levantarme, camino hasta el cuarto de las necesidades, recuerdo el sitio donde una vez nos tocamos y allí dentro leo lo que he escrito, aquellas notas sin firma, pero que son mías, mi letra enlazando esos dibujos obscenos que la gente traza cuando está ahí, con el pulso húmedo y tembloroso, con el miedo de que la gorda Sepúlveda abra la puerta, descubra al que escribe y arme el lío llamando a municipales y guardias civiles, mal diciendo en nombre dela Virgen, de las Damas de la Caridad que la visitan a veces, de todas las divinidades que te tienen de esclava en el Rincón de los Justos de donde yo te sacaré, te llevaré honrada a otro rincón donde no tendrás que exhibirte, Te salvaré, aunque no sepas quién soy, aunque me ¡conozcas no más de vista y me identifiques porque vendo «cigarrillos, porque los miércoles voy a ocupar mi lugar de siempre, o el sábado cuando llego, y después de saludarte te doy el dinero tratando de ocultar mis manos desolladas por la cal, mis uñas romas como la punta del lápiz que utilizo para mensajearte, Por eso, hoy, he decidido darme un nombre que tampoco es mi nombre; firmar los mensajes para que sepas que existo, que no soy una sombra, una cara más en tu existencia de copera de bar, de virgen pública como te dicen en ese rincón de borrachines donde lo más triste viene cuando los bebedores se propasan contigo, te miran las nalgas comentando que estás buenota, que se te han engordado el poto y los senos, y hasta agradezco al Sebastián cuando abandona la barra desafiante, se acerca a putear a los malcriados, a echar afuera a los cargosos, diciendo que lo tuyo es un trabajo decente, que hay que ganarse la vida en algo, y sé que ese algo eres tú, pero no te ganas la vida sino la muerte, el fin que a veces veo cercano cuando no has tenido tiempo de arreglarte y te apareces pálida en el salón, amarilla como el líquido que nos sirves y que bebemos a sorbos lentos bajo la mirada atenta de la vieja Sepúlveda que apenas descubre una botella vacía, un frasco que

se mueve sin líquido, te ordena traerlo, ponerlo con cuidado sobre la percha para que no se despique y va contando mentalmente sus ganancias, que son tus pérdidas, regocijada de ver cómo se apilan las jabas, acariciando la vellosilla de sus gordos antebrazos. Narcisa, dice la vieja, con una voz ronca salida de un fuelle y yo me pongo de pie para no oír sus órdenes, voy al cuarto de las necesidades, cierro, saco el lápiz y escribo con letras grandes: estoy enamorado loco de la Narcisa Martillo. Firma Raymundo.

6

Raymundo es todo el mundo, dijo la Encarnación Sepúlveda cuando leyó aquellas letras inmensas donde la o final estaba colocada sobre la punta de dos falos simulando una gota, Sebastián miró esa frase sin sentirla furia en sus sienes, acorralado él también por los dardos del desconocido burlador. La Morán Martillo, después de deletrear el mensaje, pudo apenas penetrar en la barrera oscura de su significado, En otro sitio, aquellos signos le hubieran dictado el símbolo del deseo, pero ahora la frase estaba ahí, grabada en ese cuarto inmundo, humedecida por los chorros y las espumas del mingitorio del Rincón de los Justos. La vieja ordenó una mano de cal sobre aquella pared y el Sebastián, obediente preparó la brocha y la goma; la Morán Martillo corrió a bus. car entre sus cosas el rímel para grabar en alguna parte el nombre del Escriba. Mientras el Sebas encalaba a veía con espanto la terquedad con que los signos volvían a aparecer, pensaba que desde ahora en adelante iba a estar atento a los nombres de los parroquianos, buscaría a Raymundo en las caras que veía desde la barra. Y la Encarnación Sepúlveda, cuando se limpiaba la medialuna de tierra que anochecía sus uñas, decía entre dientes, encontrarlo, repetía la frase, hay que encontrarlo, como en el surco de un disco estropeado por el uso.

A la Warlitzer, silenciosa por la soledad mañanera, alguien se acercó a marcar, dejó caer la moneda en la ranura y escogió las teclas, después depositó otro metal en la urna de la Martillo Virgen y fue a sentarse. Al solitario bebedor le gustaba mirarlas vueltas del disco, pese a que no oía sus sonidos, las palabras y los ritmos eran bienes conocidos de otra época, de otro mundo lejano y alborotado que el intentó destruir. Con las manos levantadas frente a su rostro, el Diablo Ocioso Palmeó; cuando los ojos de la Martillo Puta lo descubrieron, una nubecilla vino a posarse por un momento en sus retinas, El nombre del cigarrillero de la esquina del Lux era algo que todos desconocían. Desde el día de la alianza con Fuvio. Reyes. cuando había prometido servir de campana en los hurtos domésticos, se lo llamó el Diablo, y el apellido fue su mal de oído o su ociosidad permanente que lo

mantenía sentado en el banquito, frente al charol lleno de. cigarrillos y chocolatines que disimulaban un poco de vagancia.

Las dos botellas de cerveza negra vinieron a su mesa en manos de la mujer. Sin intentar movimientos sinuosos, ella avanzó hasta el lugar del escucha, limpió la mesa con un gesto vago y, sin mirarlo casi, depositó el vaso, lo llenó como era la costumbre en el primer brindis, después le encendió el pucho arrugado que el Diablo Ocioso tenía colgado de los labios. Con el gesto propio delos sordos, que no hablan porque no oyen, la Morán Martillo fue agradecida y Fagada; sin embargo, se quedó allí, de pie frente a esa mesa, esperando un milagro que la sacara de la duda, que la volviera a meter en la normalidad de las cosas donde Raymundo aún no había aparecido por el Rincón de su vida, Con el vaso suspendido sobre la boca, el sordo se imaginó sentado en el trono imperial, la salonera era una de las esclavas que lo abanicaban con una gran pluma de avestruz y el tosco vaso de vidrio fue un copón de oro lleno del vino rosado del Mediterráneo.

Las imágenes que el Diablo elevó del Martillo eran el recuerdo de la película que los visto el día de la alianza, cuando el Sebas compre las entradas y juntos subieron a la galería del Lux tropezando conos espectadores en la oscuridad hasta hallar un lugar en las duras bancas de cemento, La pantalla cinemascópica del cine estaba poblada de esclavos. Ninguno de los cuatro entendió bien el final de aquella cinta, habían entrado veinte minutos. más tarde y ya Salomón había sido conquistado por la reina de Saba, el castigo divino se consumó en una Peste que hacía morir vacas y perros, secaba los campos fértiles y todo lo llevaba a la muerte, Porquería, musitaba Sebastián, metiéndole. la mano ala Morán Martillo, que era una de las pocas mujeres que estaban en la sala. El calor apelmazaba sus afeites y los gritos de los que insultaban al hombre que manejaba el Proyector la sobresaltaban. El nerviosismo quizás, o la furia de oír el nombre de su madre bailando en esas bocas desconocidas, hacían que el hombre superpusiera las escenas, enmudeciera o nublara a los artistas. El rey pelado al rape movía los labios sin voz y la reina de Saba le abría los brazos incitándolo, haciéndole un gesto que solamente el Diablo entendía, En medio de toda aquella algazara, el cigarrillero era el único acostumbrado a esos gestos, iba traduciendo mentalmente las morisquetas repetidas, pero la voz ya había vuelto, la sala se silenció; fue una tumba de cabezas fijas mirando a la pantalla, cuando algún improvisado orador se Puso de pie, gritó a todo pulmón una frase popularizada por la muchedumbre: cuál es la pila, y se inició el caos, saltaron al aire nombres de madres y padres, defectos de cuerpos, desvíos sexuales y todo aquello que en Matavilela era sinónimo de poca hombría.

La salonera siguió de pie junto a la mesa sin saber qué Preguntar, sin poder indicarle al Diablo con una seña que le dijera su nombre, que lo escribiera en un papel donde ya veía el trazo firme, la r y la o final escrita en su gruesa letra de escuelero, pero el sordo siguió sonriendo y bebiendo, bajando sus ojos chinos hasta los muslos de la mujer que se alejó de allí.

7

Las puertas, ¿quién no las había visto?, eran dos cuerpos giratorios que se movían a la más leve presión. Puertas de medio cuerpo, con un espacio en blanco hacia abajo de las rodillas y un metro hacia arriba del pecho. Cuando algún curioso se acercaba a mirar, quedaba cercenado, Castigalo por no pasar, pensaba siempre la Encarnación Sepúlveda, que desde su lugar en el mostrador podía reconocerlo, miraba la cabeza y los pies, los ojos que se posaban en las mesas buscando algún conocido para el convite, Al viejo Mañalarga le gustaba admirar aquellas puertas pues le recordaban las entradas al *saloon* en las revistas del oeste. Sebastián, en cambio, detestaba su forma, tenía que colocar una silla a cada lado para mantenerlas abiertas cuando hacía la limpieza. Sobre aquellos dos cuerpos, un paisaje de sierra se partía en dos y volvía a juntarse, El sol y las altas montañas que un pintor torpe había trazado con pintura de esmalte, se abrían y se cerraban como en una tragedia telúrica. Junto a las puertas las rejillas eran otra visión, devolvían la forma difusa de los colectivos que cruzaban veloces por la calle Colón, el tono de algún vestido que por los colores chillones hacía saltar rombos encendidos desde el enrejado. Vieja costumbre en la urbe del puerto, los bebederos tenían aquellas Puertas y aquellas rejillas, Cuando había peleas, los agentes del orden pegaban sellos de clausura sobre la juntura delas hojas móviles y por quince días las puertas no se abrían, nadie tocaba sus bordes, pues el más leve movimiento abriría los dos cuerpos, rompería el sello y traería irremediablemente el castigo mayor: un mes sin licencia para los Propietarios, cuatro morados encima por no dar parte al juez y una semana de sombra para los culpables directos.

Las Damas de la Caridad eran las únicas que podían entrar ahí cuando aparecían los sellos de le clausura. Sofocadas iniciaban su recorrido circular reconociendo salones y barracas, extrayendo de sus bolsos un manojo de llaves para abrir las alcancías y recoger las monedas que guardaban en saquitos de lona.

Cuando aparecían por el Rincón de los Justos. doña Encarnación bajaba del altillo. Ahogadas por la densa humareda, las mujeres agitaban pañuelitos bordados delante de sus caras y esperaban que la gorda Sepúlveda terminara de aparecer. Entre suspiros y risas, ella ofrecía bebidas en vasos que momentos antes había fregado con gran agitación de sus senos, Narcisa, gritaba entonces, y la muchacha se vestía ligera, cautelosa se movía en los aposentos. Ya están aquí las casi santas, decía. Oremos por el perdón de sus culpas. La brisa Pesada, el aire denso de los interiores,

terminaba por azotarla. Los murciélagos revoloteaban asustados cuando el paso rápido de la Martillo hundía las tablas, les caría caldo de murciélago para que se fueran, sopa de lagartijas para que no regresen, pensaba, y después respondía, voy, su voz llegaba hasta las orejas de la vieja Sepúlveda. Esta chica, les decía ella a las mujeres que disimuladamente tapaban sus narices de los malos olores. Arriba, la salonera se inclinaba sobre la tinaja. Un trago de agua no me vendría rial, mejor Jo tomo abajo, así guardo fuerza para la conversa, decía, pero le venían grandes ganas de orinar y buscaba la bacinilla, el rumor y la espuma aparecían adentro. Esfúmate pronto, hablaba. El olor subía lento hasta sus narices. Talvez tengan razón estas viejas beatas, debo aprender oficio para tener un beneficio, así el Sebas no joderá, podré coserle sus trapos y dejar olvidadas las copas, Repentinamente limpia, la Martillo estiraba su cuerpo en la punta de los pies. Con esta pinta me levanto un pollo rico. Y sus manos iban hasta sus. seguían la forma redonda de sus posaderas, buscaban las caderas y alcanzaban los senos; allí detenidos, los cinco pares de dedos mordían la tela, la muchacha engolaba la cabeza imitando la pose de una artista de cine, El Sebas siempre ha sido un mangajo, si hago los estudios de corte y confección en la Academia podré levantarme un maestro. Abajo, a punto de decir que se marchaban, las tres mujeres tomaban asiento, colocaban las manos sobre las mesas quemadas en los bordes por los cigarrillos, la más joven recorría con su uña algunos puntos negros, se inclinaba para leer lo que otra mano desconocida había grabado sobre la tabla: aquí chupó miguelón, güevas para el que lee. Sobresaltada, la mujer escondía las letras, volvía a ponerse de pie y escuchaba a la vieja Sepúlveda hundirse en las disculpas. Ustedes pensarán que este es un sitio inmundo, no crean, permito que dejen la alcancía de la Narcisa, que la gente se acuerde de Dios cuando está en el infierno, En la calle, los bocinazos decían mentira, pues la Sepúlveda apenas podía ser oída por las caritativas. Arriba, la Martillo Morán había terminado de arreglarse, olorosa a lavanda descendía por el boquete del altillo, las tres mujeres podían ver la cicatriz que una botella rota marcó en su pantorrilla una tarde lejana. Ya estoy aquí mis salvadoras, pensaba ella acercándose, y la mano de la dueña del Rincón de los justos buscaba su cabeza, hacía una caricia sobre aquellos cabellos oscuros. La cabeza agachada, pobrecita, pensaba una de las mujeres. Con esos ojos, la otra, y la más joven, casi sin mirarla, tiene cara de puta. Buenas tardes, decía la Martillo Morán porque momentos antes la Encarnación Sepúlveda le había dicho que saludara, y ella obediente, buenas, saludaba, sin dejar de mirar los zapatos blancos de las mujeres que se acercaban a tocarla. Tienes Suerte mi niña, le decía la mayor, el nombre que llevas y no honras te ya a sacar de este sitio. Ya le he dicho lo mismo, seguía disculpándose la Encarnación, y la mujer joven, mirándole la medalla de oro que se perdía entre sus pechos abundantes, no te creemos vieja, pensaba. Mordida por la curiosidad, que como un bicho roía su cuerpo, la salonera decía, y cuándo mi tocayita me va a sacar de aquí. Aquella voluntad, aquel deseo confesado a las cuatro mujeres empujaba a la dueña del salón a meter su lengua saburrosa. Paciencia hija, ya las señoritas dirán. Lo que hablaban ellas era

más que promesas, cada una imaginaba a la Narcisa metida en su cocina, vestida con el uniforme blanco para asistir a la Ana Paredes, zurciendo medias y calzoncillos, cediendo la bondad nocturna de los hijos pajeros. Burlada Otra vez. Narcisa se alejaba del grupo, revoloteaba entre las mesas mariposeando, tocándose un talón con otro, La mayor volvía a pensar, volantusa, la otra, atrevida; y la más joven, qué bien baila la meca. Doña Encarnación, agobiada por el Salor del trópico, aprovechaba el descuido para soplarse los sobacos, espantaba una mosca que le revoloteaba en el pelo desde hacía rato.

Cuando huérfana e indefensa la Narcisa Martillo llegó hasta su lado, la Encarnación Sepúlveda pudo ver en ella su prolongación: al principio, le gustaba hacerle trenzas rojas como a una muñeca que nunca tuvo, la vestía con tafetán Verde para llevarla a pasear por el parque Victoria, pero el tiempo la hizo crecer, se estiró con los años que a ella la hacían más ancha. Fue en esa época cuando consultó a la adivina del cajón su voz gangosa diciéndole: si no la cuida, esta chica se va a perder, y después Carlín el gurrupié le estiró la pomada para que le untara en los muslos en los muslos y le dio el hueso de muerto que mantenía hecho un atado detrás de la rockola. Todo esto tuvo tiempo de pensar cuando la muchacha hizo la cháchara del baile y vio las puertas abriéndose con violencia, tiradas en un impulso que hizo chirriar las bisagras, mover los arcos de las montañas, desbordar ese río correntoso que bajaba de la sierra a la costa.

8

Al despertar, ella agita los brazos, se estira, culebra loca, sin. tocar a Chacón despierto hace rato. Durmió bien mijita, dice él, y ella sin responderle se pone de pie, desnuda camina a recoger su bata floreada, Él quiere pedir que no se la ponga, pero ella se cubre, regresa otra vez hacia la cama y se sienta, con el pie derecho busca la zapatilla para calzarse, sí, dormí bien, responde, Chacón piensa que es cierto, que desde que llegó, su mujer tiene sueños húmedos, lo sabe porque la ha tocado, entonces enciende el primer cigarrillo del día, absorbe el humo y lo tira con gesto de repugnancia, ¿Vas a salir?, pregunta ella, y su pregunta es más bien un deseo de que se vaya, de que la deje sola para poder dormir mirar su vida a través de las pestañas y el sueño, Chacón le dice que no, que va a quedarse leyendo unas revistas que le alquiló al Tello y que esperará que el día pase volando. SÍ, piensa ella, Porque no te interesa el día, sólo la noche, la nocturna que la desarma cuando oscurece y ella cree oír los pasos en la escalera. Los pisos están malos, dice Chacón por decir algo y mira los huecos, las junturas de las tablas abiertas por el sol. Todo está malo, dice

ella que se acerca prender el fogón, derrama el kerosén sobre los carbones, le pide fósforos y enciende. Las llamas suben por un momento, pero es un momento mínimo en que el calor y el humo se concentran en la habitación, después desaparecen y Leopoldina abanica fuerte, más fuerte, hasta que los carbones se tornan rojizos, derraman una ceniza blanca que vuela por todos lados. Eso Jode, dice él, que cuando estuvo en la selva repitió la misma escena cientos de veces: cocinero de la expedición, buscaba Palos secos para encender la hoguera. La mujer toma una olla y la llena de agua, la coloca sobre las brasas y vuelve a sentarse, Chacón la sigue mirando desde la cama, observa las piernas de ella que se ha quedado en silencia, Si yo me fuera, dice Leopita de pronto, Chacón finge no escucharla, la ha oído perfectamente, pero le pregunta: ¿dijiste algo?, ella está a punto de repetirlo, pero se doblega, se ve de afuera, corrige. Chacón se incorpora, a quién le interesa loque hagamos adentro, responde; su respuesta es una brisa que pasa por el rostro de Leopoldina con suavidad, ella siente el placer de esa respuesta, sí, a quién le importa que tú a cada rato me quieras tener debajo, que tu único trabajo sea es, Chacón no sabe por qué ríe, por qué le ha saltado esa sonrisa repentina esa felicidad de sentirse poderoso y único. Un chillido apenas prolongado sobresalta a la mujer que corre hacia el fogón, retira las ollas de las brasas y prepara el café. Ni siquiera para desayunar se levanta, piensa, mientras le lleva la taza hasta la cama, después otra vez se sienta, mira el calendario, se va a caminar junto a los cazadores que andan tras los patos que vuelan al sur, ella apunta desde un monticulo de pasto verde. Levante los brazos, vaguito, qué hace usted ahí, sentado a las nueve de la mañana, tomando café sin salir de cama: pum, pum, los disparos quiebran la taza y Chacón se salva milagrosamente. Puta, me quemé, dice él y ella sonríe, el hombre también ríe, pensando que sus palabras le agradan, me jodí, murmura, y Leopoldina se queda rígida; voy a salir, le dice, este encierro es una mierda, Pero estamos juntos, contesta Chacón, como apelando a un romanticismo de a centavo. Ella lo mira con desprecio, juntos nos hemos comido los pichones de las palomeras, juntos matamos las gallinas jabadas, juntos estamos matando la vida. El hombre termina el café, sentado en la cama quiere entender el sentido de esas palabras, pero se queda lejos, Le gusta mirarla en las mañanas, admirar su piel trigueña, sus labios horrorizados por el desprecio. Todos la matan, dice Chacón, yo estuve a punto de morir cuando una culebra grandota se descolgó de un árbol y me cayó encima, también. cuando los gringos borrachos salieron disparando de la cantina, una bala me silbó en la oreja. Leopita sabe que miente, que en la selva lo único que hizo fue cocinar gallinas para los jefes gringos, que no vio nunca a los jíbaros, ni sabe cómo son los monos. Ah sí, dice ella admirada, tú muriendo en la selva y yo aquí, sola en este patio hediondo, junto a estes carretas que destilan agua de orines y estos charcos de lodo, todo sucio, sucio. Te ves hermosa cuando te enojas, dice él, Leopita está jadeante. Dame un mordisco, pide Chacón, ella se aleja, que te muerdan las monas, dice. Él sigue sin levantarse, los cabellos revueltos, entrando en el juego del cinismo y la desventura. Leopoldina se inclina, despaciosa busca el vestido en el baúl, luego se saca

la bata y otra vez se queda desnuda, recoge las bragas minúsculas y se las sube a los muslos en un momento cubren su pubis formando un corazón blanco y abultado. Chacón está inquieto, dispara volutas de humo que se pierden en el techo, se retuerce, canta: tengo tres amores en mi vida, que son mi esperanza y mi pasión, uno son tus senos, dos tus labios rojos, tres tu mentiroso corazón. Vulgar, le grita ella cuando alza los brazos para descolgar el vestido hacia su cuerpo, la tela de seda se pega a sus formas sinuosas, dibuja la pequeñez de las bragas, las puntas nerviosas de los pezones, luego va hacia el espejo, junta los labios para pintarlos de carmín rojizo, el pelo se acomoda docíl bajo sus manos. Espejito, ¿quién es la más hermosa?, dice Chacón; espejito, ¿quién tiene el mejor culito? Leopoldina recoge la cartera, saca de un rincón dos billetes doblados y camina erecta. Gallinita enojada, pícame, le dice Chacón, y ella se vuelve, cruza los brazos sobre sus Pechos proyectando más aún sus formes redondas. Te advierto, le grita, algún día vas a oír las campanas del fin sonando en tu cabezota, no te salvarán ni el mejor brujo del Oriente ni los putos gringos; toda la sangre de mono que trajiste no te tapará los caliches. Chacón, feliz, alza las piernas; por ti, todo, le dice, y ella se muerde el labio inferior, furiosa prueba su sangre que brota. en un hilo. Mujer, dice él visiblemente arrepentido, y ella se acerca al espejo. se mira la mordida inconsciente, la huella de su propio labio, Ahora Chacón está de pie a su lado, los ridículos calzoncillos con florecitas estampadas llegan hasta sus rodillas; quita, le dice, y él se queda con las manos extendidas palpando el aire. Leopoldina camina hasta la puerta, el viento con sus olores le da en la cara cuando la deja abierta, A qué hora vuelves, pregunta Chacón, ella tira la puerta y lo deja adentro con su pregunta: nunca, piensa y camina buscando partes secas en el patio mojado y solitario.

9

Apresuradas, las tres mujeres caminan una tras la otra, se sujetan las faldas que se levantan por el golpe de una repentina ráfaga de aire. Los tacones juntos golpeando acompasadamente el cemento, ondas de tela blanca y las tres rayas marcadas visiblemente en los traseros.

Los cuerpos cruzan una puerta pequeña donde dice Pepsi, llegan a la Esquina del Ojo y bajan la calzada para cruzar la calle, Dos filas de automóviles esperan el cambio de luz en el semáforo, hay varios gritos, luego el ruido de los motores acelerando y la fila se mueve. Las mujeres se detienen en seco. Pasan hombres y niños asomados a las ventanillas de los colectivos, ancianos que se acomodan en las partes más seguras. Una mano

se estira desde una camioneta, mamacita, dice alguien tras esa mano y la mujer se sobresalta.

Tres minutos permanecen inmóviles, cegadas por el sol que choca contra las vitrinas. Se ven rostros reflejados sobre el cristal; adentro, como atrapada en un espacio acuoso, una mujer descalza se mueve: sujeta sostenes con alfileres, calzones con hilos invisibles que los dejan suspendidos en el aire, Las mujeres ven sus prendas íntimas exhibidas a la multitud. Qué tetotas, dice un gordo mirando los sostenes con los precios colgados en los tirantes. Pasan más hombre, un grupo de muchachos paviolos sale en precipitada carrera desde el puesto de revistas rumbo a la calle Santa Elena; hay un intento de cierrapuertas. Las mujeres miran las figuras del chino bajando la cortina metalica del restaurante.

Una india que vende flores y yerbas medicinales protege con su cuerpo el de su hijo. La más joven de las tres sigue mirando los sostenes exhibidos en la vitrina. De pronto. Ha recordado sus propias prendas caídas al pie de la cama, ha escuchado la voz del hombre que le pedía quitárselas pronto. La agitación de la calle vuelve más pesado el sofoco. Mientras camina, la mujer sabe que solamente ese hombre miró su desliz, pero el día que se le entrego fue un día igual a este. Ella, que juro ser pura cuando recibió fue un día igual a este. Ella, que juró ser pura cuando recibió en la iglesia Victoria la banda de la caridad, ella, solamente ella, mira la vitrina brillante donde cientos de cuerpos se han reflejado al pasar.

Blanquita muévase, le dice la mayor que apenas puede esquivar el toqueteo de los transeúntes. Nadie aguanta los pitos sin taparse los oídos. En la esquina de la Casa Briz, un rezagado, tumba el charon de la India; flores rojas de pisonay se riegan en el suelo, los tacones pisan las hojas que se quedan aplastadas como manchas de sangre sobre el cemento. Las tres mujeres se inclinan para ayudarla, sus manos se entreveran con las manos duras de la vendedora que coloca las flores sobre su follón oscuro. Todo el floreo del día han tumbando vaganinis, dice la india maldiciendo en quichua y en español. Pídele a Dios un castigo, le aconseja la más vieja de las caritativas, les entiesará las patas en la fuga, los llevara a toditos a los quintos infiernos.

Infierno, la mujer joven escucha aquella palabra, infierno, repite, la turbia imagen de lo que vi en que la cama ese día caluroso, húmedo porque el ventilador no servía. Ella piensa y mira el autobús que se detiene en la mitad de la cuadra, delante del Ford azul que pita pidiendo paso. La vendedora ha terminado de recoger las flores, dice gracias señoritas y se aleja corriendo. El sol sigue cayendo a plomo sobre la calle Colón: Jesús, que bulla, dice la mayor y un hilo de sudor le llega a la barbilla. El pañuelito blanco y bordado recoge esa gota. Los motores siguen despidiendo un humo espeso y acre que al aspirarlo aplaca el silbante oleaje de los bronquios. La menor de las mujeres abre la boca y el aire enfermo entra como un río correntoso en los pulmones.

Cuando llegan al deposito de los mosaicos Atlas casi las ataca la asfixia, olas de polvo salen de los interiores empujadas por un ruido de molino. Serenidad, va diciendo la vieja mientras reza mentalmente y hace sonar las llaves entre sus manos cruzadas por venas azules. La joven se fija ahora en un ser musculoso que levanta con un brazo la bola del mundo: Atlas el mejor mosaico, se lee en un letrero. Ella no quiere pensar, pero piensa. En su barrio todo es distinto, calles anchas y limpias, un patio donde de niña solía pasear en bicicleta, el columpio que el padre empujaba con delicadeza, cuidando que ella no se lastimara las rodillas en los matorrales que crecían libremente sembrando un olor de almácigos y nardos domésticos. Desde la ventana de la villa su madre podía llamarla a cenar, gritaba inaudiblemente su nombre para poner fin a los juegos y a las conversaciones extrañas con el hombre que más tarde la poseyó; para entonces, el hombre era un niño al que llaman Paco, Papito, le diría ella ahora que los bocinazos la traen a la realidad, al infierno de esta penitencia que debe cumplir. En la esquina de Pedro Moncayo divisan los puestos de los cachineros, apenas se fijan en las hileras de zapatos viejos que los mercachifles ofrecen a los transeúntes, las camisas usadas que cuelgan de armadores mohosos, esta vez sin precios ni vitrinas adornadas. Si me pongo una de esas pierdo mi halo, dice burlona la segunda que ha permanecido en silencio desde que salieron del Rincón de los Justos. Las dos la miran entre asombradas; y pensativas, ambas sintiendo un intenso agolpamiento de la sangre, un martilleo en las sienes estrés: chas que crece con el susto que hace un rato han pasado, cuando los pavos del Colegio Mercantil huyeron de verdugo Ugarte que, blandiendo su látigo, se apareció por le Esquina del Ojo, anotó los nombres de los que pudieron fugar: Vargas, Ortiz, Ricaurte, agregando a los que estaban en clases; pero no le obedecían,

La experiencia de otros recorridos les había enseñado que Matavilela era una zona que se regía por sus propias leyes; alejados del lugar, los agentes del orden veían en esas calles una zona privada, mundo aparte y rojizo donde vivir era caer en el espacio de las vacilaciones. Las Damas de la Caridad tenían que realizar aquella visita una vez al mes, ubicaban las alcancías con la imagen de la Martillo Virgen, recogiendo el óbolo para su beatificación. Dinero caído del mal llegado al bien, le gustaba decir a la Presidenta de la orden cuando la mayor de las tres abría el saquito repleto ante sus ojos esquivos.

En la pensión Kennedy junto al bar y picantería La Popular, cuyo dueño se ha negado siempre a recibirlas, las mujeres registran sus bolsos. Movimiento maquinal que les indica que están allí los polvos y los carmines, la sombra verde que la mayor usa en los párpados. Gallinazos negros, fuera, grita el dueño desde la puerta del establecimiento, Ellas lo observan sin dejar de caminar. No hay desprecio en mi mirada viejo soca, piensa la joven y se pasa la mano por la frente retirándola mojada de sudor. Juntas, casi tocándose los codos, penetran en el patio de la pensión, miran los capiteles simulados del extraño edificio, los jarrones corintios moldeados en cemento, los arcos que se elevan en las puertas numeradas, la terraza con balcón

donde aparece grabado el año en que se construyo: 1935, cuanto tiempo, dice la vieja, y la otra, cuántos cuerpos, y ella, silencio, porque el almendro trae la brisa, un viento leve que necesita sobre su cara para sobrevivir y ser salvada.

PARTE II

1

La tarde en que los habitantes del Patio de las carretas pactaron la sociedad para expulsar al viejo Mañalarga del 212, otras desgracias se cernieron sobre los antiguos techos de Matavilela. Las ráfagas ardientes y polvosas, venidas del cerro Santa Ana, aullaron sobre la pileta del centro del patio llenando de polvo las tinajas con el agua recogida la noche anterior, irrumpiendo en el cuarto de Cristo, el Equilibrista, donde Erasmo, el Charolador, dijo haber oído un. discurso, enrojecido como sus manos, en radio Cristal; Sebastián aseguró que el color de esas palabras era el nombre que le daban las autoridades a ese barrio de cinco calles y cuatro cuadras estrechas. El viento siguió apagando las velas con que se alumbraban adentro y el niño Avilés se orientó con su vocecita de recién crecido: desde Machala a Quito y de Quito a Pedro Moncayo, siguiendo por Pío Montúfar, Seis de Marzo hasta llegara Santa Elena. Buena lección le dio Erasmo Testu y se inclinó a encender las velas que seguían apagándose. Cuando la ventolera se escapó por las hendijas del techo, la vieja Inés Saraste, que a cada momento servía colada en jarros de fierro, preguntó cuántos años habían pasado desde la última amenaza; por su memoria cruzaron los tiempos del olvido, un intento de fumigación y el desalojo en que su marido perdió el dedo meñique. Cinco, le contestó Cristof mirando el mapa que tenía extendido sobre la cama, señalando mentalmente las ciudades que habían admirado sus triunfos aéreos y sus desastres terrestres,

Fuvio Reyes, que por primera vez había venido a la reunión del domingo en el cuarto de Erasmo, permaneció sumiso y cauteloso; hubiera querido preguntar qué pasaba, Pero la voz gruesa del charolador, jefe y superior de los conjurados, explicó a los asistentes que sus colegas de la Plaza Central ya se habían organizado para la invasión de la pampa del Guasmo; organizarse, repitió como un eco, y se limpió dos costras de charol rojizo que manchaban sus palmas de dedos hinchados por la frotación,

Alzando el brazo, Cristof quiso hablar de los padecimientos que le esperaban en sitio tan lejano, sin árboles para Solgar mis cuerdas, ni espectadores dispuestos a dejar una moneda para ver cómo se camina en el aire. Chamullos, musitó Sebastián, en la calle siempre te pagan por cualquier osa, te dan tus bombos como si mucho valieras; yo te he visto llenar la gorrita en el parque Centenario, fingir que te Cars y ni te caes nada. Para que tú me veas caer te invento un número fácil, contestó Cristof, visiblemente enojado: sube conmigo a la cuerda floja y no te le empalarás a nadie más en tu salón de giles. La vieja Inés dio tres palmadas y un grito, apagó las velas y la discusión con el silencio aguda que salió de su boca, obligando a Erasmo a encender por tercera vez. los fuegos de San Telmo,

Los conjurados del cuarto se sumergieron en silencios espesos; Cristof se ajustó sus hopalandas, amplias como alas de murciélago, sacudió los escarpines mientras Sebastián, sin mirarlo, se inclinó sobre el mapa, recorrió ceda raya y Sada crucecita, los puntos del viaje por la provincia y la patria, deteniéndose en la laguna de Yaguarcocha, en la cordillera central, en el camino al Oriente donde, según Chacón, el marido de Leopoldina, los valientes podían hacerse ricos en muy poco tiempo.

Sin parpadear, las miradas estaban fijas en los puntos de luz. El Guasmo era una pampa amplia y deshabitada, propiedad de Juan X; el jefe habló de su extensión, de veinte cuadras desbrozadas a machete y una red de canales hacia el río para las aguas servidas. El viento siguió silbando afuera, levantando remolinos de polvo, cuando el niño Avilés cantó la endecha; si yo de aquí me alejo no es porque asilo quiero, y las frases rebotaron en las sienes, jarro tras jarro de la colada de Inés, volvieron a explicar y a hacer planes Montaré un negocio que rinda cincuenta veces más el dinero invertido, dijo Sebastián, extrañamente animado, ¿Un salón?, le preguntó Cristof con la voz que era un pito finísimo, No, un truquito de payaso cuerdero, contestó el Sebas sonriendo.

Mentalmente, Erasmo vio los días de invierno en las afueras de la ciudad, sus cielos rápidos y grises soltando una llovizna tenue sobre las casas de caña. Él aparecía en la ventana mirando a sus hijos que corrían bajo la lluvia, huérfanos de madre los tres porque la mujer no pudo con el último parto. Se veló con estas velas, dijo repentinamente, y aquel fue uno de esos pensamientos que se pueden retener en la mente,

Fuvio Reyes miró la noche cayendo como una prolongación; las cuatro llamas temblaron al unísono, Sebastián y Cristof cesaron de hacer esgrima con sus palabras y todo volvió a ser silencio; el cuarto adquirió tanta oscuridad que, cuando las velas parpadeaban, se precipitaban adentro los ruidos del patio. La vieja Inés dejó quietos los jarros y el niño Avilés no tuvo qué endechas cantar para volver a animarlos.

El Fuvio no olvidaría jamás aquella tarde de conspiraciones y silencios, empujada por el viento gris de las seis; frase de Erasmo Testu se hundió en su mente como una piedra en un pozo profundo. Por la ventana del cuarto contempló el cielo estrellado; aquel espacio se le había ya convertido en

una fuente de recuerdos, una imantación de la infancia que lo habría llevado allí a colocar una tela opaca ocultadora de los cuerpos diurnos que lo doblegaban, que lo lanzaban a esa vida oscura donde el Ojo Mirador fue descubierto en su equivocación, en la rendija de la pared de Leopoldina, La noche siguió cayendo como un toldo oscuro. Sobre la mesa construida por el viejo Ribadeneira se apilaba un montón de objetos extraños, filtros de dos bocas, achoteras redondas y sartenes de mango, ollas con tapa de cabeza de león y una coladera en forma de estrella de seis puntas. Fuvio Reyes miraba los objetos y repensaba la frase. Cuando murió su madre, aquel hombre alto y pálido, vestido siempre de ropas severas, arrastró hasta la habitación el cajón charolado en negro, clavó la cruz moldeada en lata y colocó las manijas de plomo fundidas en el homo de don Riba; desde entonces, contra él le fue creciendo un oscuro rencor, bronca silenciosa que lo volvía incapaz de entender el favor del charolero que no se inmutó con los golpes y chalaquitas del furioso huérfano; con el tiempo, comprendió que no era él el asesino sino la muerte,

De regreso de la esquina de los equilibrios, arrebujado en su capa pringosa y apretando el paso menudo de los escarpines. Cristof se apareció en el espacio de las ventanas; bajo una súbita sorpresa, el bizco se sintió descubierto. Como si todos sus pensamientos aparecieran escritos en la frente estrecha, quiso borrar de un manotazo aquella visión, pero el cuerpo ceñido por la camiseta persistió en. su presencia. Ya lo has oído, le dijo el equilibrista, dicen que la zona es roja y nos echan. Fuvio no respondió, pensó en las marcas que su madre había trazado con agua tinta en el piso, vio las letras aplastadas, perdidas de su significado y se hundió en una tristeza sin fin. Allí fue ovillando hasta quedar estático, La mano de Cristof se llegó a su frente, lo palpó buscando el rastro de una enfermedad incurable, pero Reyes se rebeló, cerrando los ojos no quiso saber nada del despido que se avecinaba.

Cristof rechazado en sus atenciones, sintió que los labios se le avinagraban de furia, escupió al suelo con fuerza mirando al muchacho que, entre susto y susto, trataba de sonreírle, Me acompañarás esta noche a la función de las antorchas, le dijo, pasarás el sombrero entre la concurrencia y luego me darás cuenta de lo que he ganado, Casi una orden, las palabras del equilibrista rodaron por su cara refrescándola con el tedio abrazador de sus calmas. Sí voy ir, contestó Fuvio Reyes; la suya había sido una voz de muchacho canta triste, buena para hacer dio a los pasillos que el niño Avilés cantaba en la Corte Suprema del Arte. El equilibrista, regodeado en sus hopalandas oscuras, le pidió que saliera. Con una seña, las manos del muchacho abrieron las bisagras y el brazo de Cristof, amistoso como nunca, se posó en su. hombro. Desde que su afición se convirtió en oficio, nunca había tenido un ayudante, por eso no pudo templarla cuerda para la proeza de cruzar el río Guayas, ni tuvo quien le empujara el trampolín para el salto mortal sobre las aguas del Estero Salado.

Nuevos proyectos calentaron sus sienes mientras Fuvio Reyes, encabritado por el abrazo, avanzaba a pasos veloces, pisadas que semejaban un paso

mayor, paso de la vigía a la conquista de ese mundo superior que se ocultaba bajo las telas del nuevo amigo, desconocido continente que hace pocas horas aparecía lejano y que ahora estaba ahí, al alcance de su vista torcida.

Cristof era el amigo de los que no tenían amigos, perdido en la soledad de sus quehaceres elegía siempre a los huraños como compañeros. Carga la cuerda, decía, y el elegido tenía que aceptarlas órdenes de ese ser extraño, Houdini del puerto que se ganaba la vida con la muerte, le Jugaba la cuca al Diablo saltando por el centro de una rueda cruzada de puñales, caminando sobre la cuerda, vieja a más de floja, tragándose bocados de candela rojiza para después lanzarle a los espectadores su aliento de dragón enfurecido,

Bajo la cubierta resplandeciente de la noche, al ejecutor y su ayudante salieron a la calle; Fuvio Reyes sujetaba contra su pecho las doce antorchas rústicas, palos de escoba recortados a ojo, unos más grandes que otros y en la punta un mechón de trapo empapado de gasolina. Cristof colgaba de su hombro la cuerda del ejercicio, estiraba la punta como. el encantador estira el rabo de la culebra que lo matará,

El espectáculo de las antorchas era el único número que atraía a los habitantes de la calle Colón. Las antorchas, gritaban las putas, y corrían hasta la plaza Victoria dejando sus esquinas vacías. Los cachineros guardaban apresurados sus bienes terrenales haciendo de todo un bulto, vientre de tela que contenía clavos torcidos, candados sin llave, sierras de hoja, botones con hilos de colores, alambres, martillos y todo lo que otras manos podían hallar sobre las calles sobre los cordeles de los patios o en los bolsillos de descuidados transeúntes.

2

Allá va el santo, santito, santón, santo de mi devoción, va a sorprender al Sebastián que se encuentra adentro con la Narcisa Martillo, El Sebas es el salonero del Rincón de los Justos y Narcisa la muchacha que las caritativas quieren llevarse a un convento para convertirla en virgen. El Enmascarado de Plata va a impedir que la rapten, matará al Sebas porque también quiere meterle fuego a mis botellas mágicas. Yo lo miro en la página, veo cómo se mueve sigilosamente, camina por el pasmo amparado en la oscuridad que es su cómplice, Zape, perra puta, le dice despacito a la Gracia Divina que mira cómo se arrastra estampilla contra el suelo mojado, mirando al Fuvio Reyes que está como siempre, ojo chícharo, en la pared de Leopoldina. El máscara lleva el san jet sujeto a la espalda; si lo pescan se dará brisa

volando, tiene que andar avispado pues en el patio nadie lo quiere, peor si se enteran de que va a defenderme, de que impedirá que el Sebas se consuma en mis sueños húmedos, de que me encienda cuando yo siento que soy él y me acerco a una doncella: no te hagas la gil, mansita, y dime dónde se esconden los choros, porque son muchos los maleantes que matará. Primero el Sebas, que fue elegido para meterla candela, después Erasmo, que anda queriendo llevarse a la gente a invadir el Guamo, tonto pendejo, no sabe que allá los chapas tumban las casas, se meten donde la gente duerme y suácate, suácate, los tiran apaleados a la calle, que ni hay calle, Con Erasmo marchará el Tello, negro morboso que corrompe a los muchachos, les de revistas de desnudas a los estudiantes del Colegio Mercantil para que se vayan de paja, también el Santo acabará con el sordo, que, aunque no viere, es el que toca la campana para avisar su presencia. El Fuvio Reyes no, me da pena ese tuertito cojudo, sin madre ni nada, machaca y machaca las latas del viejo Ribadeneira, el unico amigo que tengo en este sitio de ingratos, porque yo los acomodé en sus cuartos cuando esto se construyó, les di el espacio para que vivan sin pedirles nada, tú aquí, tú allá, les dije, cuando mi hijo todavía no sabía nada de la milicia. A las mujeres, el Santo no las matará, las pondrá en fila india y las envolverá con su capa, de allí saldrán preñadas y contentas, porque al santón le gustan las descendencias, para que no muera mi nombre, leí en la de la semana pasada, cuando se tiró a una gringuita en pleno ponche, entre tumbada y tumbada, le pegó dos palitos, dos si no fueron tres, porque ahi no decía, nada más que el arrope duró ocho cuadros enteros y ya me hostigaba. El enmascarado tenía que perseguir a los que se le robaron el san jet, había prisa y sin embargo se quedó ahí, tirando con esa mina extranjera, pero al final los cogió uno a uno, como lo hará con estos malvados cuando acabe de arrastrarse y se meta adentro, agarre al Sebos de a moña y suácate, suácate, del primero le volará los dientes de oro y del siguiente lo dejará templado en el patio, largo a largo como si ya estuviera muerto, pero hay que esperar, la noche está entera, no se puede avanzar sin ser descubierto, la perra puede ladrar ladrón, ladrón, y todo se irá a le mierda, El Santito lo sabe, como sabe de las cosas. que me quieren hacer, por eso hoy ha venido hasta mis manos, me ha visitado en la Banqueta de Seis de Marzo y Colón para que mire su acto, la fuerza con que dobló los barrotes de la puerta que ya estaba cerrada, Eran las doce allá donde él andaba, y las cuatro acá donde yo lefa la historia sagrada de su santo nombre, Lo que no me gusta es el color de estas páginas sepias, uno no puede ver bien si ese man ya actuó en otra aventura si el Santo ya lo acabó con sus manos y ahora lo vemos vivito y coleando, haciendo de las suyas en esta vida donde los muertos no mueren. Por eso yo los imito, quiero que mi hijo, cuando salga de la mili, venga a verme, se pruebe el traje de Santo que le cosí con mis manos y comience a luchar. Como el Enmascarado ha de venir fuerte y arisco, impartirá justicia a los bandoleros sin quitarse la máscara que es su secreto. Dicen que siempre la lleva porque tiene la cara hecha una mierda; cuando estaba débil, el doctor Jofat, que es su peor enemigo, le lanzó ácido para destruirlo, pero es mentira, yo lo he visto sin

disfraz y se lo ve bien carita, a pesar del sepia de las revistas; como las jebas se le abren, viejas y jóvenes apenas lo ven le dicen, santito, ven a poner tu velita en mi altarcito y él enseguida va, prende la vela maría, prende la vela rosana, como en la canción, y las deja encendidas adentro, como ahora que el Sebastián está profanando a la Virgen, le mete un cuchillo en la barriga y hace rodarlas ayoras, después se vuelve, acaricia los senos de la Narcisa Puta y sigue en el sacrilegio, pero lo hará no más hasta que el Santo llegue, hasta que termine de cazar el patio donde ahora se está escondiendo tras las carretas, siempre seguido por la perra dela Encarnación que le mordisquea la capa, le marca la huella de sus colmillos en a tela plateada, dejando hilachas entre sus dientes, una pista que pueden seguir si son bastante inteligentes y no brutos como nacieron, pero el Santo en el fondo es bueno, no dejará que el Sebas sufra su muerte, será violento en la justicia, ni siquiera le permitirá que hable, que se defienda con la voz, como lo hacen los asustados cuando la ven negra. La Narcisa sí va a chillar, pero cuando vea quién es, o gritará de miedo sino de gozo. Yo sé todo lo que va a pasar porque tengo la historia entre mis manos, puedo cambiarla, dejarla en esta parte que es la que más me gusta, saltarme los cuadros borrosos, pero las revistas cada vez salen más finas, hay menos páginas, pocas fotos y más lectura, y lo que es peor; cuando la cosa se pone buena, uno se queda foco, porque en letras grandotas dice: CONTINUARÁ LA PRÓXIMA SEMANA.

3

Llegar a Matavilela no era solamente un cambio de barrio, era también llegar a cosas desconocidas. El ambiente se percibía al dejarla Plaza Victoria y caminar por el parterre central de la calle Quito rumbo al sur. Enseguida se llegaba a los portales para tomar el ritmo de los transeúntes, rápido o. lento según la hora y los motivos. Cualquier día en estas calles, es día de ocio, musítaba Marcial, metido en medio de. aquel floreo de miradas buscadoras, de miradas que se iban detrás de los cuerpos, sobre los traseros prominentes o sobre. los pechos que se abultaban en las blusas de hilo, Porque mujeres que salían de sus trabajos tenían obligadamente q caminar por allí, vivir por un momento ese clima de ebriedad y de fiebre, meterse en aquel ir y venir de cuerpos ropa leve, de cuellos goteantes y sobacos húmedos.

Era un clima de ocio, verdaderamente, sobre cuando el paseo parecía estrecharse con los puestos de los cachineros y la presencia de las putas. Si era un atardecer éste se hacía largo, flotaba un olor penetrante de colonias baratas que lo empujaba a uno hacia los salones de la calle Colón mientras las luces se encendían. Los vagos de las esquinas solían realizar apuestas cuando se acercaba la hora del encendido. Guardaban sus relojes en los

bolsillos y tiraban las monedas dentro de un círculo trazado cortiza sobre el pavimento. Cada uno iba gritando el momento cuando el día dejaba de serlo porque las luces brillaban de golpe arriba de los postes. El ganador se llevaba la apuesta y estaba obligado al convite en alguno de los bares cercanos.

Hacia la izquierda, siguiendo recto por la calle Colón, aparecía aquel callejón intrincado con sus salones oscuros que olían a grifa y aguardiente, bares donde, según iba oscureciendo, las paredes manchadas los volvían más tétricos, Desde ese callejón se podía llegar hasta el cine Lux, pero aquello no se animaba hasta más tarde, cuando era la hora del Especial y la cola se iba estirando, alargándose como un ciempiés hacia los fogones de las triperas que jodían el ambiente con su olor nauseabundo, En la cola no había discriminaciones de sexo ni piel, los tacones altos de las mujeres se movían junto a las plantas de caucho de los escaperos, Las caderas proyectadas tocaban los muros y aparecían escotes y melenas, uñas pintadas y labios enrojecidos por las barras de un rouge quebrado y guardado envuelto en papel en las carteras, Todo se avivaba con el humo delos cigarrillos que el Diablo Ocioso vendía por unidades a los espectadores, Cuando la cola terminaba por desaparecer dentro de Jajaula de rejas de la boletería, el ruido de los coches al arrancar ensordecía a los paseantes, las portezuelas se cerraban y las bocacalles, oscurecidas y llenas de grupos, poblaban las calzadas sumándose a la diaria procesión que desfilaba Matavilela arriba.

Aquello era un conocimiento inmediato, la vida a flor de piel, la vida al desnudo en esa calle de putas y ladrones donde los policías apaleaban a algún borracho que dormitaba en el zaguán de la Federación de Trabajadores, donde las putas hacían rebajas a sus clientes, estudiantes que buscaban emociones fuera del Colegio Mercantil, ubicado a la vuelta de la cuadra, frente a la Maternidad, y cuyo rector, tuberculoso y cadavérico, solía organizar batidas morales por aquellos antros, llevándose a sus pupilos de los bares, agarrados de la moña, anotados sus nombres y señas en la libreta espiral escrita con una caligrafía inglesa inútil y perfecta. Es el martirio este lugar inmundo. solía decir el rector en las reuniones con los padres de familia. Su voz cavernosa sonaba hueca y los estudiantes tenían la sensación de que el aire silbado que salía de sus labios le rebotaba en los caliches del pulmón enfermo. En los amaneceres de invierno, cuando él aire estaba fresco y gris y la ciudad se medio vaciaba de habitantes, Matavilela parecía otro sitio; las casas, enmarcadas entre los pilares de ladrillo con sus aleros goteantes, permanecían cerradas hasta muy tarde, la esquina del puesto de revistas apenas presentaba lectores, ninguna solitaria mujer aparecía en la otra esquina, sosteniendo con la espalda aquella pared llena de anuncios: fume cristal, beba marlboro, pepsi cola, lo mejor para el dolor; se leía así porque un letrero era pintado sobre el otro. Acercarse hasta allí en invierno era más que una sorpresa; podía uno toparse con alguna procesión de Niño Dios de chichería, tener la suerte de recibir alguna botella de licor por el simple hecho de andar detrás de un ángel, o junto al diablo

santón que caminaba. siguiendo el ritmo de una banda compuesta de un saxofón, un tambor mayor y una corneta. Los músicos iban siempre en una carreta empujada por mujeres; adelante, con los: ojos entornados, una Santa María, traicionada sólo por la bola de tripa que mascaba con ahínco, cargaba al niño de yeso, car rosada y chorritos de oro, con algún dedo del pie quebrado y un ojo bizco pintado con esmalte de uñas.

Luces resplandecientes, sonidos de cláxones, oscuridad, no el blanco niel negro, apenas un color inestable y chillón, destellos de parabrisas fugaces reflejados en marcha sobre los cristales de los escaparates. El rostro del barrio le saltó a los ojos cuando Marcial lo vistumbró en la lejanía. El morral colgaba de su hombro robusto y en cada pie una bota aprisionaba el miembro adelantado, Todo ha cambiado, pensó, un año metido de soldadito de plomo y ya. Traía pintado en las mejillas el frio del páramo. Debo verme como el Capitán Manda o como el sargento Carrillo, dijo entre dientes, y se acordó de la fiesta de despedida, cuando escuchó por última ocasión el toque de diana y se vistió con prisa. ¿Cierto que te quedas; soldado?, le preguntaron los otros, pero él no tuvo el valor de dejar el quepí por el casco, es fierro y pesa, le decía irónicamente el sargento Carrillo, a quien la vida castrense le había atiplado la voz y hablaba como marica: él no respondió, se quedó sentado en el semicirculo de las banderas imaginando al padre, viéndolo hundido en las hileras de botellas, soñando con héroes y aventuras extrañas, Después de todo, pensó, ahora que ya estaba acercándose, el viejo es m: padre. Cuando las torres de la iglesia Victoria se proyectaban atrás, Marcial vio un par de nubes que avanzaban veloces. Una lejanía áspera se metió en su pecho: llegaba a casa sin el aviso previo, su presencia traía también la sorpresa. El primero que lo vio pasar fue don Riba, que en ese momento salía cargado de sus objetos rumbo a la Plaza Central; Marcial, gritó, y los dos se confundieron en un abrazo que hizo sonar las hojalatas. Ribadeneira sintió entonces la necesidad de hablarle antes que el padre, Cada frase suya causaba una sacudida en aquel cuerpo acostumbrado a los golpes y las caídas. Lo que va a pasarnos es poco, decía el viejo sonriendo, tu padre, si puede, soportará el martillo hidráulico que le romperá todas las botellas, no habrá santo que lo salve, esto si antes el Sebas no cumple. Sin hablar, Marcial lo escuchaba hasta que estiró la mano hacia él y se alejó corriendo. Dos, tres, diez zancadas vertiginosas lo pusieron delante de la tienda; padre, dijo, en el momento justo cuando el viejo Mañalarga examinaba una botella blanca recién adquirida. El olor que salió de su pico fue como el humo que contenía su cuerpo. ¡Carajo, hijo mío, qué susto! La emoción se convirtió en reproche. El padre había visto en sueños que el hijo sele aparecía de sorpresa: dejabas abandonada esa mierda de la milicia y te venías conmigo, dijo contento.

Marcial comenzó a recorrer el aposento, tuvo la certeza de que desde su partida las cosas habían cambiado, ya no estaban los sacos de yute repletos de vidrio machacado y en las perchas únicamente se apilaban frascos de esmalte, los que mejor pagan, pensó, palpando la pared empapelada con anuncios de los cines cercanos, la figura sensual de una mujer desnuda, en

aquel calendario con los días tachados conforme avanzaban. Supo entonces que era cierto, que el desalojo estaba ordenado, que al Mañalarga lo habían marcado con otras cruces y, sin mirarlo, lo oyó decirle, gracias por haber venido a salvarme.

4

Todito el día ha estado limpiando mi imagen de su narcisita, mirándome repetida en la figura de yeso, cantando pasillos con un hilo de voz, sacando polvo del ojito burlón, limando uñas de las manos costureras. La Gracia Divina se le mueve en la falda chillona, muerde mi oreja y otra vez me acurruca. Cerradas las puertas para no oír la radio de los vecinos, la gorda pasa y pasa el trapo por mi cara empalidecida, quieta niña, le dice a la perra que me encontró el año pasado enterrada en el lodazal y me trajo hasta su cuarto cuando las dos rezábamos. Repiques de campana acompañaron mi aparición. Yo miré el pedazo de palo enlodado que la Gracia: entre sus fauces, suelta perra, dijo la vieja Encarnación cuando descubrió la punta de mi nariz y esos mis ojos ennegrecidos, Asustada y contenta la Gorda me fue sacando despacio de la trompa de la divinidad, soba que soba el negro del animal que no quería alojarme, hasta que pronto me soltó, fui a dar de cabeza al piso donde un polvillo tilo cubría la mugre. Un brazo se me rompió en la caída y yo me reía cuando la vieja gritaba llorando ayayay su bracito, y me le ponía la venda, pero la venda se aflojaba y otra vez iba al suelo como en una penitencia. ¿Fue entonces cuando se convirtió en mi devota? Todavía me lo pregunto me lo digo ahora que el intendente ha dado la orden de que: los salones no abran los domingos, La gorda Sepúlveda cierra las puertas del Rincón de los Justos y se dedica a cuidarme, prepara el agua caliente y me va lavando todita, ahí mismo en el lugar que ocupo junto a la rockola. Yo la siento cuando me abre la alcancía porque de tanto encierro termino siendo la otra, ella me saca del vientre pesetas y reales, tira. los medios a la basura porque dice que no valen y todo lo va metiendo en una bolsita que más tarde le entregará a las caritativas, La vieja da limosna en plata que yo me gané con mi cuerpo: si la Gracia Divina no le hubiera traído el perdón en mi palo de santo, ya estaría perdida en el infierno de los avarientos. Con la Narcisa adentro le cambia la suerte, tiene ganado el cielo y los billetes que los borrachos dejan entre sus manos. La Divina y yo miramos sus tetas flojas flotando en el corpiño abundante, el vientre que se le abulta debajo de la crinolina de gasa roja y esos dedos ensortijados que nos tocan, sacan piojos de cuerpo y cabeza y luego los va aplastando entre sus uñas ennegrecidas por una medialuna de tierra. Sofocada por la densa humareda

de sus cigarros. me inmovilizo entre sus piernas, Quede quieta ahí Virgencita, dice con la respiración acelerada por la emoción y un rayo de luz que ha venido del techo cae sobre mi cabeza, ilumina mi manto de yeso y mi velo de trapo formando un cono, como en la estampita que le dejaron las Damas de la Caridad cuando la visitaron por última vez. Afuera, autos y camiones pasan rodando sobre el asfalto, borrando las huelles de «mi Sebastián que en su día libre ni siquiera se acerca al Salón, espera la hora en que Encarnación Sepúlveda me vuelva a mi sitio, sujete mis manos con las cadenas para que los ladrones no me roben y me deja ahí, sorda además de muda, hundida en la oscuridad porque ella apaga la luz para rezar, se inclina frente a la figura y dice sus deseos. En el cuarto oscuro yo la miro golpeándose pecho, sosteniendo rosario de gruesas pepas de vidrio con ostentosa, pidiendo que los repartidores vengan temprano con el camión, dejen las veinte jabas frente a la puerta, 480 botellas, Virgencita, dice, y que el líquido vaya a parar a esta tu casa de oraciones donde yo vivo y doy la vida. Cuando reza, en verdad no reza, lo que dice es que le dejen la carga temprano para que se acabe tarde, pide que yo no siga con el Sebas y que la otra me cuide, parece que va contando sus palabras porque igual mueve las pepas del rosario, intercala un padrecito lindo ayúdame a ser buena, y luego sigue preguntando cuándo vendrá ese señor que le dejó la cédula empeñada, cuándo le pagarán las botellas despicadas y todo lo va juntando en palabras queme repite en la cara para que no lo olvide, para que recuerde mi nombre, el poder que tengo entre las piernas y el consuelo que las dos me piden rezos.

5

Lo que miró de verdad el viejo no fue el ingreso del Santo al salón de la gorda Sepúlveda. Oscuro como estaba todo, Mañalarga no se dio cuenta de que era el Sebas quien entraba por la puertita trasera, se deslizaba en el salón cerrado porque la volada había pasado ya por la calle del Descubridor. Las manos húmedas de la Narcisa habían corrido el picaporte amordazando la aldaba con un trapo mojado, deslizando una gota de aceite sobre las bisagras que se abrieron en silencio, dejando paso libre al intruso que caminó hasta. la vela que la vieja Encarnación encendía todas las noches ante la imagen de la Martillo Virgen. Suave que me estás matando, cantó despacito Sebastián cuando la mano de la salonera se posó sobre su hombro. En la oscuridad, a la que poco a poco se iban acostumbrando los ojos del Trapeados, el salón parecía más chico. La puerta mayor, cerrada sobre la puerta móvil, simulaba un arco oscuro, espacio de borrosas marismas que no se podían traspasar. Atrás, y casi sus espaldas, las perchas repletas de botellas tocadas por fugas de luz. En las rendijas, los puntos

amarillos dejaban ver quela nocturna seguía afuera, dibujando formas purísimas, líneas vibrantes, fragosas, torcidas, que a su vez proyectaban otras formas abultadas, chatas, elípticas, redondas, la mano de la Narcisa siguió en el hombro del Sebastián hasta que sus ojos endurecidos terminaron de acostumbrarse; entonces, con una voz que era un ahogo le dijo, pegando los labios al lóbulo de su oreja: acostémonos.

La Narcisa se estiró cuan larga era sobre el piso cubierto de periódicos viejos. El Sebas le buscó la cara y la dirigió hacia sí; con las palmas abiertas fue recorriendo su rostro, bajando por el cuello y los hombros, siguiendo hasta los ¡senos que erizaron sus puntas sobre la blusa de hilo. Sin detenerse, Sebastián siguió igual hasta llegar al pubis que se le escurrió de repente. Espérate, le dijo, y sin sacarse la falda deslizó las bragas hacia los muslos, las empujó con los dedos de los pies hasta los tobillos y allí sacudió las piernas para - quedarse libre de su atadura. El Sebas tuvo la sensación de que un nuevo espacio se había abierto ante sí. La Narcisa levantó los muslos frente a él que se quedó mirando el pubis ennegrecido y húmedo. Anda, dijo ella con las dos manos puestas sobre las vellosidades y elevándose un poco. Sebastián se acercó hasta allí, no se había abierto ningún botón en el ropaje ni se había descalzado. Ella, con una prisa extraña que no quería disimular, le abrió la camisa, perdió las manos en el interior del pecho del muchacho y fue empujando su rostro suavemente hasta su centro. El Sebas pegó los labios en las dos partes de esa boca mueva, como queriendo abrirla con un beso. Se detuvo. Sigue, casi le grita ella, y él, desde donde estaba, soltó una culebra silenciosa que penetró antes que su lengua, shihhh. La mujer se estremeció desflorada por ese vientecito leve y presionó las piernas la cabeza que tenía en medio, Mijo, musitó, Madre, respondió él.

Las ráfagas de luz comenzaron a caer sobre los dos cuerpos que ahora formaban uno solo. Cuerpo múltiple: como el de la diosa Shiva, con dos brazos naturales arriba y dos más a la altura de la cintura de ella. Un par de piernas que llegaban hasta los muslos de él y luego otras piernas caídas afuera del improvisado lecho de letras muertas y endurecidas.

Cuando Sebastián emergió del fondo abundante de la Narcisa Martillo, sintió que otro cuerpo le había crecido. en el suyo, Ella todavía estaba en el suelo; las palabras que habían pronunciado sus labios fueron indicaciones que le secaron la boca. Tengo sed, dijo, y el Sebas tuvo una prolongación que le estiró el pantalón estrechísimo, De pie, el hombre se dirigió al congelador, lo abrió recibiendo en la cara el impacto de esa luz helada y extrajo la botella de cerveza. En la oscuridad palpó el vaso, pero no lo encontró; pudo seguir buscando, pero el riesgo de que un vidrio rompiéndose contra el suelo acabara con ese momento único lo hizo desistir. La Narcisa había colocado las dos manos bajo la nuca a manera de almohada y lo esperaba. Las piernas separadas, la falda suspendida hasta la cintura, la blusa abierta liberando los pechos, Siéntate, le pidió e, y ella se incorporó para recibir la botella que llevó a sus labios sorbiendo un trago largo. Con una seña, esa del índice moviéndose hacia atrás, la Narcisa lo

invitó a venir, lo alcanzó de las orejas y pegó su boca a la suya; despacio fue deslizando el líquido, sin derramar una sola gota, en los labios del Sebastián.

Los dos seres daban la sensación de vivir un encierro momentáneo, simulaban estar solos compartiendo aquellos bienes terrenales. El Sebas, con la botella en sus manos, buscó el sitio anterior, se acercó al pubis y derramó el líquido en el fondo, Bebió, bebida reposada que le dejó en la boca un sabor entre dulce y amargo. La Narcisa se estremecía a cada absorción, sentía a veces que aquellas gotas frías le rodaban por las comisuras y que la otra boca podía hablar, entablar un diálogo directo con el otro cuerpo, como si el acto al que los dos se precipitaban no fuera una cópula sino una conversación. Narcisa, le dijo el Sebas ahora, y ella esperó que le hablara, pero lo único que hizo fue acostarse a su lado y callar. Narcisa, dijiste, le musitó ella en la oreja, queriendo devolverle el comienzo de una frase que no alcanzó a decir. En respuesta, Sebastián alzó el brazo señalando el piso del altillo. Las cuerdas de madera habían empezado a crujir. Ayudándose el uno al otro se pusieron de pie. Los pasos lentos de la Encarnación Sepúlveda eran las pisadas de un gigante. Narcisa, gritó desde arriba, y hasta la imagen de la beata embalsamada se estremeció. Vete, dijo la salonera y el Sebas otra vez corrió el picaporte, cerró la puerta sin hacer ruido y se alejó saltando de piedra en piedra hasta llegar a la calle.

6

Al regresar, ella recuerda que le dijo nunca, que le tiró la Puerta en la cara y salió a vagar toda la mañana, Él la mira volver y deja la revista abierta sobre la cama, justo en la Página donde el gitano le está poniendo a la mujer blanca un aro de plata en el muslo, ¿Volviste?, le pregunta, sabiendo que ya está adentro. La Leopa lo mira con furia, se quita los zapatos y los patea bajo la cama. Estoy cansada, dice, y arrastra la silla para sentarse, enseguida cruza las piernas y se acaricia las plantas, soba los dedos pequeños que se le escapa Bonitos pies, le dice él, que la mira con atención. ¿A dónde te fuiste?, pregunta. Ella se queda recordando adónde fue, únicamente dice por ahí y sigue con los pies, cambia la pierna sin notar que el vestido se le ha subido hasta arriba de los muslos. Calzón amarillo, le dice él, queriendo hacer chiste, y ella se cubre sin ruborizarse. Y la mujercita de la casa, ¿qué ha pasado haciendo?, pregunta. Chacón se pone de pie, da dos pasos por el cuarto que ahora parece más pequeño y le habla con un gruñido. ¿Leyendo revistas de amor?, se pregunta ella misma. El hombre ríe, sabe que si se enoja de nada serviría. Instruyéndome, dirás, le dice, Leopoldina ensaya una carcajada. No digas, tu padre se gastó sus últimos reales tratando de que no crezcas burro y ya ves te saliste de la U para ir a los vagos, para mandarte a cambiar con los gringos tortas que se creen los

dueños del Oriente. Chacón la mira otra vez, quiere evitar que su mirada llegue a los muslos y se concentra en la cara. Recorre ese rostro de ojos negros, de labios finos y nariz perfilada. Bonita cara, piensa, y cuando piensa no sabe porque lo dice porque siempre sus labios se mueven musitando frases admirativas. La mujer respondió a sus palabras, pero él se quedó quieto, parado en el centro del cuarto, oyéndola, mirándola sentada con el vestido recogido bajo los muslos. ¿Y ahora qué vamos a comer?, pregunta la Leopa sin moverse. Chacón ha vuelto a sentarse en la cama y hojea la revista. Con esto nadie podrá separarnos, dice la voz del gitano en los círculos sepias. Te amo, responde la mujer mostrando el muslo blanquísimo, la pierna donde brilla el aro de plata. Te estoy hablando, casi grita la Leopoldina, él se sobresalta, deja caer la revista sin importarle que la página se pierda. En el fondo, sabe que más tarde la encontrará cuando relea esa historia. Ella se pone de pie y él la mira andar descalza por el centro del Cuarto, No hay plata hasta mañana, podemos dormir, dice, pero sabe que en un momento saldrá a la calle, buscará el camino del sol donde dejará la chompa empeñada, peñaroleando, como decían mis panas del barrio cuando estaban jodidos y llevaban algo donde don Cherna, La Leopa, como empujada por una fuerza mayor, camina hasta el baúl, lo abre con un chirriar de goznes oxidados. Escarba montones de topa, tirando afuera camisas, pantalones; el traje de novia aparece metido en una funda plástica. Chacón se fija cómo ella lo acaricia, cómo en vez de dejarlo con las otras prendas lo deposita en la silla. Furiosa otra vez, ella busca en la caja que por fin la extrae. La chompa negra y pesada con la bandera azul en la manga. Llévala pronto, dice, y se la lanza hacia el cuerpo. Él la recoge, la dobla lo más que puede, busca bajo la cama periódicos viejos y la envuelve en ellos. Otra vez te vas a asolear, le dice al bulto y después sale.

Ella se queda sola en la habitación, tratando de mirar a través de las hendijas de la pared el cuerpo que se aleja. Hace días que no viene, dice pensando en el Fuvio, y de pronto no sabe qué hacer, se quita el vestido sacándoselo por la cabeza y camina, otra vez se mueve por el centro del cuarto como bailando. Qué ha sido de esos ojos que venían a animarme, musita, mientras sigue andando, elevando el cuerpo cimbreante en las puntas de los pies, moviendo los brazos como si estuviera en el agua, hundida en una materia densa que la hace girar con lentitud. Debe ser porque es de día, piensa, debe ser eso y nada más, dice evocando la figura delgada del mirador, el ojo extraviado en el hueco que ella misma abrió, hizo redondo como un sucre para que el observador pudiera admirarla en su totalidad, de la cabeza a los pies, desde los pies y otra vez la cabeza como un sin fin de visiones donde, solamente ella, era la protagonista, la única visión posible dentro de esos lupanares. Entonces grita, ven, golpea sus muslos con fuerza, sus manos recogen las bragas y las hacen. un minúsculo pedazo de tela que forma un corazón en su pubis dejando ver el nacimiento de sus vellosidades. El camino hacia la vida, dice palpándolos, colocando las dos manos adelante en una pose de bailarina, y de pronto siente que se ha olvidado de la comida, que le importa un pito que Chacón no regrese, que se vaya con su chompa y no. vuelva más.

Cansada de pensar y moverse, la Leopa busca otra vez la silla, mira la colección de revistas que Chacón ha desde que está adentro, toma una y la hojea con desgano, levanta frente a sus ojos para verla a trasluz; en eso está cuando siente los golpes en la puerta, el ruido de los nudillos que tocan tímidamente. No es su manera, dice, y recoge el vestido para ponerselo rápidamente, la tela se desliza pegada a su cuerpo como un guante, la seda fina que la dibuja completa, forma y contenido caminan hasta ahí, ella abre la puerta de un tirón y se sorprende de lo que ve.

7

Fuvio Reyes colocó las antorchas separadas un metro la una de la otra. Cristof sin mirarlo, templó la cuerda para el ejercicio atándola a los dos árboles; sin pedir ayuda tiró de las puntas hasta dejarla tensa. Con un movimiento rápido dio una palmada en la espalda del ayudante que en el acto encendió el fósforo ara acercarlo a las puntas delas antorchas que se encendieron de golpe, Poco a poco, el fuego fue formando una línea de puntos enrojecidos que desvanecieron la oscuridad que a esa hora caía sobre el parque Centenario, En el centro de un círculo que los curiosos habían ido formando a medida que se acercaban, Cristof estiró los brazos y Fuvio Reyes, solicito, le desprendió la capa por la espalda doblándola con cuidado. El sol pintado en la mitad de la capa se quebró en cuatro partes y el nombre escrito con purpurina dorada desapareció de la vista. Aquel nombre extraño siempre había hecho dudar a los habitantes del patio de las carretas, pero el funambulero gritaba que era suyo propio y no el nombre de luces que necesitaba para el espectáculo de las antorchas. Apaga la lámpara, gritaron, detrás de la multitud, y él sintió que otra vez le venía la furia. Mal augurio, le dijo despacio al Fuvio que empinándose trataba de descubrir al dueño del grito, Para qué, Sebastián agachado al fondo de los espectadores armaba la bocina con las dos manos que todavía conservaban el olor del cuerpo de la Narcisa Martillo; era una mezcla de espermas y cerveza, y nadie lo descubriría mientras permaneciera así, santificado por el cuerpo y, los olores de la salonera del Rincón de los Justos, todavía virgen, pues a más del aire silbado que el Sebas le disparo por las comisuras, nada más había traspuesto las paredes del sexo.

De un salto, Cristof alcanzó la rama más gruesa del árbol, se acomodó los escarpines atando las tiras atrás de las pantorrillas y se templó el moño; más arriba estaba la cuerda y él, sin mirar abajo, trepó otro palmo; cuando la tuvo al frente, calculó que existían sus buenos siete metros desde la soga hasta el suelo. Pudo ver las cabezas engoladas con la mirada hacia arriba, los cuadros borrosos de las baldosas y escuchó otra vez el grito: apaga la

lámpara, Sin duda fie la misma voz, pensó el Fuvio que se salió del centro y comenzó la búsqueda; despacio, el bizco iba bordeando el círculo mientras Cristof ponía el pie para la primera pisada en la cuerda floja. Un paso y Fuvio dos, ambos se acercaban, el ayudante al grito agrimensor y el equilibrista al final de su acto.

Apagar la lámpara podría significar la oscuridad, pero Sebastián creía que el mismo equilibrista era un flaco lamparoso, así se lo gritó la siguiente vez, cuando Cristof estaba de pie sobre la cuerda sin ningún asidero, nada más que con los brazos extendidos para sujetarse de los invisibles muros del aire. Mientras caminaba en círculo, Fuvio Reyes se sobresaltó al oír la voz cambiada, dirigió la vista hacia arriba donde ya los escarpines de su jefe lo habían alejado cuatro Pasos de las ramas salvadoras. Pidiendo permiso a los espectadores absortos, el bizco buscaba al gritador, pero él también se movía en redondo; como sospechando que lo seguían, el Sebas caminaba en sentido contrario. Los dos hombres se convirtieron en dos puntos que jamás se tocarían, mientras Cristof, presa de los nervios repentinos, contaba sus pisadas, sabía que había veinte pasos a lo largo de toda la cuerda, veintiuno a lo más, se dijo, y repitió, cinco. pasos yo y el Fuvio diez, si llego al centro y no dicen nada, estoy salvado, antes mi ayudante encontrará al dueño del grito y yo sabré quién quiere mi muerte. Cuando pensó en esta palabra le pareció que las antorchas parpadeaban, los espectadores, doloridos en sus cuellos, bajaron las cabezas para que no se les escapara la luz y aplaudieron en una selva agradecida. La cuerda formaba un seno donde el equilibrista cambió de pierna con un saltito corto, sin exagerar, para que el gritador no lo envidiara y soltara otra vez la voz maligna que vino sola. Tiene un peso en los zapatos, dijo otra vez, y el funambulero sintió que todo el cuerpo le temblaba, que más que furia había brutalidad en aquellas palabras, Fuvio, encuéntralo, gritó desde arriba, y el mirador que ya había pasado el sombrero por las primeras filas, lo dejó en el centro y se metió al lugar donde posiblemente estaría el cortanotas.

Nada. Sebastián ocultaba su cabeza tras el cuerpo de una señora gorda; desde allí hizo la bocina, pero se detuvo en el grito siguiente, prefirió inhalar el halo erótico de la Martillo Puta y se quedó quieto sintiendo cómo Fuvio Reyes pasaba el peso y la mirada torcida, equivocando su rostro que de pronto tuvo cuerpo y cara de mujer, recuerdos de lo que hace poco había vivido en la oscuridad con la salonera de la Encarnación Sepúlveda.

Arriba, como en un receso que los enemigos se dan en plena batalla, Cristof sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente, tocó las orejas enrojecidas, el bozo que recogía las gotas de aquella transpiración nerviosa y siguió; la cuerda se hizo una sola con el pie ligero, cediendo al paso de su cuerpo, inclinándose, porque ya estaba dos pasos más allá de la mitad y podía divisar las ramas gruesas en donde se sujetaría. Fuvio Reyes había vuelto a tomar el sombrero y lo estiraba presto entre la concurrencia, silenciosos los billetes caían dentro y las monedas entregadas por los más chiros hacían al caer su ruidito feliz. Ahí comiste, se oyó otra vez la burla, y el equilibrista trastabilló, buscó los muros de air, pero cedieron; en un último esfuerzo dejó

que la cuerda se le metiera en las entrepiernas y giró el cuerpo como una hélice; el rojo de la camiseta se vio como una llama. El sus. piro del susto, aquella elevación de los pechos en la respiración contenida se aflojó para dar paso a las palmas nutridas.

Bocabajo y con la seguridad del tobillo enredado en la cuerda, Cristof quiso ver con sus propios ojos quién había intentado matarlo. Inútil, sólo vio los ocho penachos llameantes de las antorchas, el cuerpo delgado del Fuvio Reyes y las cabezas levantadas esperando el desenlace.

Sebastián había dejado de moverse y esperó en su sitio Para ver la mano estirada con el sombrero de las dádivas. Como en la escena de un mago, los billetes sobresalían de la copa de tela de felpa: quinas, gambas, sotas, ventanas, pensó él, mirando hacia arriba donde su enemigo parecía descansar, acostado se deslizaba despacio hacia el fin de la cuerda sin importarle que las antorchas todavía estuvieran encendidas y el público presente. Se cierra el circo del tongo, dijo el Sebas como último grito, y se abrió un poco del círculo Para que lo vieran. Ocupado en descender, el equilibrista no miró hacia el sitio donde él estaba, y Fuvio, poniendo en orden los dineros entregados, tampoco miró.

Ambos sabían que, en tierra, aquella voz no importaba, que el peligro estaba en el aire, en la soga donde le vida era tan floja como la cuerda sobre la que caminaba el hombre de las hopalandas negras.

8

En la primera de bastos que lo encuentre, iba pensando Marcial, y lo encontró. Sebastián venía caminando por la calle Colón hacia el sur cuando lo vio. Se toparon los codos, cada quien elevó una ceja desafiante y se detuvo, Dos pasos separados el uno del otro. Los brazos caídos y las palmas abiertas, como estirándose para después contraerse en los puños cerrados. Blanquecinos los nudillos del Sebas, enrojecidos los de Marcial. Bonche, bonche, gritaron los muchachos a sus espaldas, y en el acto formaron un círculo, Peléale, peléale, gritaban animándolos, como entendiendo que en verdad ninguno delos dos quería luchar con los puños sino con las miradas. Una mano empujó el cuerpo de Marcial hacia adelante, Sebastián lo recibió con las palmas abiertas contra el pecho y lo devolvió hacia atrás. El hijo quiso decir que peleaba por el padre, el Sebas que lo hacía por sí mismo, pero ambos callaron, se despojaron de las camisas lanzándolas hacia atrás donde cuatro pares de manos estuvieron prontas a recibirlas, se agacharon a atarse los cordones de los zapatos; las manos nerviosas, la mirada atenta a cualquier movimiento del adversario, se pusieron de pie al mismo tiempo,

elevaron la guardia cada cual a su estilo, Sebastián con el brazo derecho adelantado y el izquierdo bajo el mentón; Marcial, con los puños alzados delante de su cara, formando un arco con los codos por donde miraba. Entrale, éntrale, gritaron los chicos cuando ambos empezaron a girar con saltitos cortos buscando sus partes descuidadas, puntos débiles, Un zapatazo brusco chocó contra el pavimento y Marcial se fue hacia atrás, vio elevarse veloz un que como un latigazo se estrelló contra su vientre a su vez, el disparó su brazo con el puño que rozó la mejilla del Sebas, le enrojeció un lado de la cara que el atacante divisó un aviso, El circulo de curiosos ahora iba aumentando, obstruía la marcha de los colectivos deteniendo el tránsito, Éntrale con chalaca, Sebastián, dijo una voz enronquecida: aquello fue como una puntada, el Sebas se abalanzó, fue al cuerpo a cuerpo donde se estrelló con una carne endurecida por el ejercicio, las noches de guardia y el servicio especial; los dos cuerpos cayeron abrazados, sepáralos, sepáralos, gritaban y dos espectadores los pusieron de pie, destrenzaron los brazos, desenredaron las piernas y los dejaron listos.

El uno tenía el pómulo enrojecido, el otro la boca pintada de sangre, atrás estaban las barras, los amigos escasos del salonero comandados por el Diablo que, aunque no oía, veía, indicaba los golpes y los esquives, Marcial, en cambio, tenía los conocidos del barrio, compañeros de aventuras callejeras que le gritaban tú eres más hombre, levanta la cabeza, cógele la pata, éntrale con chalaca, todo repetido a gritos pero ninguno obedecía, sabían que a los dos los había empujado a la lucha ¡un motivo casi ajeno, Marcial por obedecer al padre, el Sebas Por tener que guardar la imagen del hombre fiero. Dos piernas se elevaron en una voladora perfecta, el cuerpo del Sebas horizontal como si un mago lo hubiera hecho levitaren plena calle Colón; Marcial se echó hacia atrás y Sebastián cayó de pie, sin darle tiempo se le fue encima y lo abrazó con fuerza, Ja cabeza del Sebas le martilleó dos veces la frente sin llegar a romperla, Marcial lo alcanzó con dos golpes fuertes en pleno rostro; jadeantes, iban a entrar otra vez cuando la multitud convulsionó, los tombos, gritaron, y las camisas de cada uno volaron por el aire turbio de Matavilela, volvieron a los cuerpos sudorosos de sus dueños, Protegidos por sus amigos, los adversarios corretearon entre la multitud. Cuando se alejaron: los policías, los contendores quedaron separados una cuadra el uno del otro, cada quien rodeado de sus amigos. Viste panita, yo te dije que el man era pura lámpara. La pinta no más se le ve, Sebitas, Yo miré cuando usted le tiró esa voladora, que, si lo coge, uf. Sebastián escuchaba en silencio el coro de voces que se cernía sobre su cabeza, miraba la mano fuerte del Diablo Ocioso que le apretaba contra la mejilla una moneda de veinte centavos, alrededor del grupo notaba un fuerte olor a mentol y el cigarrillero se dio cuenta de que la hinchazón no cedía. Lo dejo así, musitó con esa voz lenta y apagada con que hablan los que no son sordos de nacimiento. Ya, le contestó el Sebas y se puso de pie, miró a lo lejos el grupo de Marcial que, en la esquina de los mosaicos atlas, atendía a su adversario, Vamos al salón, dijo alguien, y todos se pusieron en marcha, caminaron por la vereda, cruzaron la calle, pasaron desafiantes frente a

Marcial y los suyos; si se hubieran acercado habrían descubierto que sangraba profusamente del labio superior, que bajo el bigotito se formaba una protuberancia rojiza, con una gota de sangre que en verdad era el centro del golpe, Sentados alrededor de dos mesas unidas en el Rincón de los Justos, los partidarios volvieron a narrar la pelea, se aumentaron fintas y golpes mientras bebían cerveza a pico de botella, encendían: diez cigarrillos con una colilla que daba la vuelta hasta llegar a la misma mano y a la misma boca de donde partió.

La Narcisa Martillo, atareada en servirles, no miraba al Sebas ni recordaba el mensaje del misterioso Raymundo que estaba allí, bebiendo y fumando igual que todos, diciendo él también, la voladora del Sebas fue perfecta, repitiendo un insulto contra Marcial con su voz violenta y cavernosa.

PARTE III

1

Cuando el niño Avilés penetró al cuarto del viejo Mañalarga para prenderle fuego, todos los habitantes del patio de las carretas estaban dormidos; juntos se habían pasado la mañana y la tarde trazando cruces sobre un plano de la pampa del Guasmo que Cristof. el equilibrista, había dibujado sobre el portón de la entrada. Colonos de la línea blanca habían discutido a gritos por los mejores sitios, por las casas esquineras y los solares de mayor fondo, sin darse cuenta de que las horas se iban, cruzando sobre ellos en el eco de las campanas de la iglesia Victoria, En el Rincón de los Justos, la Martillo Morán había subido temprano al altillo donde estaban los dormitorios y el Sebas echó al último borracho cuando la Encarnación Sepúlveda terminó de contar el dinero del día. La vieja subió después, con esa dificultad: que tenía para poner los pies en los escalones y mantenerse erguida.

Las luces del patio comenzaron a apagarse y el niño Avilés salió de su escondite, abrió el portón 212, dejando la tranca caída hacia un lado, y sacó el cuerpo. Tuvo el cuidado de no cantar como era su costumbre cuando caminaba solo por las calles de Matavilela, pero fue repitiendo las letras para sí mismo. A lo lejos, los pitos de los policías fueron cerrando la noche, formando el marco apropiado para la tragedia que se avecinaba.

Mañalarga, entre tanto, se revolvía en un sueño pesado otra vez víctima de las pesadillas del Santo, sueño con máscaras y botellas mágicas donde

salían hadas y malos genios. El niño Avilés se empinó para alcanzar el hilo y tirar del picaporte como lo había visto hacer a su víctima, Fue una maniobra perfecta, como la del experto que abre una caja con la oreja pegada a la cerradura. Sin dude, Mañalarga había visto esta escena en las revistas que le alquilaba el Tello en la Esquina del Ojo, había sentido su corazón sobresaltándose Con el ruido del picaporte al salir del yugo, Cuando abrió la Puerta para deslizar el cuerpo, una cuchilla de luz fue a caer sobre el rostro del viejo botellero.

¿Y el hijo? Ni sombra: desde que peleó con el Sebas, llegaba al amanecer, perdido en la bruma de los burdeles en las afueras de la ciudad. El intruso miró el catre vado, la cama lista para recibirlo con la llegada del alba; sus dedos delgados buscaron en los bolsillos del pantalón corto la caja del fuego, palparon su forma, adivinaron el rostro del indio grabado en la marca, sonriente como el mismo. niño Avilés que avanzó paso a paso hasta situarse frente a la percha grande donde las botellas brillaban formando una pared insólita.

La respiración en su pecho fue de pronto un fuelle roto. Nunca, pensó, mientras extraía los fósforos del bolsillo, nunca he sentido el aire hecho bala en la garganta, ni mi saliva espesándose, ni el miedo andando a mi lado. Con el palillo rojo entre los dedos pudo imaginar sus actuaciones en la Corte Suprema del Arte, oír sus falsetes elevándose victoriosos desde su pequeña boca, los aplausos repetidos, cortos, chasqueados hasta que de golpe la llama apareció entre su dedo mayor y el índice y él la bajó hasta la pila de diarios viejos, encendió una noticia sobre la llegada del rey de España al golfo de las Tortugas, luego otra mí sobre Ja guerra del Cóndor de Frente a la llamarada, el niño Avilés: retrocedió en el acto, de un salto alcanzó la puerta, de diez pasos el portón 212 y otra vez la calle. Cruzó despacio la calzada solitaria y miró, al cielo, al humo que subía despacio; atrás, todavía pequeñas, venían las lenguas del fuego. Fueron dos, tres, cuatro minutos a lo mucho que tardó el silencio para destruirse por los gritos del incendio, El patio rápidamente se llenó de gente, de mujeres semidesnudas que mostraban sus cuerpos bajo la transparencia delos camisones, de hombres que desesperadamente querían ocultar su erección nocturna, La pileta se abrió como una gran boca y todos llenaron tinajas, ollas, lavacaras y bacinillas lanzando el contenido sobre la puerta abierta del cuarto del viejo mal genio de las botellas vacías.

En el Rincón de los Justos, Sebastián despertó en la mitad de una pesadilla, se incorporó y miró el incendio por la ventana posterior del salón de la gorda Sepúlveda. Maldición, dijo, escupiendo la palabra sobre el piso, alguien se me adelantó en el castigo, maldición, repitió cuando se puso los pantalones y corrió el picaporte para salir. Erasmo y Cristof lo miraron apenas apareció; doña Inés y el Tello unieron sus manos, extrañamente, como felicitándose en medio de los gritos y los baldazos de agua.

Cuando las botellas empezaron a reventarse, el niño Avilés salió de la sombra, caminó hasta el portón y se sorprendió de verlo. El viejo estaba de

pie, apoyado al poste de luz y mirando el centro del fuego, la puerta caída convertida en carbón, las botellas que por la acción del fuego adquirían formas extrañas, con los picos colgando y los fondos achatados. Mañalarga, gritó y se escurrió bajo la escalera donde tenía su escondite. En ese momento, al viejo el apodo le importaba poco, hundido como se encontraba en el día, agobiado por la ira que de pronto se estrelló contra rostro de Sebastián que inexplicablemente volteó la cara. Erasmo y Cristof distinguieron juntos esas miradas cruza. das, esperaron, vieron cómo el botellero se dobló por la del humo respirado.

El fuego fue lentamente abandonando su Furia, reemplazando los tonos rojizos por el negro del humo.

El Sebas, en cambio, permaneció impasible: sabía que todos los conjurados del patio de las carretas lo creerían ejecutor, dueño absoluto de la chispa que encendió la tragedia en el cuarto del viejo Mañalarga. En ese momento comprendió que el curso de la guerra había cambiado, se sintió inocente, pero a la vez culpable y recordó, aunque en forma fugaz, su pelea con Marcial. Todos esos pensamientos lo debilitaron, Casi con los hombros caídos fue abandonándose al temor, la cobardía con sus puntas filosas se metió en Su cuerpo, primero por los costados, después por el pecho y, al último, atravesó su corazón palpitante por el día infeliz, Por la pesadilla que lo despertó y que se hizo cierta como la. vida y el fuego que lo condenaban.

El niño Avilés, encogido bajo la escalera, comenzó a cantar, eligió una canción al azar, sin importarle que no fuera la hora feliz, ni la sorpresa radial de las once; su voz, esa noche de fuegos fatuos, acompañó la vigilia de los desconfiados, aquellos que temían por una chispa viva, por un tizón enrojecido que devolvería las llamas con más fuerza, Los jarros de doña Inés volvieron a girar, ahora repletos de un café humeante, Cristof y Erasmo chocaron los tragos en un brindis perpetuo y el niño Avilés entonó la canción completa.

2

Por la Santa Narcisa, beata de Dios, ha caminado usted mucho por estas calles inmundas, ha caminado y suplicado junto a las otras dos, Santa Martirio, para expiar sus culpas; abriendo urnas para recoger las monedas de las barracas y los salones oscuros, *Mater castissima, mater violata*, que cabalgó para huir y fue cabalgada por Paco en la pensión que tiene el nombre del presidente muerto, la misma pensión que visitó esta tarde, donde vio el cuarto y la cama. *Beata violata, beata salvatoris*, ofrendó su virgo *prudentissimo* para salvarse, para salvar, *regina in pecato concepita*,

al hijo que lleva en sus entrañas, ahora y a la hora de venir para irse pronto, porque no vivirá, nacerá muerto, ofrendado por el médico de la clínica que queda frente al mercado, Se ha cansado usted mucho, hunda sus pies en estas aguas benditas, repita el *domine, ne in furore tuo arguas me* y recuerde el día cuando sucedió, ¿Fue un sábado? ¿Un domingo, día de descanso? No importa, sostenga este rosario y rece uno por cada vez que lo hizo, dos por contra natura, tres. Desnuda deberá tatuarse el corazón de Jesús aquí, donde se lo señalo, tinta china y agujas de plata. ¿Cuánto tiempo hace que enfermó? Ese es su infierno y su fuego, ahora por el martirio suspendido, sin *pater*, sin *mater*. Sostenga esta vela y descanse. ¿Qué le recuerda la vela? Alumbra, lumbre, ilumina todos los pasadizos, los corredores de esta vieja iglesia de la Victoria, de Cristo, casa de las citas con beatas, casa suja y mía, de todos los hombres que vienen a verla. *Regina sancta, regina* diabla, regina impura como la salonera que atiende en el Rincón de los Justos, donde está la urna de la beata Narcisa, la sierva de Dios, la virgen de los gozadores que se llama como ella. Diga y conteste: ¿qué hice yo bajo las sábanas blancas?, *mea culpa, mea gravissima culpa,* estoy preñada del cielo, no del homo, sin una gota de semen blanquísimo pura, impura. Ahora diga la verdad, póngase de pie, dígalos ¿cuántas veces lo hizo?, ¿cuántas gozó? Cuente, cuente, aquí frente a la imagen de la beata embalsamada, de rodillas ahora en las frías baldosas, largo a largo y con las piernas abiertas, diga usted, por mi culpa, por mi gravísima culpa, introdúzcase la vela, goce, que los malos espíritus vuelen, alas de vampiro, uñas de gato, dientes de serpiente, espuela de gallo negro, todo, todo, esperma por esperma goteante, cayendo sobre su cuerpo, Ya está mejor, ¿verdad?, quédese quieta, sin: hablar una palabra de nada a nadie, ni a mí mismo, después irá usted al baño, que el agua se lleve las huella: de este día, delas horas que hemos pasado juntos para purificarla.

3

Aquí comienza el viaje, hijos de la grandísima patria, vamos el Rulo, Chafo Rodríguez, el Carlos Thomas y yo, metiéndole a todo mecate el chuzo al automóvil de los Ratas; por el Malecón a ochenta, mirando el río, los edificios brillantes, iluminados como nosotros. La onda pura del viaje, escuchando a Janis Joplin y Santana, Batuka y otras finas. Mientras vamos rodando, el Rulo enrolla la yerba, le pasa la lengua al papelito dorado y lo cruza al encendedor, el Chafo pita y se acelera, yo pito y me acelero, Carlos Thomas pita y se acelera en el volante, En eso estamos, cruza un gato negro, animal sagrado, y frenamos. Gato salvado, dice el Rulo roleteando otro bate y. nos vamos volando, cruzamos Nueve de Octubre, el hemiciclo donde Bolívar le toca por atrás a San Martín, llegamos a Julián Coronel. Silencio, panas, dice el Rulo cuando cruzamos el Cementerio, aquí reposan los huesos de mi papi. Todos shhhhhhhh hasta que pasamos, El respeto,

viejos, dice el Chafo y recién bota el humo que ha mantenido en la boca cuatro cuadras, Subimos al paso a desnivel y cuando estamos arriba, La CIUDAD aparece, en miles de puntitos amarillos, como si una sábana de lunares estuviera extendida sobre la tierra. Le pido al Carlos Thomas que mire, pero el güevas tiene la vista fija en la calle y no habla una palabra. Carlitos, le dice el Chafo y le pone el cigarrillo en la boca, él absorbe todo lo que puede y acelera, vamos bajando del paso a desnivel, otra vez volados, el Carlos Thomas comienza a soltar el humo que llena todo el ambiente del auto de los Ratas. Abre, chucha, me dice el Rulo, abre que nos ahogamos, más adelante nos detenemos, no sin antes darnos cuenta de que hoy es domingo, y en el estadio corean un gol cincuenta mil espectadores, Ahí están los que tienen la inteligencia en las patas, dice el Chafo, yo doy vuelta a la manivela del vidrio, el humo comienza a salir adelgazandose, engordando, haciendo cabriolas en el aire pesado de la noche y nosotros tristes, adiós humo, adiós felicidad, adiós, adiós, decimos y vemos cómo una lechuza se mese de cabeza en esa tromba nocturna y se engrifa, el ave malagüera se pone loca, decide estrellarse contra el primer camión que pase, no lechucita, le decimos, es la muerte blanca, le grita el Rulo, pero ella baja en picada, aletea frente al camión Mack de seis toneladas, abre los ojazos rojos, el camión quiere esquivarla, miramos cómo el chofer se aterra, no soy culpable, no soy culpable, grita, antes de estrellarse contra una pared que de pronto se cruza en su camino.

Cuando seguimos a lo lejos escuchamos una sirena: accidente fatal, murió el chofer, la lechuza y la pared están grave. La que se armó, dice el Thomas, hablando al rato. Tomamos por la avenida Kennedy hacia el aeropuerto, respirando el aire tibio, mascando el resto de yerba que alguno de nosotros guardó en el bolsillo. El auto rata de pronto comienza con el puf puf puf y se para, rata inmunda, te jodiste, dice el Rulo y yo me bajo, le doy patadas al neumático de puro castigo. Carlos Thomas abre el capó, mete la cabeza en el motor dejando elevadas las nalgas, recibiendo los sablazos de luz sobre el hueco del ano. El Thomas mueve los cables hasta que, en eso, ruuuunnn, otra vez; corremos adentro y el Rulo agradecido dice nos salvaste rata enfilamos como quien va para La Alborada, tomamos recto, el desgüeve de LA CIUDAD creciendo como un charco de luces, rápido Carlitos, dice el Chafo, gánale a ese Impala 1000, el Thomas hunde el chuzo y el auto rata vuela, salva unos baches inmensos y se coloca en la delantera, el tipo del Impala nos mira sorprendido, qué miras, cojudo, le grito, y él me dice, tu madre, y yo la tuya hijo de la celemba puta; Carlos aguanta un poquito y el Impala se va de largo dejándome con mi repertorio de notas fregonas.

La paz por un momento, la paz que damos los reyes de la velocidad, el humo que sale de los ojos y se mete en el corazón, en el corazón del Chafo, el Rulo, Carlos Thomas y yo que ahora vamos lentos, despaciosos, pensando en lo malo de la buena vida, en el tiempo que la gente se gasta en morir. Te cogió la blanca Papo, me dijeron en trío y yo, qué va, les dije, lo que pasa es que ustedes no son inteligentes y de pronto pasó la onda quieta y el Carlitos otra vez aceleró. Nos vamos para El Murciélago, gritó, y el auto rata saltó,

dejó atrás los barrios oscuros de la ciudadela, siguió largo hasta alcanzar la carretera. A esa hora los infieles pasaban vía a las Palmas, Villa Victor, Casa de los Espejos, Apolo x11 y las mujeres iban acostadas en los taxis, cubriéndose la cara con La Razón que en grandes titulares anunciaba: MURIÓ JULIO JARAMILLO. Nos quedamos focos, animados por la sorpresa, día feliz, noche de límpidas sorpresas. ¿Murió?, preguntó el Rulo y el Chafe dijo, lo vi; vi la cara de esa rubia en puras letras, llorando sobre los titulares que decían... fue una lectura rápida, siguió diciendo el Chafo, nosotros íbamos a ochenta kilómetros por hora, el taxi a sesenta kilómetros por hora, lo cual... tuvimos que pararlo, el Chafo había estudiado matemáticas y cuando se ponía numeroso era la muerte. Carlos Thomas se acordó de la radio, ahora lo sabremos, dijo y la encendió, movió el botón a la derecha y a la izquierda, nada al principio, pero después la voz chillona por todos los lados, una inundación de quejas y falsetes de ayes y penas cantadas; de verdad ha sido, dije yo, y sentimos cómo toda la ciudad se elevaba hacia las ondas radiales, buscaba números en los diales que de pronto se habían olvidado de Janis Joplin, de Santana, Frank Zappa, la onda atrás con nosotros que decidimos allí mismo no guardarle respeto al muerto y celebrarla más bien en El Murciélago, con los Ratas en los aparatos y con las hembras más raudas que sé aparecieran.

Faltando cuatro cuadras para llegar al Mur, justo el auto rata se quedó sin gasolina, tuvimos que empujarlo, en silencio pusimos el hombro, el Rulo, el Chafo y yo, menos Carlos Thomas que se quedó en el volante, adelante mis galeotes, gritaba desde la rueda y nosotros dale con el hombro; para Nuestra suerte estábamos cerca.

4

Fuvio Reyes estaba de pie en el umbral de la puerta. Leopita a un paso de él, mirándolo a los ojos, tratando de descubrir el poder de esa vista esquiva que en las noches más oscuras venía a sobresaltarla. Las manos del bizco todavía retorcían el sombrero que Cristof le había entregado para que recogiera las dádivas en el espectáculo de las antorchas. Al fondo de aquel sombrero estaba el billete azul de diez sucres que el equilibrista le había dejado como pago por asistirlo la noche que Sebastián intentó matarlo. La Leopa lo seguía mirando, como. en una escena en que las miradas suplían las palabras. Fuvio, en cambio, esquivaba esos ojos, recorría el cuarto desde su sitio con la figura borrosa de la mujer en primer plano. El bizco, atormentado, solía siempre meterse en esos juegos visuales; con la mano haciendo visera sobre la frente se fijaba en el poste de luz, viendo cómo todo atrás se hacía difuso, Ahora pensaba que el poder de su vista era un

don y no una dificultad, como le habían dicho los médicos, Leopoldina carraspeó para romper el espacio de las miradas, casi temblando le preguntó al Fuvio si quería sentarse; él, sin hablar, caminó dos pasos hacia adentro y se sentó. Era la misma silla donde la Leopa se situaba para iniciar el baile, y pudo ver el punto donde en las noches de vigilia se acercaba a mirarla, Despacio fue recorriendo la estancia, e mínima, el pedazo más estrecho en el suelo, la pared con dibujos, el filo de la cama donde ella silenciosamente y sentó, cruzó las piernas con los pies descalzos, La luz del sol comenzó a filtarse por las rendijas ya caer sobre ellos. El bizco recordó la última vez que estuvo en la pared antes de Chacón volviera, pensó en el baile de esa noche, que le pareció más osado que nunca, cuando la Leopa estuvo al borde de la desnudez total. Ella en cambio intentaba serenarse, pensaba en Chacón regresando sorpresivamente, iniciando. el escándalo, el griterío por la traición que irremediablemente atraería a los habitantes del patio de las carretas. Sino hablas, de nada vale que hayas venido, dijo ella de pronto, La sonrisa en el rostro de Fuvio Reyes fue una mueca cortada, ella lo vio, miró su aspecto enfebrecido, el labio inferior tembloroso del que quiere hablar y no lo hace.

Sin duda, pudo haber un momento en que Fuvio Reyes dejara de mirar el suelo para verla, más tarde estuvo. segura de ello, como lo estaba de la mentira que ambos se prodigaban cuando él la espiaba y ella bailaba en paños menores, La Leopa simulando no ser observada y él igual, aguantando la respiración cuando la mujer se acercaba a la pared moviendo las piernas.

Fuvio pensó que, con su presencia dentro del cuarto de Leopoldina, Chacón era apenas un acto de reconocimiento, Desde el día en que fue descubierto por el Sebas y la Martillo Puta, todo le parecía más extraño: se había aliado con Cristof el equilibrista, olvidándose de las hojalatas de don Riba; había buscado el cuarto de Leopoldina animándose a golpear la puerta, sin importarle la imagen de Chacón ni el escándalo que armaría si lo descubriera adentro. Sin embargo, no hablaba, prefería observar el lecho, las revistas de Tello abiertas sobre la sábana sucia y arrugada, las huellas del cuerpo de aquel que como todos sabían, se pasaba el día acostado en el cuarto del fondo.

Él no va a tardar, dijo Leopoldina en otro intento por hacerlo decir algo. Inútil, Fuvio Reyes se encogió de hombros. No importa, decía el gesto, pero ambos sabían que sí importaba, tanto que al mínimo ruido estrellaban sus ojos contra la puerta de tablas clavadas. Se pusieron de ple casi al mismo tiempo. Ella con las manos tras la espalda, entrelazaba los dedos llenos de sortijas de bambalinas. Él con los brazos caídos hacia los lados y las palmas abiertas dejando verlas huellas de los cortes de las hojalatas, los antiguos oficios que le enseñó el viejo artesano que le ayudó a crecer. Si alguien los hubiera visto habría pensado que se aprestaban a la lucha: ella rendida antes de empezar, él en la seguridad del vencedor,

Hubo nuevos carraspeos de Leopoldina, un movimiento del pie de Fuvio imitando las manecillas de un reloj, tres toses, secas e inútiles, cuatro encogidas de hombros ante otras tantas palabras y un sombrero estrujado.

Tienes que irte, dijo la Leopa al final de todo aquello; él la miró con la cara ligeramente desviada hacia la derecha, pudo ver claramente el rictus de los labios contrayéndose en la última palabra y caminó hacia la puerta. Volveré esta noche a la pared, musitó con una voz ronca y salió; sólo una persona pudo verlo en el salto de piedra a piedra y él la ignoró, atareado como estaba en sostener el cuerpo en el aire imitando a Cristof en el peligro y a Sebastián en el deseo.

5

Juro que no entiendo, les decía Erasmo a las caritativas. Verán, adú es amigo y también parcero y pana y yunta, cuatro palabras para una sola cosa.

Cuando quieren decir calle, dicen lleca, ronda, patín, Matavilela, y peor no se entiende cuando hablan de robos, y dicen choreos, levantes, pungües, hurtos que es palabra buena, pero todo rápido, como al dirigirse a una mujer para decirle pinta, carne, hembra, colectivo si es de las que rinden, o sea güisa, zorra, meca, chuchumeca, Y uno se queda mudo, sin entenderlos cuando vienen a pedir trabajo en el charolado y dicen don Era, queremos una chambita, un camello, una cantera, un carajito y cuentan que recién han salido de la grande, de la sombra, de cana o de canasta, para decirla cárcel, Es otra lengua, y cuando comen jaman, bundean, papean, hacen panza y si se visten se encachinan, se ponen rufas y chumeques, o sea pantalones y zapatos, cruces para las camisas, todo bacán, como le dicen a lo que es bonito para irse a beber o sea chupar, a emplutarse, a entutanarse a punta de bielas. Cada vez más distinto, más en nota, vacilando el dato, en onda, grifo, pluto, plutigrifo, o sea borracho y fumado para hacer el amor que ellos llaman tirar, papear, encarnar, fusiliquear, estirarse, acostarse, pegar un Polvo, janguear, dos palos, un chingue con estilo, que puede: ser patas al hombro, al filo de cama, el arbolito, el pie en el estribo, el chancho encebado, el 69, y dicen que después de todo eso ruquean o sea duermen, soplan, se van al sobre, al Petate, a pegar pelo con pelo y bolas adentro, y sueñan con trobos, broncas, peloteras, despelotes, y salen airosos o sea bacanos, creisis, para irse de bielas, de humo y vivir bien, no como nosotros, que somos tontos a la vela, giles, zonzos, mudos, socas, mate huevas, hasta que otra vez vuelven con. los amigos y los llaman ñecos, ñaños, ñeritos,

ñecura, derivados del quichua que es la lengua que oyen a diario por estos alrededores, es decir por la plaza Central por el parque Victoria, por el cine Lux, por toda la calle Colón que ellos llaman Matavilela.

6

¿Y el Diablo Ocioso? Un día antes de la noche del incendio había caminado solo por el patio de las carretas, El paseo comenzó exactamente cuando una luna rojiza y humeante ascendió al cielo de Matavilela, subiendo con una solemnidad que impresionaba a los insomnes y atemorizaba a las Putas de las esquinas. El Diablo, sin escuchar los mil ruidos que sobrecogían la oscuridad, caminaba en puntillas; conocedor del horror del silencio, se movía pensando que cada pisada suya desataría el tronar de un desastre, viejas herencias de su época de terrorista, cuando veía las paredes desvanecerse después de una mecha encendida, sin escuchar ningún ruido que le desatara la furia, que le mordiera las manos hasta hacerlas temblar y sudar. Ahora, el Diablo daba algo así como un paso de baile, en puntas piedra a piedra, agachándose bajo los cordeles que querían decapitarlo, saltando entre las sábanas colgadas que formaban paredes de tela blanca por la que se deslizaban espectros, cuerpos que lo envolvían sin asustarlo, ahogándolo a veces con su humedad, en otras rasgando su rostro con la tela seca y almidonada.

Mientras caminaba de un lado para el otro, comenzó a silbar; en verdad, fue un ruido apenas perceptible, pero el Diablo Ocioso, enredado en las sábanas, vio pequeños espacios de tela moviéndose frente a su cara; después, con la emoción contenida, puso un dedo cerca de sus labios, sopló, dotando al silbido de tonos altos y bajos que para él fueron débiles o fuertes hilos de viento. La experiencia lo alegró bastante, de un salto llegó a la pileta, abrió el caño y en el acto puso la cabeza bajo el chorro; no calculo bien y el agua le cayó en la nuca con la fuerza y el frío con que cae el hacha del verdugo en el cuello del condenado. La luna marcó las doce; en un momento fugaz se reflejó en el cemento mojado, El Diablo la miró, agachado como se encontraba, junto a su cabeza que también se reflejaba en ese espacio, como si de verdad el golpe de agua lo hubiera decapitado. Pese a lo terrible de esas visiones, el Diablo no sintió miedo; lo había perdido hacía tiempo cuando integraba un coro trágico que actuaba en las cárceles y las casas de crimen.

Ahora, regenerado por su total sordera, vivía con su madre en los alrededores de Matavileta, esperando la oportunidad de hurtar algo bueno sin. comprometerse, Conociendo su fama de escapero, las tiras venían de vez en cuando a exigirle que volviera a las andadas; él se retraía, decía que

un señor generoso había pagado por sacar su ficha y ya no tenía nada que deberle a la ley; por último, se negaba a leerlos papelitos que el jefe de los agentes le entregaba para comunicarse. Furiosos, ellos le daban la espalda y caminaban hacia los siniestros auto. móviles oscuros que los esperaban,

En aquella noche de recuerdos idos, hubo algo que hizo que el Diablo, de rato en rato, como de salto en salto, mordiera sus labios hasta hacerlos sangrar. Era la noche terrible del Correccional de Menores, cuando, después de caer preso por un robo doméstico, fue llevado a ese lugar en una patrulla con cuatro policías silenciosos. Los guardianes lo entregaron al celedor que le habló sin moverse del escritorio. El Diablo le hizo la seña de los sordos, pero el hombre lo tomó como una burla. Pasa, tonto, Je dijo y, poniendo una mano sobre su espalda, lo empujó hacia adentro.

Nunca había estado en un lugar parecido, En el patio, los pequeños presidiarios jugaban índor; cuando lo vieron cesaron de jugar. El más alto, que por el porte debía ser el jefe, puso un pie sobre el balón y llamó. El Diablo Ocioso supo que se dirigía a él porque el jefe acompañó su grito con el agitar de una mano. Despacio se puso en marcha, El sol, como ahora la luna, estaba justo en el centro del cielo; se detuvo frente a ellos que enseguida le preguntaron el nombre. Me dicen Diablo, contestó luego, porque sabía que era eso lo que precisamente querían saber y luego, como si fuera parte de su apodo. hizo la pregunta con un solo verbo: ¿juego? Todos lo miraron doblarse los pantalones hasta la rodilla, atarse los zapatos y amarrarse las faldas de la camisa con un nudo a la altura del ombligo.

El Diablo tenía un buen toque de pelota, ágil juego de cuerpo, pero poca dirección, por eso la botó un par de veces fuera del patio y tuvo que ir a buscarla. Era extraño: cuando la pelota caía en la calle, el jugador debía solicitarle permiso al guardia, descalzarse y salir a verla. Nadie nunca se había fugado, el Diablo tampoco lo hizo, regresó cada vez con la bola en las manos y la puso en juego, Después del pitazo final todos se retiraron a los comedores, almorzaron una comida de mal sabor llena de carnes grasientas y arroces secos. El hombre, sin embargo, los obligaba a empujarse grandes cucharadas de aquellos alimentos preparados con descuido. El Diablo miró su plato con asco, alzó la vista para divisar frente a él al celador que de un solo golpe lo volvió a empujar hacia atrás. La furia, mal tremendo que en Matavilela doblegaba al viejo Mañalarga, a Cristof, al Sebas y ahora a él mismo, se le metió en el pecho. De un salto se puso de pie, estrelló dos cabezas que rompieron el puente de la nariz del guardia, desatando las aguas rojas que inundaron su cara, el cuello y las manos con que se cubría el dolor. Cuatro brazos sostuvieron los dos poderosos del Diablo y se lo llevaron a rastras. Al infierno rugió el celador con una voz enrojecida como su sangre. En aquel cuarto reducido y sin ventanilla, el Diablo fue atado de los pulgares, elevado de un tirón, hasta hacer que las puntas de los pies apenas tocaran el suelo, Las cuerdas de trompo con que lo sujetaban comenzaron Presionar amoratando los pulgares, hinchándolos hasta formar dos pequeñas cabezas en sus manos anchas. La soledad, el dolor todo menos el miedo, doblegaron al Diablo que, en el infierno, sintió la necesidad

de oír, escuchar las pisadas que se acercaban, las voces duras repitiendo insultos, las puertas que se abrían y se cerraban para, finalmente, dejarlos adentro, atrás de él, de su espalda desnuda que comenzó a recibir los golpes de un látigo envuelto en un trapo mojado para que no dejara huellas.

Cuando terminaron, el Diablo ya no estaba allí, había dejado el infierno donde sintió que seba: su cuerpo, en cada golpe, se elevaba hacia las cornisas, cedía como las puertas de la casa donde cometió el robo que lo trajo aquí. No supo, en verdad, cuándo lo bajaron, en qué momento lo ataron bocabajo sobre el jergón, con las piernas abiertas y los brazos inutilizados por un nudo corredizo, En la oscuridad, veinte cuerpos cayeron sobre él, que no pudo mirar sus rostros, anotarlos en la memoria para la venganza que tendría el mismo dolor, la misma: vergüenza que en el Diablo no tuvo lágrimas, solamente la sangre que le brotaba ahora mientras se mordía los labios en el patio de las carretas,

Aturdido por los recuerdos, el Diablo buscó a parte posterior del salón de los Justos, se agachó para esquivar la última sábana y descubrir frente a él la puerta por la que días atrás había penetrado el Sebas para hacer el intento de amor

Con la Morán Martillo, Despacio, hundió la mano en uno de los bolsillos para buscarla tiza, se detuvo para pensar la frase y trazó la primera letra. Una h muda que fue seguida por la o y la i de Gracia. El Sebas lo hubiera escrito sin levantar el puño, como selo enseñaron en el Colegio Mercantil, pero el Diablo apenas había terminado la primaria, su letra ere una mezcla de mayúsculas y minúsculas, trazos grandes, gruesos y finos a la vez. Siguió escribiendo, marcó la v demasiado chica y la i grande con el punto abierto en el centro que lo hacía aparecer como un cero suspendido sobre la línea de escritura, La n acaballada y la e demasiado separada de su letra de molde, Midió un jeme y se esmeró en dibujarla a, otro más y volvió a trazarla V, esta vez más grande para que la E mayúscula se le pareciera, Se detuvo para repasarla palabra sin decirla, dio un paso atrás, tropezó con el balde que desde el mesón de lavar cayó al suelo con el ruido propio de las latas que se abollan. Adentro, la Gracia Divina comenzó aladrar arañando la puerta, el Diablo miró encenderse la luz en la ventanita del altillo donde dormía la Narcisa, bajó el brazo para trazar rápidamente una R gigantesca con la esperanza de que se la leyera como la primera letra de su nombre y corrió hasta el portón. La tranca caída lo demoró bastante, sintió sobre su espalda los sablazos de luz de las linternas, pero no vio los hombres que lo perseguían a la voz de: el Diablo, el Diablo, ni sintió cuando se regresaron sin saber para dónde corrió arrastrando su rabo de culpas y debilidades.

7

Veo el claro que se abre entre el defensa y el Pibe, intuyo la preocupación del arquero que se sale de las dos piedras, hago como que voy a patear y sigo con la bola. Crúzala, me grita el Diablo desde la otra punta y le hago el pase. El sordo la baja con el pecho porque se la puse alta, corro hacia el centro, me la devuelve mal y enseguida me caen dos, derribo al uno, el otro me la saca por debajo, la toca para un negro que se la lleva hacia nuestro lado; Patafuerte lo faulea cuando se acerca peligrosamente al arco custodiado por Manos de Seda. Juega limpio, le dice el niche, y el Pata pide disculpas. Dan dos botes, otra vez el Diablo, otra vez yo para Niño Niño que se afana pidiéndome el pase, se la mando de taquito y él patea fuerte; el Gordo del arco contrario apenas la desvía con las uñas.

Salados, me dice el Niño cuando volvemos a nuestros puestos. El Diablo y yo en la delantera; atrás, Niño Niño, el Pibe de Oro y Patafuerte, en el arco Manos de Seda que recién ha salido de la grande. Un seis pesado, bueno para ganarle a cualquier equipo de los alrededores, lo jodido es jugar en la calle, en esta vía que no podemos cerrar a pesar de que todavía están en el patio los palos quemados del incendio.

Bola, gritan, y la redonda comienza a moverse, se atora en los bordillos, sale del asfalto, cobran ao. En un momento nos tienen dominados; el Negro se embala hacia la defensa, y otra vez Patafuerte lo corcha. Ya pue pana, dice, y se para furioso. Tranquilos, yuntas, gritan desde las barras. Cuando miro hacia allá descubro que la Narcisa me está mirando, la noto cansada por el susto del incendio y las amenazas de Marcial que ha jurado matarme. Agacho la cabeza, empujo el balón hacia adelante, pico con bola, me quito de encima al defensa y disparo. El Gordo del arco le pone el cuerpo y ahí me quedo. Mójate el ojo, flaco, me dice alguien desde la puerta del Rincón de los Justos, Yo, sin pensar, me escupo el dedo y hago una cruz sobre mi ojo derecho.

A ver si se va la salazón, me digo y sigo en o mismo, picando, barriéndome. El Diablo arranca por el costado, busca el claro, se la quitan de frente, Un patucho que ha entrado recién me baila por abajo; la burla me infla la ira, corro atrás suyo, le cruzo la pata y cae sobre la bala. Lo veo ponerse de pie, elevar los puños, pero en el acto desaparece arrastrado por sus compañeros. Lo cambian pera la otra punta. Tranquilo bróder, me ruega el Pibe. Me agacho para atarme los zapatos, miro las puntas romas, la suciedad de los cordones, en esta entrada meto el gol, me prometo y busco la bola.

Viene por arriba, Patafuerte y el Negro saltan le gana el Negro que de un frentazo la manda hacia el arco, la pelota rueda despacio y el Manos la toca para enviarla al córner. En el índor no hay córner, cobran ao, la bola cae en un entrevero de piernas, de cuerpos que se empujan hasta que Manos de Seda la atrapa en el suelo, Buena, Manos, le dicen, y él la tira hacia el centro donde estoy yo, me volteo, veo al Gordo solitario, agachado un poco para apoyar las manos en las rodillas, busco la izquierda, avanzo unos pasos

y pateo con fuerza; el Gordo del arco la quiere atajar, pero la pelota traza una curva y se le escapa de las manos. Gol, gritan, gol, digo yo levantando las manos y corriendo por la calle hacia donde está la Narcisa; el Pata y el Manos palmean mi espalda. Un chanflazo Sebastián, dice Niño Niño y volvemos al arco.

Saque, dicen los otros, la Narcisa ni me ha mirado, a cada ¡momento la veo voltearse buscando a alguien entre los espectadores, dejo de correr para amarrarme las puntas de la camisa con un nudo en la cintura, pido bola, apenas me. llega, la toco con las puntas de los zapatos, se la pongo al Diablo que la pierde enseguida. No hay que confiarse, le digo al Niño de pasada, Sí parcero, me responde y le cae al Negro que ha tomado la bola y se la pone para el Patucho, lo marco con las manos en alto, hacemos cabreo, nos acercamos al bordillo donde me pone el cuerpo y caigo. No le reclamo, estamos a mano, me dice, y sé que es cierto, me ayuda a ponerme de pie y me da una nalgada para que vuelva al centro. Las barras aúllan, no les ha gustado el gesto porque conocen al Patucho, saben que es el lanza más diestro de las Cinco Esquinas, que es traicionero y siempre juega sucio.

De pronto estoy cansado y siento sed, me acerco al bordillo para pedir de beber; la Narcisa me da una jarra de agua que bebo dejando caer el líquido sobre mi pecho desnudo, después me agacho y ella derrama el resto sobre mi nuca que se contrae por el golpe de frío. Cuando me incorporo, la miro a los ojos, siento ganas de decirle algo que la anime, pero callo y vuelvo a mi puesto, pásala, grito sin darme cuenta de quién la tiene. Un jugador contrario se confunde y me la pone rodada, avanzo mirando al frente, agachándome, esquivando los codazos, pateo, la bola sale desviada del arco y un muchacho corre a traerla.

El sol comienza a arderme en el pelo, comprendo que la Narcisa tenta razón cuando me miraba con pena, el juego se ha vuelto demasiado largo y mis piernas ya no dan más. Tengo ganas de sentarme, secarme los zapatos y pedirle que me moje los pies. Sebastián, grita el Niño Niño, y veo la bola pasar pasivamente a mi lado, siento cuando el Patucho la detiene con la planta del pie y la empuja hacia adelante para pasármela por entre las piernas. Túnel, dice burlándose, pero yo no siento, Busco otra vez a la Narcisa y no la encuentro entre las barras, pierdo tiempo cuando me dicen que b para ayudar a la defensa, la pelota inexplicablemente vuelve a mis piernas, me volteo, pienso que es otra oportunidad para terminar corro despacio hacia el arco del Gordo, cuidado que te jode, dicen con un grito fortísimo, me detengo para esquivarlo; al voltearme, miro a Marcial cayendo sobre mí con el cuchillo adelantado; por un momento, la hoja brilla con el reflejo del sol, ella hunde en mi costado, me hiere, caigo sobre el balón que se mancha de sangre.

Dijo que solamente lo quería marcar en la nalga, Niño Niño, levantando el vaso, Pero lo alcanzó en la panza. Patafuerte, mirando al suelo, escupiendo nervioso en el piso del Rincón de los justos, ¿Y aurora yuntas? Manos de Seda, preguntando mientras bebe de la botella. Le darán una cana larga, cinco vueltas por lo bajo. El Niño, sin moverse. Puta, es largo. Pibe de Oro, moviendo la pelota bajo la mesa. ¿Y quién vio al Diablo Ocioso? Patafuerte, en voz baja. Creo que le dio miedo la sangre. El Niño, contestando con un dejo de ira. Cojudo, después dice que fue dañado, que se quedó sordo por una explosión. El Manos, todavía con la botella cerca de la boca. Es paro, yo lo vi salir cueteado cuando cayó el Sebas, los tiras podían pensar que fue él quien lo jodió y dispararle por escapero. El Pibe, poniéndose de pie para ir al wáter. Se acabó la biela, panas. Niño Niño, mirando los fondos vacíos. Pide dos más, gil, ahora que no están el Sebastián ni la Narcisa, le podemos hacer trobo a la vieja. Patafuerte, empujándolo despacio. Dos más, doña Encarna, El Niño, obediente y sonando las manos, Pensar que íbamos ganando uno a cero, Otra vez Patafuerte. Golazo del Sebas, que al principio se estaba agüevando. El Pibe, al volver a sentarse, cerrándose la bragueta. Oye, ¿y quién se llevó la plata? Niño Niño, al llenar los vasos. Tu crees que la gente es gileada, con el troto se llevaron la mosca. El Pata, secándose la espuma del bigotito. Ni respetaron al herido que podía estar muerto los hijuepú. Manos de Seda, ofendido, agregando enseguida. Tengo que volver a encontrarme con ese Patucho, muy salsa se cree el conchasumadre. Bueno, panas, chupen. Pibe de Oro, adelantando el vaso para chocarlo con los otros tres. Tenemos que ir al hospital, gallada, ahí es donde se ven los panas. Niño Niño, metiéndose de consejero. Y dar la sangre. Patafuerte, señalandose el brazo tatuado con una sirena. Pero valiente el Sebas, ni gritó ni nada. El mismo Patafuerte, virando los ojos. Solamente se cogió la barriga y dobló las piernas. El Pibe. Se le doblaron, pendejo, qué crees que un hincón de esos no duele. El Niño, queriendo discutir. Simón pana, asimismo se ve en las películas que pasan en el Lux: un panita, de primera, le mete veinte hincones a la jeba y la deja tiesa. Manos de Seda, pensando en la película que vio. Pero acá fue una puñalada de verdad. Patafuerte, alzando la voz, agregando, esta torta cree que en las películas se acuchillan de verdad, puta que es gil. Eres cargoso Pata, ya ves. El Niño Niño, ofendido. Tranquilo bróder, es nota de pluto, usted es mi ñaño del alma, chóquela, Patafuerte, disculpándose, ¿Creen que se salvará? El Pibe, hablando al rato, No sé, dice la vieja que lo tienen aislado, Manos de Seda, otra vez sirviendo, tomando cada vaso para inclinarlo y no hacer espuma. Y esta vieja sí que es hambrienta, ni por eso cierra. Patafuerte, mirando hacia el mostrador. Qué quieres, la man tenía que atendernos. El Pibe, acariciando una botella, Pleno pana, la vieja es legal. Manos de Seda, buscándola con la mirada. En esta parte, a dúos, seco y volteado. El Pibe, bebiendo con ansiedad. Tranquilo Pibe, que nos podemos hacer bolsa. Manos de Seda, sonriente. Y qué, esta noche nos vamos de jira, hay buenas güisas en el No te agüeves. El Pibe de

Oro, en la respuesta. Y el Tírate al Agua, el Gema, Carlos V, buena onda. Patafuerte, pavoneándose. Ustedes no han ido al King, pendejos, para llegar allá si hay que tener las güevas bien puestas. Niño Niño, envalentonando. Pide más biela y tabacos, desde que nos sentamos no hemos fumado. El Manos, llamando a la Encarnación Sepúlveda. Sí, chupa sin humo no es chupa. El Pibe de Oro, palpándose la camisa buscando los fósforos. Van seis, señores. La dueña del salón colocando las botellas llenas, retirando las vacías. Ponga, nomás, ñora, tenemos el viento y el viento. Patafuerte, jugando con el lenguaje. Ya ya, ya ya. Manos de Seda cortándolo, diciendo enseguida, cuando te emplutas hablas piedras. No quiere vacilar el dato este cabrón. El Pata. Oigan, a nadie se le ha ocurrido avisarle a la familia del Sebas. Pibe de Oro, hablando rápidamente, Nunca le oí hablar de su familia, El Pata pensativo. Familia, el Sebas llegó solo a Matavilela, eso me ha contado la vieja Inés que conoce a todo el mundo en estos alrededores. Manos de Seda, encendiendo un cigarrillo. Pero debe tener a alguien. Patafuerte, Sale, nadie lo conoció antes de venir aquí. Otra vez el Manos. Puta que es turra, si se muere habrá que enterrarlo sin bandera, nadie mierda la sabe, Pibe de Oro, meditabundo. No sean cojudos, él sí lo sabe, lo que pasa es que no quiere decirselo a nadie, Patafuerte, queriendo terminar la discusión. Bueno, bueno, pero chupen pues. Niño Niño preocupado porque la. cerveza ya se está terminando, Ese es el problema de la bielita, uno chupa y chupa y demora en emplutarse. Manos de Seda, mirándose los dedos magullados por las pesquisas. Si quieren nos vamos de puro. El Niño. Puta, nos hacemos tierra. Patafuerte haciendo muecas. Y qué chucha, ¿para qué chupamos? Otra vez, el Niño. Simón panas, nos vamos para fuera, hacemos algo por el camino, una cadena o algún guachito y vacilamos largo el dato en el No te agüeves, serio. Patafuerte, tratando de convercer al Pibe de Oro que se ha quedado silencioso. No puedo ñatos, mi javie está abollada y prometí quedarme con ella esta noche. Disculpándose. Eres turro, Pibe, vamos un chance nomás. Niño en la suplica. De verdad parceros, por eso mejor me doy chapa. Poniéndose de pie. Ya vuela turriflay. Patafuerte, ofendido. Dejalo que se vaya pana. La vieja de una de es la vieja, si esta abollada hay que cuidarla. Manos de Seda, despidiéndose del Pibe. Nos vemos, dice, nadie te contesta cuando sale. Bueno, pon una música. Niño Niño, resignado. Simón pana, una de Daniel. Patafuerte, levantándose para ir a la Wurlitzer. Este Pata es la nota. Manos de Seda al Niño Niño. Monsi adú. Niño Niño contestando al Manos. Ahí viene, gallada. Patafuerte sentándose y bebiendo el resto que ha quedado en una botella. Escuchamos la song y nos barajamos. Manos de Seda con la mirada extraviada. Viiiiiiiirgeeeeeeeeeeen de medianocheeeeeeeeee cuuuuuuuuuubreeeeeeeeeee tu desnudeeeeeeeeeeeeeeez, Daniel Santos en la rockola.

9

Negra la mano del tatuador, dibuja sobre el pecho blanco de la menor de las caritativas. Primero, un círculo con rayas hacia afuera, punto a punto, va formando un sol. La tinta china penetra en la piel empujada por la aguja que se retira enrojecida, temblorosa en la mano que vuelve a hundirla sobre el pecho abierto: senos duros y pezones rosados que la mano no toca. El círculo se cierra bajo leves estremecimientos. La mano del negro Maya busca el centro de ese sol que nace, los dos dedos dejan caer una gota de sudor sobre la piel. Límpialo pronto, dicen, y otra mano recoge la gota con un algodón. La mano, otra vez, sobre el pecho y la tinta hundiéndose, formando la primera letra, la segunda, la tercera, hasta retirarse de la carne hinchada y enrojecida para dejarlas a la vista: jota, hache, ese. Sigue, dicen, y se nota que es el mismo cuerpo el que habla por el movimiento brusco del vientre. La mano se posa sobre la parte superior del círculo, por primera vez la sujeta la otra mano, ambas buscando la seguridad en el trazo de la cruz. Otra vez cae una gota de sudor, otra vez el algodón la recoge. Yo pecadora me torturo, dice la mujer a cada nuevo hincón, Yo mala pécora, sé responde cuando el negro retira la aguja. Por un momento, el tatuador se detiene; un lienzo se envuelve en sus manos, seca las palmas amarillas, se introduce entre los dedos, para encima de las uñas. Los clavos, dice la mujer, y la mano desciende temblando más que nunca, dibuja el primero con su punto filosa. Húndanse en mi piel pecadora, gime. La aguja se carga de tinta, duda un instante en la mano del Maya que se pone de pie, examina con un ojo cerrado el sol, las letras toscas, el cuerpo de la mujer tendida sobre el camastro. Descanso, dice él con una voz pastosa. Ella cierra los entrecruza los dedos y sus labios comienzan a temblar, dic la oración entrecortada: Paco nuestro que estás en la tierra, sacrificado sea tu nombre, venga a nos tu infierno, hágase tu voluntad, aquí en la tierra como en tu cielo, el placer nuestro de cada día dámelo hoy, déjame caer en la tentación, líbrame del bien. Amén. Qué he dicho, dice ella incorporándose. El Maya la detiene, la sujeta despacio por los hombros, la deposita en el catre, No se levante señorita, dice cuando ella solloza. Ahora la mano le seca el sudor del cuello, las gotas que nacen del verdadero seno, se atreve en las puntas de los pezones que de pronto están erectas, Qué hace grita la mujer y el negro se detiene. Pongo alcohol, dice y pesa un algodón empapado en el tatuaje que se enverdece, la mujer se retuerce por el ardor. Sople, pide, y él acerca sus labios gruesos, dispara un soplido largo que le vacía los pulmones, calma el ardor en el pecho de la mujer, Ella lo mira profundamente a los ojos. ¿Está terminado?, pregunta sonriente, Él dice que sí y le alcanza la ropa. La mujer se viste despacio, recién mira la habitación, las cortinas manchadas, la pared empapelada con revistas, el muestrario de los tatuajes, la cama deshecha donde hace un momento ha estado acostada, Son cien sucres, dice el Maya. Ella abre la cartera, le paga y sale.

10

Leopoldina le dice que, en la calle, mientras él fue a la casa de empeños, mataron a Sebastián. Él le responde que ya lo ha oído, que Sebastián no está muerto sino muriendo y rie. Ella murmura bestia, entre dientes y se levanta de la silla para cerrarla puerta que ha dejado abierta al entrar. Élla mira, le pide algo que ella niega; después la toma en sus brazos, trata de llevarla cargada a la cama como ha visto en las revistas, pero no puede sostenerla. La Leopa cae al piso y Chacón encima suyo, aplastándola. Ay, grita ella, y él la toca en la cara. Se lastimó mi reina, le dice sin moverse, Quítate, le pide con furia y se pone de pie, camina por el cuarto buscando un rincón donde él no la alcance; donde sus largos brazos no lleguen, piensa asustada,

Y, cuando se asusta, mira la cara del Fuvio Reyes en la puerta, el ojo torcido en la rendija, la carne de su ojal, penetrando despacio, Todo, claramente, porque esta vez debe huir. decirle a Chacón algo que lo distraiga, que le quite las ganas de pasarle cordel, de hacerle los platos, de fusliquiarla, como le gusta decir cuando quiere poseerla. Ella entonces habla de la luz, de la casa de empeños. El Sol, de la cama que necesita tablas nuevas para soportarlos a los dos. Él se acerca a la esquina, ¿durmiendo?, pregunta con sorna, Leopoldina no responde, huye nuevamente, se detiene en el centro del cuarto, Por favor, acuéstate, dice Chacón es todo un golpe de sangre. Si, acostémonos, responde, tú primero y yo después; encima, le aumenta, Los o de ella se desorbitan. Es temprano, indica mirando su reloj pulsera. Él avanza hacia ella, gruñe. Grrrrr, el lobo feroz se va a comer a Caperucita, grrrrr. Leopoldina mira la puerta, se arrepiente de haberla cerrado, ¿Cuánto te dieron por la chompa?, pregunta retrocediendo, No importa, dice Chacó y la agarra de la cintura, ella se dobla huyendo de sus labios que buscan besarla. Drácula, cambia él, y le busca el cuello, Leopoldina mira sus dientes imperfectos, recibe su aliento fuerte, un beso no deseado. La puerta es el espacio de las tentaciones, la puerta y la pared de ese universo cerrado que los dos viven. Ella suelta los brazos simulando un desmayo para quitarle las ansias. Uuuuuuhhhh, se murió, dice burlándose, Ella sigue igual, sostenida por los brazos de Chacón para terminar de cansarlo; en-un momento la soltará y podrá decir que se lastimó, que mejor mañana.

Los ruidos del patio no llegan al cuarto, no invaden las cuatro paredes y salvan a Leopoldina de las manos de Chacón. Ella lo descubre mientras se incorpora y empuja al hombre hacia atrás, lo ve tambalearse antes de caer pesadamente en la cama. Descansa, por favor, le dice, mejor mañana o más tarde, le ruega. Él se estira en el lecho, recoge las sábanas y simula dormir, ronca. Ella sabe que es una broma, que en un momento estará otra vez en pie, buscándola.

El forcejeo le ha traído el cansancio y el sudor, camina dos pasos hacia la mesita, recoge la tira roja formando un moño atrás de su cabeza. Chacón está inmóvil, de pronto ha dejado de roncar y ahora silba, La Leopa sabe que la está mirando, que ve la sombra de su silueta a través de la tela; se sienta despacio, tratando de no hacer ruidos, cuenta los minutos que durará la tranquilidad, piensa. Fuvio Reyes entrando en ese preciso momento, acercándose a ella sin saber que Chacón está en la cama. La madera cruje cuando. de un salto el hombre está a su lado. Te pesqué, dice. Ella piensa que es demasiada casualidad, que los brujos del Oriente le deben haber enseñado a leer el pensamiento. Buuuuuuu, el fantasma, dice Chacón envuelto entre las sábanas. Ella vuelve a huir, ahora toca la puerta, mira el picaporte, el gozne gastado, vislumbra el sol filtrándose por las hendijas. Es el fin, grita. Chacón no entiende, la aprisiona contra la puerta y comienza a besarla con rabia, las manos buscan: sus partes, levantan el vestido, bajan el calzón, rozan el pubis. Espérate, dice ella casi con un resto de voz, ella escucha y se sonríe. Al fin, está a punto de decir, y se separa dejándola libre. Los dos caminan hacia la cama. Leopoldina mira el espacio deshecho, las sábanas arrugadas, las almohadas fuera de lugar, sin mirarlo se saca el vestido y se queda desnuda, después se acuesta y cierra los ojos.

PARTE IV

1

Entran a la pampa un lunes de tarde, marchan por un camino de piedras: Erasmo adelante, atrás Cristof, calzado con botas y sin su hopalanda negra; el Tello que anda a tambos, el niño Avilés con el rostro todavía asustado por la tragedia; don Riba y la vieja Inés que se apoyaba en su hombro. A todos los envuelve una nube de polvo, el sol cae sobre sus espaldas. Encuentran un negro sentado sobre una piedra desnuda, el negro los mira con interés, señala el sitio con una de sus manos descarnadas cuando le preguntan. Por ahí, dice, y ellos miran el paisaje, montones de tierra y piedras, caminos marcados simplemente por las pisadas. Forman una fila para seguir, suben dificultosamente un cerro de basura, ahuyentan a los gallinazos que picotean los restos de un animal; cuando descienden divisan las primeras casas que se levantan en desorden, unas en tierra firme, otras en el lodo, todas mostrando los interiores, cubiertas apenas en el techo y las paredes con cartones manchados, hundidas por el peso de los habitantes. Jesús, dice la única mujer que viene en el grupo, Erasmo se muerde los labios, el niño

Avilés patea descuidadamente un tarro que suena con cada golpe. Caminan sin hablar, el Tello conos ojos desorbitados, Cristof inquieto, el viejo hojalatero con pasos lerdos.

Frente a una casa de caña, hacen un alto, preguntan donde, les contestan que en cualquier parte; entonces, separan, cada quien va más lejos, buscando un claro, sorprendiendo otra vez a los gallinazos, que se elevan repentinamente para volver a posarse sobre el cuerpo de un perro. Por todas partes desperdicios, sillas desfondadas, latas, herrumbradas, trapos, papeles, un vaho acre subiendo desde el suelo amarillento.

Aquí, grita de pronto el viejo Ribadeneira, y todos se vuelven para mirarlo sentado sobre un promontorio, las piernas estiradas y la vista recorriendo el espacio; en el acto, se pone de pie, cuenta veinte pasos de fondo, diez de ancho y ríe, se estremece con una carcajada insana mientras extrae el ovillo de piola de uno de los bolsillos, clava las estacas golpeándolas con una piedra y estira el hilo con fuerza. Sigan, dice, y se queda mirando sus paredes de aire, su techo de nubes amenazantes.

Erasmo mira un charco sucio y pequeño, junto a otro basural, piensa: si muevo toda esa basura cubriré la poza y quedará bien, más cerca de todos y más plano, Acá, dice haciendo bocina con las dos manos sobre la boca y sube al montón para hacer rodar los deshechos; neumáticos viejos, cajones destruidos, palos, ramas y troncos de árboles arrancados de cuajo. Conforme lanza los desperdicios, las manos de Erasmo se van volviendo negras, aparecen cortaduras que él no siente; el sol arriba quemándolo cada vez más, impulsando su jadeo continuo, el fuelle del pecho agitado por el esfuerzo.

Un grupo de muchachos viene a mirarlos, se fijan en los pantalones cortos del niño Avilés, en su cara asustaciza, oyen su grito; allá, y lo acompañan en el trotecito hasta una pequeña ladera donde entierra sus estacas; abajo, la boca de un tubo descarga sus aguas negras que fluyen lentamente hacia afuera.

Cristof, a lo lejos, busca dos árboles, desenrolla la cuerda cuando los encuentra, ata la punta estirándola lo más que

puede, sus músculos se tensan cuando aprieta el nudo, guida corre hacia el frente, tira el lazo corredizo con destreza, despacio va estirando hasta dejarla como una línea suspendida sobre el horizonte; se descalza, sube al árbol agarrándose de las ramas, pisa la cuerda que forma un leve seno, Arriba, grita, y se suelta a realizar aquella función sin público,

Cuando buscan al Tello, lo encuentran marcando sobre la tierra un cuadro pequeño, dibujando con una rama seca toscas escenas de amor: una mujer esperando, un hombre con la punta erecta y goteante. Aquí, grita el revistero, y camina por ese lado vigilando a inexistentes lectores, agitando la rama para corregir malas posturas, páginas dobladas, leídas por encima del hombro, costumbres que, en Matavilela, dañaban el negocio de la

Esquina del Ojo. Cuando no, le dice la vieja Inés que está barriendo su espacio, el lugar donde crece lentamente una planta.

Vana sentarse cerca de lo que ya es del viejo Ribadeneira. El sol está en su punto más suave, cuando ya no arde sobre la piel, sino que hiere la vista. Erasmo, dice Cristof mirándole las manos, El charolador se hace el que no lo oye, Erasmo, repite doña Inés, y el Tello lo sacude del brazo. Sí, responde, Ahora, qué hacemos, le preguntan, Él vuelve a mirarlos alrededores, las trochas, los palos, los cerros de desperdicios que rodean la pampa. Doña Inés no puede evitar la tos que le viene seca, el viejo se acerca y le da golpecitos en la espalda, ella se pone roja, disculpen, dice, y escupe al suelo.

Tello, con la rama todavía en la mano, habla de cuidar las invasiones, de que alguien se debe quedar a vigilar las piolas, los hilos de nuestra propiedad, La mujer responde con la tos y la cuenta de sus años, el niño Avilés con su debilidad y juventud. Quedan los tres, musita don Riba y los señala en el pecho.

Cristof busca un sucre en su bolsillo, sorteo, dice, yo voy cara. Yo sello, le contesta Erasmo. La moneda da vueltas en el aire lanzada por la mano del equilibrista. Cara, anuncia después de recogerla en la palma y ponerla en el dorso de la otra mano para dejarla a la vista. El Tello le pide la moneda. Voy sello, dice Erasmo. Lo que resta, contesta el otro cuando lanza la moneda y la toma al vuelo. Todos se acercan a ver su puño, él abre los dedos despacio, tú te quedas, grita jubiloso cuando la cara del mariscal aparece en su mano.

2

Y cuando dice que sí, en verdad es no, y cuando mira para acá, parece que mira para allá, y te busca y te busca, como buscó a la madre después de muerta, cuando gritaba: venga a verla doña Inés, y yo de pena dejé el lavado en la pileta y corrí al cuarto donde ella estaba agonizando, quise hacer algo, pero cuando el Tello trajo la ambulancia ya estaba muerta, Erasmo hizo el cajón y yo la vestí con mi ropa. Es malo doña Inés, dijeron, pero no hice caso, entre los dos la metimos en la caja, el pobre del Fuvio nos daba patadas y mordiscones cuando el charolador clavaba por aquí y por allá. La velamos en el patio y la enteramos en el cerro Santa Ana y al regresar, don Riba se llevó al Fuvio con él y empezó a enseñarle el oficio. Por ese tiempo estaba de moda Julio Jaramillo, la gente cantaba La llorona, y al Fuvio que andaba de duelo le gritaban gallinazo cantor bajo sol de a perro. Aunque no lo creas, es así, equivocado como su ojo; por eso no me

parece raro que sea mirón de la Leopa, porque lo conozco de pibe, desde que llegó aquí con pantalones mochos, del brazo de la difunta que había leído el anuncio del dueño del patio: cuartos baratos para gente decente, decía; escogieron el que está al final del pasillo, allí vivieron años, la madre se preocupaba de que él fuera a la quiso hacérselo, por más que ella lo obligaba a caminar descalzo hasta la cripta de la iglesia de San Alejo; después de eso le pusieron lentes pero él los perdió, dicen que la difunta los compró en una de las cachinerías de la otra esquina y que apareció el dueño y se los quitó en la calle, desde entonces no ha tenido con que ocultar su bizquera, ni le ha hablado a nadie mirándolo de frente, Tú dices que es él, y yo apenas te entiendo, te pegas a esa pared y haces que miras adentro, después señalas la ropa del Fuvio que está colgada en el patio, tuerces los ojos para que yo entienda que es él y te habla; todo lo que te digo no lo oyes porque en verdad hablo pera mí, aquí, sentada en la pileta, puedo contar más cosas de este patio de infierno, si te quedas conmigo y tratas de leerlo en mi boca: Mañalarga no es el padre de Marcial, un día se apareció por aquí un muchacho flaco que fue hasta el portón 212 y comenzó a beberse los conchos de las botellas de cola, el viejo salió con un palo, pero el muchacho ni se movió, es valiente este flaco, dijo y lo adoptó como suyo. Marcial se quedó con él hasta ahora que ha ido a parar a la cárcel tú ya sabes por qué. Cuando te cuento todo esto, recuerdo cue yo también vine aquí por lo de los cuartos decentes, con el tiempo notamos que no era así, que tras las paredes había ojos y miradas como las del Fuvio, que las manos se extendían para llevarse las cosas, que la zona era roja, como decían en los noticieros, todo triste, como tu misma historia, la historia que me has contado tantas veces, así, sin hablarme, hada más que con tus señas y tus morisquetas, cuando la bomba explotó a tres metros de ustedes, mató a dos de tus Compañeros y a ti te apagó el oído, te dejó ese zumbido que dices que sientes, por eso es que no hablas, porque no oyes, y la gente te grita el apodo que te puso el Sebas, o te dicen vago, Diablo Ocioso, te la pasas chupando en el Rincón de los Justos, morboseándole el poto a la salonera Narcisa y escribiéndole cartas en las paredes del meadero; yo lo sé, como tú sabes que el Fuvio mira a la Leopa, te vi con mis ojos huyendo de ese patio la noche anterior al incendio, después comparé la letra de la puerta con la letra de tus papeles y era la misma, la misma erre grandota, la bola de la o y todas las demás letras de escuelero; no digas que no porque yo sé que sí, tú eres Raymundo y no todo el mundo, como dice la Encarnación Sepúlveda, dizque quieres esconder a la Narcisa Puta para que no se la lleven las Damas de la Caridad y la metan en la academia de corte para que sea como la otra, la Virgen pura, la noboleña, la que se ha pasado todos estos tiempos metida en la urna de vidrio, dormida o haciendo que duerme, lejos de las manos dela gente, dela clientela del salón, del lápiz romo con el que la mensajeas, ahora que ya no está Sebastián, podrás hacerla tuya, hacerle guiños camino a la rockola, marcarle la última del jota jota que hablará por ti, dirá: y el calor permanente de un cariño que a ti tanto esperó, y ese calor, seguro que será una brasa como la que incendió la tienda del viejo Mañalarga, le quemó las historietas del Santo y las botellas vacías, lo dejó

sin nada, sin la herencia que tenía guardada para Marcial que pasará en la grande mucho tiempo, tanto que cuando salga ya no estaremos aquí, viviremos en la pampa de los invasores, en nuestras casas, sobre nuestro suelo, como dice Erasmo que nos metió en eso, nos llevó a marcar con hilos las puertas y las paredes, ya no seremos más los habitantes del patio de las carretas, ni habrá Matavilela sin nosotros; de ti no sé qué será, quizás acompañarás a la Narcisa, te irás con ella tocando en todas las casas hasta que encuentre la Puerta de Fierro, el lugar donde ella se quedará para siempre, caminando entre las mesas y los borrachos cargosos, bebiendo cerveza con coca cola para aguantar la mala noche, si quieres podrás hacer de dos uno, tú vendiendo cigarrillos a la entrada, y ella en la pista, bailando con sus levantes, con la pierna metida al centro de la pareja en los boleros o separada en las salsas, después contarán las ganancias, tú lo ganado como cigarrillero y campanero y ella como güisa y copera del bar, todo lo veo así, clarito esta noche, que hablo contigo, me miras como si en verdad me oyeras, por eso quiero seguir contando cuento a cuento, diciéndote mentiras que son mis verdades, no las tuyas Diablo, porque sé que no las tienes, nada dices porque nada oyes, ni siquiera este ruido que hago con mi boca que ahora está reseca de tanto hablar para mi, de intentar abrirte el camino del sonido Diablito, enamorado gil de la Narcisa, puta escondida, Raymundo, aunque no lo creas, aunque no lo oigas y por eso no lo creas y digas que son ciertas las palabras de la vieja Inés que lo ha visto y callado todo.

3

Tocamos timba timba timbalero, el Mur estaba vacío, desoladas las mesas y las sillas, las botellas en paz, toda la traición de la música del jota jota había alejado a la gente, seguro cantaban pasillos en su velorio. Chafo dijo vámonos y nos fuimos. Andando, musité yo y tiré los palillos sobre el tambor. Carlos Thomas se descolgó la guitarra y el Rulo dejó el micrófono abandonado. Abrimos las puertas oscuras de la discoteca y fuimos saliendo hacia el auto rata, buscamos gasolina y cuando Carlos la sopló por el tubo, el auto encendió; al avanzar por la vía Bolivariana, nos detuvimos para llenar el tanque: mientras esperábamos, vimos la multitud, las colas, una para entrar, otra para salir. ¿Nadie quiere ver el cadáver pasillero?, bromeó el Rulo. No hubo respuesta, estábamos tirados, sin motivos para la noche y lejanos del día, Chafito, pregunté yo, ¿se te acabó el monte? El dijo sí y nuestra pena fue mayor. Ya no somos los Ratas, dijo el Carlos Thomas desde el volante, ahora somos los agüevados, No, grité yo, busquemos el monte verde. El auto se aceleró, cruzamos la multitud sorteando admiradores dolidos, alcanzamos la calle Los Ríos, todavía vimos gente de luto, lloronas,

viejas y jóvenes, putas y cafiches en procesión hasta el focorio del jota jota. ¿Hacia dónde vamos?, preguntó el Rulo, Donde el Cara de bandido, dijo Chafo Rodriguez, en el Parque de la Madre, aumentó más fuerte. De la tuya, bromeó Carlos Thomas acelerando, Cuando llegamos al parque y bajamos parara la guarida del Cara, sentimos su presencia satánica por todo el barrio. Aquí estamos Cara, le dijo el Rulo. Él se atusó los bigotes, escupió al piso para aclararse la garganta, carraspeó antes de hablar. La gente, la gente, repitió, ¿qué harían ustedes sin mí? Nos entregó las mugas envueltas en papel de diarios, nos dijo el precio casi con la boca cerrada, Carlos Thomas regateó, el doctor dijo nones, está carísima, habló de los sembríos arrasados por la cortanotas, de la falta de lluvias, de la mala cosecha. Cuando le entregamos la plata, el Rulo juró que le iba a quitarlo de Cara y lo iba a dejar nomás en bandido.

Salimos, ese día no hubo el riesgo de las batidas, la chota estaba cuidando la caja del cadavérico, llorando en las puertas del Coliseo. Oh, este flavio dolor del cantatriste. Cuando rodábamos por la avenida Quito nos dimos cuenta de que la ciudad estaba desierta. Es nuestra, gritó Carlos Thomas, y le hundió el chuzo al acelerador; el auto rata saltó en un bache y siguió veloz, sin respetar altos ni luces rojas Yo empecé enrolar con los vidrios subidos, recordé de pronto a mi gacela, mi amada triste llamada Blanca. Qué te pasa güevas que te has quedado en el aire, dijo alguien. Nada mi loco y seguí roleteando los baratos. Cada uno tuvo su pito en la boca, el auto otra vez se empezó a llenar de humo, Carlos Thomas tenía las manos fijas en el volante, el Rulo se había deslizado en el fondo del asiento, Chafo Rodríguez callaba y yo empecé a reír. Puta Carlitos para, le gritaba el Rulo al Thomas; le dio la blanca al Paco, decía. Yo estaba. desorbitado, vi a mi amada Blanca, venirse conmigo en el vuelo más largo de mi vida, tirada a los pies de la imagen de la beata Narcisa, su cara triste pidiéndome el apellido para el que llevaba en la panza; miré cómo se le movía, me miraba desde adentro queriendo alcanzarme con chalaquitas, vi que salía, sacaba las manos y me retorcía el pescuezo, mal padre, mal padre, repetía el chico y yo reía. Cuando el coche se detuvo, todavía no lograba calmarme, el Rulo buscó una coca cola en una tienda cercana, me la regó todita en la cara mientras lamía las gotas, la espuma que me calmó la risa. No te mueras Paco, le oí decir al Chafo, te nos mueras Paco no, me sonaban las palabras en el oído, me di cuenta de que tenía humo hasta en las orejas, Ya le pasa panitas, dijo el Carlos sin inmutarse, enseguida prendió el carro y seguimos andando, Doblamos por Gómez Rendón; apenas son las doce, dijo el chófer. Si, le grité yo completamente recuperado, era en verdad la quinta muerte que sobrevivía, una Onda buena pero peligrosa, en una de esas se puede parar el huacho y chao de este mundo y de los otros. Cuando llegamos a Eloy Alfaro, el Rulo quiso ver el río, es hermoso mirarlo tronado, uno lo ve limpio y brillante, parece que nadie lanzara allí sus desperdicios, que la gente no se bañara ni se cagara en él. El Rulo tiene sus notas cuando está grifo, ahora le dio por sacarse los zapatos y lavarse los pies en el manso

Guayas. Vamos Rulito, le dije yo que en ese momento había metido la cabeza en el agua para sacudirme de la muerte blanca. Chafo Rodríguez se había quedado en el coche, masticaba las últimas hojitas de la yerba y nos miraba por el retrovisor. Carlos Thomas sobaba contento el capó del auto rata y dijo que sentía hambre. La leona panas, susurró el Rulo mientras volvía a calzarse. Si, aseguró Carlos y nos metimos en el auto. Rodamos por el Malecón hasta la calle Sucre, sin darnos cuenta habíamos recorrido toda la historia patria al vagar por la ciudad desierta, Y, ahora, ¿dónde papeamos?, pregunté. Nadie me contestó y tomé la fatal decisión: Matavilela, dije cuando a eran las dos de la mañana. as Thomas volvió a acelerar y todos hicimos silencio cuando nos acercábamos velozmente a la calle Colón.

4

Déjate de cosas, Blanquita, beatita gil de la iglesia Victoria. Tú no eres virgen ni nada. Nada lograrás con andar penitenciando por ahí, buscando al negro tatuador, rezando con el cura que te aprovecha en sus claustros oscuros. Nada te devolverá tu virgo prudente, el himen roto, desgajado como él manto de la María Magdalena. Lo que debes hacer es sacarte el hijo, pagarle al doctor Romero para que te haga el curetaje. Dices en tu casa que te vas de viaje, armas las maletas y te vienes conmigo, yo te llevo y te traigo, pasando dos días en mi cama y lista mi amiga. No se siente nadita, apenas entras te ponen la anestesia, cuando despiertas ya está afuera el muñeco, pueda que sangres un poco, pero eso es mejor que andar con la bola en la barriga nueve meses. Después en líos con el padre por el apellido. Eso sí, seguro que el desgraciado no te dará el nombre, es como estar viendo a Francisco que me la hizo igual, me gozó de lo lindo y yo, tontita, gil como tú, me le abrí de piernas con el cuento de la prueba de amor. Hazme caso, Blanca Aurora, deja sin candado las urnas de la beata Narcisa y róbate el dinero para el doctorcito, cada día que pasa es peor para ti, ningún médico querrá quitarte la bola, te quedarás jodida, de madre soltera y de puta barata para los vecinos, ni siquiera podrás casarte porque en estos tiempos los hombres quieren que. una sea coco... Así es querida, después dicen que son liberados, que ellos entienden que una necesita, pero a la hora de joder, joden. Tú todavía estás polla, podrás levantarte un mansito, no vivir pensando en el gorgotero del Paco que lo Único que hace es andar tocando el tambor de los Rata, fumando yerba o vagando con los amigotes por toda la ciudad. Créeme, es por tu bien Blanquita linda, no ofenderá en hada a tu religión, peores cosas has hecho con el cura de la Victoria, dejándote ver los senos del negro tatuado, entregándote al Paco en la pensión Kennedy donde te clavó el hijo y ahora ni se aparece, Si quieres,

saco el turno para mañana, Jo te cuidaré porque soy tu amiga, después te voy a enseñar cómo una debe cuidarse tomando pastillas, una diaria durante veintiún días seguidos, con eso no pasa nada, mira que yo esto no se lo enseño a nadie, sólo a ti para demostrarte que soy buena compañera, buena y no mala como la otra, la Virgen pura, la costurera que hasta ahora no hace el milagro de bajarte el menstruo, sólo te exige que le pongas sus veladoras, que camines por esas calles inmundas, por ese barrio de putas y cabrones, de sangre y agua como dicen todos los que viven ahí. Anda, di que sí, quieres ver al médico y serás salva, no condenada como yo que me dejé el chico y ahora estoy fregada, jodida pero contenta de ayudarte, de tirarte la soga, pero no para que te ahorques sino para que te salves y no te hundas en la infelicidad, en el llanto y la caca de ese hijo que te patea en el vientre, que te dice con esos gestos que seas valiente, que lo saques porque él tampoco quiere vivir sin padre, sin madre, sin nombre ni apellido.

5

El domingo, después del juego fatídico cuando Marcial hirió al Sebas en el costado, la Narcisa Martillo se dedicó a rezarle oraciones a la beata embalsamada. Era una tarde calurosa y lánguida, el patio de las carretas se veía quieto y silencioso, aun cuando alguien saltaba sobre las piedras camino al portón de la entrada. La voz chillona de la salonera del Rincón de los Justos repetía los padrenuestros y las avemarías, llevando la cuenta en el rosario de la Encarnación Sepúlveda. En el interior del salón, solamente la Gracia Divina era testigo de ese momento único, movía la cola extrañada, olisqueaba los pies de la Narcisa y se quedaba quieta. Dos veces la salonera se puso de pie para ir a hacer aguas en el bacín, dos veces regresó a la silla y miró el lugar donde ella y Sebastián, una noche lejana, hicieron el simulacro de amor sobre un catre improvisado con periódicos viejos. Ahora todo eso estaba perdido y ella lo sabía, pensaba que Sebastián no sería nunca más el Sebas, que Marcial tampoco ayudaría a su padre porque estaba en la cárcel, que el Fuvio Reyes terminaría por aprender el oficio de la cuerda floja y se iría con Cristof por los pueblos de la patria. Ella estaba solo, víctima propicia del desconocido Raymundo que ahora ya no necesitaría mensajearla sino venir y llevársela, El Diablo Ocioso también estaba lejos, el horror de la sangre lo había. hecha huir despavorido y todos dudaban de que regresara, Yo a quise herirlo, sólo marcarlo, había dicho Marcial cuando la detuvieron y nadie creyó en sus palabras. Miraba la escena un par de ojos asustados que, en el rostro del niño Avilés, brillaron como el fuego que quemó la tienda del viejo Mañalarga, Culpable, le dictaban sus palpitaciones, culpable, culpable; hasta que se alejó. para

ocultarse otra vez baja la escalera, en el mismo sitio donde noches atrás se había agazapado con la chispa encendida.

La Narcisa Martillo dejó de pronto de rezar, tiró el rosario en el cajón de las ventas y abrió la puerta deslizando. cuidadosamente su cuerpo hacia la calle. El sol otra vez le hirió los ojos, herida vital que en un momento la devolvió a Matavilela con sus gritos Y sus pitazos, Nunca, como ahora, ella había sentido la necesidad de irse; si en ese momento hubieran aparecido las Damas de la Caridad para ofrecérselo, seguro no habría vacilado en aceptarlo. Caminé despacio hasta la esquina de las prostitutas, saludó a Margó, a la Tumbacatres, a la Soraya, las tres mujeres la rodearon. Si muere, te vienes con nosotras, le dijo la más vieja, y la otra, mirándola con sus ojazos repentinos: es buena vida y no mala como dicen, le susurró al oído. Ella no contestó, se limitó a sonreírles, a decirles que fueran por el salón para brindar por la salud de Sebastián, En verdad, no podía aceptar que el Sebas muriera, peor aún si lo había visto poniéndose los pantalones la misma noche del incendio, le había abotonado la camisa dejando libre los dos últimos ojales como era su costumbre, depositando después un beso en el vello abundante que emergía del pecho de mi Sebastián, como gustaba decirle.

Sebastián, le escuchó decir el Fuvio, casi con una voz demente. Los dos se cruzaron en la esquina de las prostitutas y ella, lo primero que hizo, fue hablarle de la sangre, no de la perdida sobre el asfalto de la calle Colón, sino de la que el trapeador necesitaba para no morirse. Fuvio Reyes pensó en un hilo rojo llegando hasta el lecho de Sebastián, subiéndole por el brazo hasta penetrar en su corazón; antes de terminar de pensarlo, dijo que sí. La Narcisa se alegró, pese al favor del Fuvio, murmuró en tono de burla y de pregunta: ¿y situ sangre le tuerce los ojos a mi Sebastián? El bizco no respondió, la manera de hablar de la Martillo Puta no lograba asombrarlo, siempre había sido así, ahora tampoco podía cambiar, ni por causa del puñal de Marcial, ni por aquel favor aceptado. No pasará, contestó él, es sangre roja y no negra, terminó diciendo. La Narcisa Martillo, hincada por la curiosidad lo siguió por un rato. Fuvio Reyes caminó despacio, de vez en cuando levantaba la vista al cielo, hacia el lejano circulo donde un día vio el arcoíris como un milagro; sabía que la salonera del Rincón de los Justos caminaba atrás suyo y se detuvo en los puestos de ropa usada. ¿Cuánto?, preguntó, sabiendo que no iba a comprarla camisa a cuadros rojos que señalaba. El dueño lo miró atentamente, se agachó a recoger la prenda y la abrió sobre el tendedero: Fuvio Reyes torció la cabeza para ver mejor, se alejó, se acercó, palpó la calidad de la tela, inspeccionó el uso y abuso sobre el cuello, bajó las mangas hasta que volvió a preguntar ¿cuánto? Veinticinco, le dijo el hombre, y repasó las mismas alabanzas para cada uno de los artículos que vendía. El Fuvio soltó la prenda con desgano. No la quiero, dijo, y se alejó sin que le importaran los insultos que el cachinero dejaba caer sobre su espalda. Ocultándose entre los transeúntes, la Narcisa Martillo miró la escena desde el filo de la acera, sonriendo se acercó al puesto del vendedor enardecido y pagó por la prenda sin chistar, la envolvió

en un pedazo de papel de diarios y se alejó caminando en dirección opuesta a la de Fuvio Reyes. Lo que pensaba hacer, solamente ella lo sabía. Silenciosa llegó hasta el patio de las carretas, empujó el portón 212 que se abrió para dejar ver a Cristof entorchando la cuerda. El equilibrista, como sorprendido en falta, dio un salto largo y se paró a su lado, La salonera no lo odiaba como Sebastián, más bien veía en él al suicida que se jugaba la vida paca divertirse, El Sebas necesitaba sangre para salvarse, dijo apretando el Paquete contra su pecho. Cristof se alisó el cabello humedecido por el esfuerzo, sonrió antes de decir que no era posible que él donara la suya, mencionó el odio, el rencor, la muerte en la sangre que Sebastián recibiría para poder salvarse. Pero por ti todo, contestó en tono de confesión, iré mañana, después de que el Fuvio tenga su última práctica sobre tierra firme,

El silencio aumentó, la mujer echó a andar por el corredor, tocó las paredes de los cuartos, las puertas cerradas con candado, imaginó los fogones con las brasas apagadas, log platos sucios, las camas revueltas, todo en completo abandono, como si la muerte hubiera desalojado repentinamente a los habitantes. Todos están en el Coliseo, dijo entre dientes, y subió las escaleras agarrándose del pasamanos. Desde la altura miró las torres recortadas de la iglesia Victoria, los alerones de la pensión Kennedy, la calle opaca, como un pasillo largo y olvidado, En el otro patio, más pequeño y siempre maloliente, divisó al grupo en una esquina, vio el punto rojo dando vueltas de mano en mano, de boca en boca, Su oído captó las absorciones y su olfato el olor penetrante: la diosa verde, musitó y se quedó arriba, cegada por el resplandor del atardecer que ya a esa hora caía sobre el vecindario de Matavilela.

Cuando el punto rojo se apagó, todos miraron el cuerpo virgen de la Morán Martillo que se alzaba sobre ellos como una aparición. El sol pintaba tonos dorados sobre su rostro y la sonrisa fue una mezcla de paz y deseo, de ira y calmo, La Sierva de Dios, dijo alguien en el grupo y se replegaron Juntos contra la pared con las manos sobre el pecho. No nos lleves, sálvanos, gritaban casi como en un coro aterrado, La salonera del Rincón de los Justos, aquella virgen pública jamás prudente, oyó los gestos y las súplicas. Pecadores, dijo con una voz que sonó como un pito y los señaló acusadora, sintiéndose limpia, vacía de culpas como la verdadera Sierva; después, descendió el pasillo a saltos, movió el viejo pasamanos, pisó los escalones sin contarlos como lo había hecho cuando subió hasta que jadeante llegó al patio. Cristof la miró venir corriendo, espera, le ordenó, pero ella lanzó el Paquete hacia su cuerpo. Para el Fuvio, dijo, y desapareció por el portón de la entrada dejándolo solo, confundido por los gritos que venían del otro patio, aturdido por la llegada repentina de la noche que ahora más que nunca traía malos presagios.

6

No quiero la sangre del funambulero Cristóbal, así se llama el que se dice Cristof, no necesito la sangre de nadie, ni la del bizco atormentado, ni la del Diablo Ocioso, sólo la tuya Narcisa, la tuya que por ser buena y pura me salvará de la muerte, tampoco quiero que me pinchen más, que el doctor Romero me ponga botellas y botellas de suero, que se lleve mi vida para estudiarla como un caso raro. Yo sé lo que quieren hacer conmigo, van a dejarme cojo como quería Marcial cuando me hincó, después dirán que quisieron salvarme, todo porque tienen miedo de que lo busque y le clave mi daga, le hunda el mango de la cuchara que yo mismo afilé como se hace en la cárcel. No más pastillas, doctor Romero, váyase con sus menjunjes para otro lado, haga sus curetajes, pero déjeme quieto, amarrado en esta cama. Témame porque yo soy el Sebas, no Sebastián como usted me llama. Véame cómo estoy, con sondas en la nariz, con agujas en los brazos tatuados, con esa bolsa de plástico sucio por donde Supura mi herida, Yo sé que ha dicho se muere, pero no moriré, se lo juro por la beata, por la salonera del bar donde ful trapeador y mesero, yo lo oí clarito cuando hablaba con ella, por eso cerré los ojos para que me creyeran dormido y hablaran todo, digan dónde está escondido Marcial, no importa que para encontrarlo tenga que tumbar todas las puertas del patio donde vivimos, si no lo encuentro le preguntaré al Tello que lo ve todo desde la Esquina del Ojo, o buscaré a la adivina del cajón para que me diga donde está escondido el cobarde. Cobarde, sí, porque me cayó por la espalda, por todo eso, doctor, no quiero más cortes con su bisturí. mejor ciérreme como yo he cerrado las puertas del Rincón de los Justos tantas veces. No le digas que no, Narcisa Morán, no es la fiebre la que me hace delirar, es la furia de ser el Sebas, el mal que me nació desde chico, cuando me metía al cine Lux para ver las de Steve Reeves, Maciste, Hércules o Sansón y Dalila, tú eras ella y me cortabas la cabe. llera que me daba la fuerza, pero al final yo tumbada el cine y todos morían aplastados, ¿Verdad madrecita que esa es la historia sagrada? ¿Verdad que no le miento? ¿Verdad que nada es verdad? Póngame su mano sobre la frente señora Encarnación, ¡No!, mejor retire su mano grasienta de mi cabeza, no me toque más, no rece más rosarios para que me salve, olvídese de mí, no volveré a trabajar para usted, ni barreré los pisos sucios, las paredes con las marcas de los borrachines que van a su salón, ni el wáter ni nada, dejaré que usted misma saque las jabas vacías, las lleve hasta el camión como yo lo he hecho todos los días. Míralos Narcisa, todos son mis enemigos, desde las enfermeras queme limpian la caca, me toman la temperatura, me dicen: usted sanará señor, pero yo sé que no soy ningún señor, que el señor está en los cielos lejanos y no aquí abajo, en esta cama manchada de sangre, de pus, de orina que no puedo detener Porque la puñalada me perforó la vejiga, el hígado que el doctor Romero se lleva por pedazos para estudiarlo como un caso rarisimo, Yo lo he oído cuando creen que duermo, cuando vigilan el suero que cae gota a gota dándome esta vida falsa, la vida que no quiero tener si ya no podré ser

nunca otra vez el Sebas, sino Sebastián como en verdad me llamo, En este cuarto no tengo ni siquiera una ventana, seguro que temen que me escape, que vaya a Matavilela y juegue pelota, toque la bola con la punta izquierda y marque el gol, le haga la real al doctor Romero que habrá apostado al otro equipo donde juega Raymundo. ¡Ah, sí!, ese es otro que tendrá que joderse, aunque no lo conozca, algún día aparecerá y no será todo el mundo como dice la vieja Sepúlveda, ni podrá llevarse a la Narcisa porque es mía, como los trapos que utilizo para pulirlos pisos del Rincón de los Justos. Créame, don Erasmo, fui yo quien inventó el nombre para el salón de las bebidas, estudié en el Colegio Mercantil hasta tercero, solito busqué las aulas en la sección nocturna, hasta que la vieja Encarnación me sacó de ahí, le dijo al rector que ya no podía pagarle, que me necesitaba para el servicio y me quitó el estudio. Era bueno paralas composiciones, créame, como usted que allá en el Guasmo ha escrito ese cuento sobre Julio Jaramillo, aquí lo tengo, bajo mi almohada, lo que no sé es si podré leerlo a escondidas, tendré que abrir los ojos y me verán que estoy despierto, o mejor voy a pedirle a la enfermera que me lo lea, entonces sabré quién es el guitarrero, quién el adú, quién todo don Erasmo, pero lo que no sabré nunca es qué mano encendió la chispa en la tienda del viejo Mañalarga para que me culparan a mí y me tengan recluido entre estas cuatro paredes blancas, con un policía sentado en la puerta, mirándome todo el tiempo, espiando mis movimientos, mis dolores terribles, mis delirios contigo Narcisa Morán, con la vieja Encarnación, con Cristof y el Fuvio, con Erasmo Testu y el cadáver del jota jota. Por favor, Fuvio, yo quiero que me ayuden todos, pero sin darme su sangre, quiero la mía, aunque esté podrida, después yo sé lo que haré. Dile Tello al doctor Romero que no me quite otra gota, que tú has leído en las revistas lo de la maldición gitana, en ese número que se llamaba almas Perdidas y trabajaba la Isela Vega como Mariana, la perversa, y el Jorge Rivero como el Moro. Háblele usted, señora Inés, le harán caso Por sus años, convenza al médico loco que me quite estas amarras, no escaparé, se lo prometo, cómo voy a hacerlo si el policía no se mueve de la puerta, a cada rato viene a ver si seme hay zafado las amarras, si no me he arrancado las sondas para suicidarme, También tú, niño Avilés, cántame una canción y no me mires con esos ojos de pena que más parecen de culpa, canta una del jota jota, que en paz descanse, la quete hizo conocido en la Corte Suprema del Arte, cuando te aplaudimos desde el patio y te hicimos la fiesta, anda, canta , o si no quieres, mejor léeme el cuento de Erasmo, lee, despacio por favor, lento para que pueda oírlo bien, sentir su muerte que es como la mía, como decir murió el Sebes, vivió Sebastián.

EL CUENTO DE ERASMO

1

Yo sé que todo lo que dicen de ti son puras mentiras, parcero, adú del alma, ñaño de la cuerda tensa; sé que no fuiste el perro el de la Víctor, el Colón de la Columbia, él sírvase de mí de allá donde usted sabe; tampoco el gorrión pollito, apenas el alondro, porque no puedo decir alondra, de este mansito Guayas, Fuiste, eso sí, el zambo infiel del codo alzado, el plato lleno para los muertos de hambre, los que a tu muerte te cafetearon largo, te dieron vueltas y vueltas en el Coliseo Cerrado donde te velaron, cuando todo el mundo hablaba de tí y las mujeres venían a librarte sintiendo tu pene fláccido metido en la entrepierna. A pesar de las luces, tú estabas allí, tranquilo como los mismos muertos, sin que tu aliento empuñara el vidrio brillante de tu catafalco, sin el micrófono ni el falsete, toda la fama hecha una flema en la garganta que te acabó la voz pasillera, te quitó el vicio de los cantatriste. Porque fue por vicio que te tocamos el requinto, te acompañamos a dar serenos en las puertas y las ventanas; entonces no necesitamos de la cola blanca, del agua fuerte para que los bajos te salieran altos, para que la fatalidad fuera cierta; mientras mi dedo hecho una costra rasgaba la cuerda primo, la cuerda que a ti sete quebró de tanto estirarla por los teatros del mundo.

Así fue todo y yo era tu fiel amigo, el que aprendió a tocar por las puras, como tú que de oficial de albañil te volviste pasillero, primero cantando encima de los sacos de cemento, entre montones de arena y piedra fina; nosotros hacíamos una vaca que a veces era toro, para los puritos, de poco al principio, pero después fue tanta la ilusión que todo se hizo abundante. Tu eras el radio, yo sé que se dice la, y estabas allí el día de pago, al mediodía, a la tarde y a la noche, que era cuando te ibas y la usa, a tu odiado domingo, al chuchaqui mañanero que tenías que pasar adentro porque el intendente Rigail había ordenado batidas a los vagos esquineros, a las camisas rojas y a las uñas amarrillos. Yo sé que tú no, pero los otros sí, y como los otros si, usted también. Por eso no le tirabas esquina a la Blanca te ibas nomás de frente a su ventana y te colgaba de las redes con las manos cercanas a los maceteros donde estaban las flores del mal paso, los dos botoncitos cerrados en un ojal oscuro. Y te venían ganas de cantarle allí mismo, mi amor, mi roza enrejada; Romeo gil del trópico. Yo sabía que fue a ella a quien le dedicaste el primer número de tu presentación en la Radio Cóndor; cuando dijiste en voz de tiple este pasillo va dedicado para la mujer de las iniciales B y R, entonces todo el mundo aplaudió porque creyeron que se trataba de tu madre, la Pobre vieja que ahora ni una casa tiene. Todo eso pasó cuando don Armando no tenía aún la Radio Cristal, el Balcón del Pueblo, ni había en el aire la hora tuya. Y tu voz fue esa noche tan de reja de ventana traspasadas que yo apenas pude pulsar el instrumento; me quedé entre la prima y la cuarta, porque sus canciones fueron como los brazos del estero, Pequeños ríos de agua salada que se metían en la ciudad por

Sorpresa, inundaban las calles los zaguanes como torrentes de voz pluta. Todos te alzamos en peso esa noche, te pusimos en un minuto al filo de la gran vida, al fondo de la muerte adonde fuiste a parar de cuerpo entero, como antes en las fotografías de la revista Estrellas, Yo lo recuerdo y lo sé todo, pasillista de la casa vieja. La Blanca Rosa se fue contigo por tus luces efímeras; al tiempo volvió y se fue con Otro, porque de verdad le gustó fugarse con artistas que le cantaran golondrinas con los calzones caídos, como lo hiciste tú la primera vez, cuando le engendraste el primero de tus veintisiete primogénitos, que no salió músico sino mariguanero, soplador de instrumentos de humo en vez de viento. Yo, como el perro fiel de la Victor, te seguí acompañando, tocando y llorando tu canción profunda, nota anota, gota a gota, sin que nadie me conociera, ni en Guayaquil ni en México, ni en el Teatro Guayas ni en el Blanquita. Fama fulera. Yo fui el borracho al que empujaste en esa fiesta con Daniel Santos que grabó la Victor; yo, que en ese momento no servía, porque de tanto trago los dedos se me entiesaron y no podía alcanzarte el tono, el re sostenido mayor, el mi menor de los falsetes. La fatalidad atrás, mi yunta. El dinero, hueso roído por los perros, pasaba por tus manos dejando apenas unas manchitas verdes en tus palmas. Y fueron pesos livianos, soles oscuros, sucres asesinados, todo se destruyó como tu cuerpo, fatalmente condenado a las cantinas donde los remadores te hicieron bote y te abandonaron cuando te hundías en estas mismas aguas ardientes y apestosas.

Me parece que estos años no han pasado todavía, puedo verte sudando la gorda en las construcciones, agitando la mezcla mientras la ciudad crecía; después, como en el cine, estás agachado cortando la suela, porque te hiciste zapatero aparador; y la garganta abierta para dejar salir la voz y entrar el trago todo hasta que te descubrieron y te convertiste en el pasillero albañil, perseguidor de hembras y famas raudas; primero en Guayaquil, después en Yaguachi y Quevedo, más allá, en Santo Domingo, hasta llegar a la Sierra, al Valle de los Chillos, que tú llamabas de los Chullas, a Quito y Tulcán, la frontera que cruzaste de un salto para ser internacional.

Y en todas partes ibas dejando el recuerdo de esa voz tuya, un pasillo de quejas que tus pies supieron recorrer en unión mía, con la guitarra vieja que te acompañaba, con mis dedos que después del charrás charrás en las cuerdas te tocaban a ti Para saber que eras real, que existías, antes de que te hicieran Pagar por ese virgo roto, por esa concha partida en los bordes que te alejó de la ciudad definitivamente, de los teatros donde te pifiaban cuando tu voz era buena, todo Porque se regó la bola de que los hermanos de la Blanca Rosa se habían vengado, te hablan hecho infeliz por atrás con saña, con ganas de Que te fueras al oso donde ella había ido parar por culpa de un mal curetaje, Y vinieron México y Venezuela, El rey y El pavo real, tus éxitos que grabó la Victor y que no se oyeron acá, pero si en el barrio de las Carretas y en la Plaza Garibaldi, donde en las moches más solitarias bebíamos juntos.

Tu madre te tenía al día en los acetatos, con tu voz y mi requinto emergiendo desde los surcos negros, Y fueron quince años así, botando notas al pie del laberinto, en la región más transparente, conquistando el aire, yo al pie de tu pie, atrás de tu cuerpo, bajo tu sombra grande y Protectora. Júralo, me dijiste una mañana de chuchaqui suicida, cuando te conté que en Guayaquil don Armando había hecho sonarla hora tuya, y tus fanáticos pronunciaban tus iniciales, a las seis estará con nosotros, gritaban y corrían a las casas a sintonizar Radio Cristal para saber de ti, para escucharte,

Yo seguía contigo, bajo tu sombra vegetando vivo, conocía de tu desdicha, de la falsedad de tu falsete que a veces no era tuyo sino mío, me acercaba al micrófono para hacer el dúo dudoso, metía mi voz donde debía estar la tuya. Tú eras un Pez en la pecera, abrías y cerrabas la boca sin emitir sonidos, ocultando la yugular que no se hinchaba, la cuerda muerta Para siempre, hasta que caía el telón sin que los espectadores te pidieran otra y otra, como antes, cuando tenías que repetirlas todas. El telón te salvaba como la campaña salva a los boxeadores abollados, y te ibas enseguida a beber aguardiente ton sal, cerveza con limón, whisky con miel de abeja, en la esperanza de que te volviera la voz, la voz otra vez, como te oía decir cuando tu borrachera era un cacarear de gallos cansados con fondo de guitarras y requintos jumos.

Todo eso nos hizo volver, ahí está la foto de tu llegada, exhibiéndose en la galería de la fama, con tu brazo enganchado al mío y el otro dado al pueblo, en pleno recorrido por las calles donde la gente te saludaba, y las mujeres, al verte, comenzaban a sudar de piernas y de sobacos. Y en el Balcón del Pueblo cantaste *Guayaquil de mis amores*, fue como un himno coreado por diez mil gargantas, entre ellas la tuya ya apagada, muerta hasta el estornudo que intentabas animar a punta de aguardiente y café tinto,

Despacio el mal del guargüero te llegó al cuerpo, primero con la fiebre lenta que te hacía tiritar en estas costas ardientes, después con los espasmos que te volteaban el estómago cuando los hilillos de sangre tejían la tela de arañas que a ti te asustaba tanto. Acompáñame, me dijiste desde la cama y yo levanté el requinto, tuve apenas tiempo para afinarlo y darte el tono que no pudiste alcanzar, porque ya estabas del otro lado, lejos del país de los vivos, de los lagarteros que vinieron pronto a cantar en el carnaval de tu muerte. Y las putas y los ladrones sacudieron el polvo de tu rostro, mientras las cámaras de televisión te enfocaban, los micrófonos se acercaban a pedir opiniones a los artistas, y yo de golpe recordé esa noche oscura cuando me hice juramento en una ciudad lejana y dije que, si morías primero, sobre tu cadáver iba a dejar caer estas palabras, que son toda menos tu falsía, el telón que abro sobre tu verdad a la hora de tu muerte.

Erasmo busca por unos instantes el paquete de cigarrillos, encuentra la vitela, el pedazo de materia plástica que siempre lleva como un amuleto en el bolsillo. Lo mira con pena, pasa un dedo por sus filos gastados, se lo acomoda en el anular y simula que tiene la guitarra pegada contra su pecho, da el sonido con la boca: tran trin; aprieta los dedos de la mano izquierda como si los tuviera en el traste, busca las posiciones y sigue dando el sonido con la voz: tin, tinto tinto, tin tin y se calla. Otra vez vuelve a imaginarla que la tiene contra él, acariciándola como a una mujer. No habla, mira de vez en cuando las zonas marcadas en la tierra por el niño Avilés, Cristof, el Tello y la vieja Saraste; ve las piolas, los pedazos de madera que forman las paredes, piensa una canción, la oye imaginariamente, la entona despacio sin decirla, llevando el compás con el pie. Se detiene para mirar hacia arriba, un tema: el cielo oscuro y lejano; ahora sí lo dice, pero no encuentra la letra. Y él, que grabó tantas, musita. Los perros ladran por todas partes, pero los ignora; la noche vuelve a ser silenciosa. Vamos una, Erasmo, dice, y entona: fatalidad sino cruel que mi joyel se llevó; se calla y ríe, parezco loco, aumenta y ahora encuentra los cigarrillos, enciende uno mirando el suelo donde está sentado. No sale nada, no en ese momento que para él ya no hay cielos ni estrellas, su voz es casi un susurro; pensar que tuvimos tantas, que había luces en las marquesinas, en todas partes. Vuelve a pulsar la guitarra imaginaria, ahora con furia, como si su rostro nuevamente se reflejara en la superficie lisa del instrumento que él mismo pulió, puso las marcas de cada presentación, los boletos de las lunetas y las galerías. Erasmo vuelve a cantar: todo lo que quise yo tuve que dejarlo lejos; fue esa en la mera que lo acompañé allá donde los lagarteros; Fatalidad, a la última; después vino la cama, la muerte. En la soledad, charolador se da cuenta de que ha estado hablando solo mucho rato, se pone de pie para busca algo de beber, camina un trecho, le pregunta a una mujer, ¿dónde puedo encontrar agua? No le contesta, lo mira, El cielo continúa oscurecido, pero él sabe que esta noche hay otro cielo clarísimo, que las luces del Coliseo estarán alumbrando el rostro del cadáver y la gente desfilará silenciosa, sin prisa, toda la gente iluminada, menos él que lo acompañó siempre, que le enseñó; que se quedó en el fondo de los discos, atrás, siempre atrás, hecho sonido, cuerda. Mañana, dice Erasmo mientras comal titulares hablarán de los que fueron sus amigos y las fotografías los mostrarán envejecido, tristes, alguien preguntará por mi requinto, no por mí; se enterarán de que lo he per, que ya no tengo dedos ágiles que lo toquen, que me fui vivir en una calle roja, a matar la vida que me queda, pero no podrán enterarse de que estoy aquí; solitario en la vigilia de esto que ahora es mío, de estas. cuatro paredes de bs de este suelo sucio. En otro lado, Erasmo vuelve a sentarse, hace como que toma otra vez la guitarra, jura, no volveré a recordar ni a tocar, no volveré, y emite boca seca: tran tran. Se quedan quieto recordando: un lugar lejano y lujoso, las mesas dispuestes ordenadamente, el halo de luz formando un cono, alumbrándolo siempre, él atrás fuera de la claridad, sentado en el banquito con la guitarra apoyada contra el muslo, el pie

izquierdo en puntilla. Cerrando más los ojos le viene la imagen de las mujeres que lo aplauden, a él, no a mí, dice, El ladrido de los perros vuelve a sobresaltarlo, otra vez simula tomar la guitarra, pasar la vitela por la encordadura, pero el instrumento no suena. Nunca más, dice y la sed lo abrasa; imagina el vaso amarillo, la bebida brillante, el hielo fresco que él tomaba entre canción y canción y que ahora necesita, desea, quiere. A lo lejos un vehículo alumbra el camino. Erasmo lo ve acercándose despacio, bamboleándose en los baches profundos, sacudiéndose en las piedras, está más cerca cuando divisa su color amarillo y mira que se detiene, que alguien lo llama, Desde donde está, no ve su rostro, sabe que es un hombre, que alguien lo encontró, a medida que avanza ve definirse el cuerpo grueso del viejo Ribadeneira. Erasmo, dice cuando ya está frente a él, y enseguida le anuncia: mañana es el desalojo. Los perros otra vez ladran, los cigarrillos desaparecen, él los busca, vuelve a encontrar la vitela que le lastima la mano, camina dos pasos, tres, mira el cielo repentinamente lleno de estrellas, se vuelve para ver al viejo, jadeante, sudoroso, vencido; quiere hablarle pero la voz no le sale, el aire lo ahoga; ¡mierda!, grita, ¡mierda!, repite envuelto en furia, en sed, en recuerdos del patio y la música dela guitarra perdida, de esa calle muerta pero viva sin ellos que la habitaron, que la volvieron roja para siempre.

3

Chacón le dice que han venido los municipales con la orden de desalojo. La Leopa lo mira y barre el piso. Es malo barrer de noche, aconseja y le quita la escoba. Ella ve la tierra que forma un montoncito en el centro del cuarto, Dámela, pide; él se la entrega sonriente y ella vuelve a barrer. Chacón otra vez busca la cama, se acuesta con las piernas abiertas, ¡Ay, qué rico!, musita mirando al techo, Leopoldina de pronto ya no barre el polvo, tiene la sensación de un baile, de su figura delgada moviéndose ante un grupo de espectadores, camina despacio hasta el pequeño receptor que chilla cuando lo enciende, ¡Música!, ¡música!, ¡música!, dice al oír los pasos en la escalera; su oído se afina para escuchar la respiración del otro lado, ¡La luz!, grita de pronto y la enciende, Chacón la mira moverse, Será la última vez en este cuarto, dice con la voz gangosa. Y la última en tu vida, le aumenta ella. Él sonríe, sabe que ha dicho lo mismo muchas veces, que la primera vez también fue la última. La Leopa se inclina para recoger el polvo con la mano y lo deposita en un tacho. La música sigue aumentando y ella se acerca al punto donde Fuvio Reyes ha puesto su ojo. ¿Qué ves ojito?, pregunta y se saca la blusa de un tirón, La lanza hacia la cama donde el hombre descansa. Muere, grita la Leopa y también sonríe. Él le pide que siga, que es una buena forma de despedirse, ella sacude los brazos, sus senos se mueven

aprisionados por el sujetador; el fin, el fin, canta ella moviéndose desde los hombros hasta las caderas. Ella sabe que el ojo está allí, que es suyo, que no hay nadie afuera que pueda impedirle que la vea bailar. Acercándose más le dice, miramelindo, miramelindo. Chacó no puede evitar la risa. Nunca me has llamado así, le habla contento entre toses y sacudidas. Ella sigue bailando, busca el centro y se suelta la falta sacudiéndola con las piernas, haciéndola volar hasta el foco que parpadea. Chacón tiene los ojos inmensamente abiertos; Fuvio, tras la pared, es un cíclope; sigue, está a punto de gritar el bizco, pero se calla cuando la Leopa otra vez se acerca al punto y le habla: estás curado miramelindo, estás sano, te di el milagro que no te hizo la beata Narcisa. Leopardina no sabe por qué evita decir su nombre, por qué lo siente por última vez. Chacón se pone de pie y camina hasta ella, intenta tocarla, pero la mujer lo esquiva y sigue bailando, él le dice que la ama y ella que lo odia. La música cesa pera la Leopa busca otra emisora, pasa por alto los pasillos que a esa hora suenan en toda la ciudad, encuentra un dengue y lo baila con pasos cortos, después largos, da una vuelta de improviso y el sostén salta al suelo dejando libres los pechos, las puntas erectas, frágiles y amenazantes. Chacón retrocede, no la ve desnuda desde hace mucho tiempo, sólo la ha sentido en la oscura imaginándola, buscando su sexo celosamente guardado, el dolor que le produce el place suyo. La música vuelve a cambiar y Leopoldina no para de agitarse. Te vas a cansar, dice él, ella hace coro a la canción: baila, baila negra, mueve la cintura. Fuvio Reyes quiere meter los dedos para hacer más anchos el hueco, su rostro suda sobre la pared de cañar. Ella busca el centro porque sabe que ese es el sitio exacto desde donde el Ojo Mirador la divisa completa. Afuera seguramente hace frío, pero la Leopa se siente arder, no es la pasión lo que la enciende, no, sino el vértigo del final. Chacón otra vez la busca, ella huye dando vueltas por el cuarto estrecho, tumbando tratos, los bancos de madera, la mesa tosca que rueda hasta una esquina derramando el agua de un balde, el piso se inunda, ella siente el fresco del agua en sus pies, se desliza nuevamente al centro y Chacón la alcanza, comienza al doblar sus brazos para inutilizarla y besar su boca, ella se arquea, baila todavía o simula moverse para que el Fuvio crea que es parte del espectáculo, que es el finas de su acto, de ese ballet que ha repetido noche a noche por varios meses, que es el striptease que ahora completa tirando el calzón hacia abajo, descubriendo el pubis donde el vello forma un gran triangulo oscuro que los tres ojos miran, el Fuvio atrás de las cañas, sin hablar, Chacón uniéndose al baile, simulando hacer pareja para acercarse, aprisionándola ahora si por la espalda para arrastrarla hasta la cama, la Leopa desnuda trata de escapar, pero está vencida. Chacón quiere desvestirse, pero teme que ella escape, que vuelva al centro, a moverse y encender la música. Ella en cambio no grita, únicamente cierra las piernas cuando el abre el zíper del pantalón; la mujer gime, empuja, pero el peso es tan grande que se siente vencida. Chacón la sujeta sin esfuerzo como crucificándola, está a punto de penetrarla cuando una voz chillona grita no, tras la pared, y el hombre se levanta apresurado, busca la puerta, la abre;

en la oscuridad solamente distingue los cuadros rojos de la camisa del Fuvio fugando rumbo al portón completamente abierto pero oscurecido.

4

Una columna larga se extiende contra la pared del cine Lux, una hilera que cubre la vereda del edificio, que se retuerce somo un ciempiés dando voces, una cola que se mueve gritando, sácalo, sácalo; que pugna por llegar a la jaula de tela metálica donde varios cuerpos desaparecen para salir al otro lado y correr hacia la entrada. La luz, más allá, marcando una línea clarísima iluminando las cabezas de los que permanecen allí, a la espera de un espacio para poder unirse a la cola sin ir al último. El aire en todos los alrededores subiendo acre desde el suelo, sucio, En los bordillos, los revendedores ofreciendo los boletos, a veinte sucres a veinte, desapareciendo rápidos de la mirada de los municipales que los persiguen agitando los tortolos de caucho contra sus Cuerpos, contra ellos, que se apaciguan por un momento Para después volver a moverse porque la fuerza es tan grande que tienen que agarrarse de las cinturas, formar un solo Cuerpo que sigue creciendo, que ahora da la vuelta a la calle Morro, se pega a la pared como un gato. El rumor es tan alto que hay que hablar a gritos. En la entrada, el portero tiene que interponerse a los que suben a la galería, casi arranchar los boletos de esas manos que sudan, que los devuelven hechos estopa. Puercos, dice y después de romper los papeles los deja pasar. Los espectadores, con las ropas arrugadas suben a saltos, tratan de ganar los mejores sitios, en la oscuridad hallan el camino, a tientas, hasta acostumbrarse, buscando al amigo que se perdió al subir y que desde el otro sitio les grita el apodo-nombre; acá hay uno, dicen y corren para alcanzar ese espacio, el asiento de cemento que se con serva frío a pesar del calor de adentro, a pesar de los malos olores que tres ventiladores de aspas lentísimas apenas remueven en el aire viciado, La gente sigue subiendo porque es estreno, Cuando cesan los comerciales y aparece el nombre de la película, una cabeza se refleja en la pantalla, después unas manos que hacen formas obscenas y todos gritan enardecidos, saca la cabeza, ¡dale un cocacho!, ¡tutetute!; log que están cerca se mueven para golpearlo, pero el hombre se sienta rápidamente, ¡ya, yal, grita y se calman, se apaciguan. los gritos, se encienden los cigarrillos con puchos y se concentran al frente:

el Diablo agachado mirando hacia el telón la pantalla blanca donde él es él y ella la Narcisa que corre huyendo de las Damas de la Caridad, del Sebas y de la Encarnación Sepúlveda / todo girando alrededor de la escena que se

enciende / se apaga, se corta, / se quema / ella que es ella gritando / ayúdame / Raymundo y él que es él interponiéndose para que escape / huyendo por calles y avenidas / saltando paredes / abriendo puertas / alcanzando un desierto / donde ella que es ella hace de reina /la abanican Jos esclavos y varias mujeres le arreglan los tules de su vestimenta / le brindan vivo que él que es él / bebe primero Para que no la envenenen / para cuidarla delos remolinos que se forman cuando la pantalla se opaca /se rompe / se daña / él que es él volviendo enseguida a aparecer/ galopando sobre un caballo brioso / tras los ojos de ella que es ella y se sube y se escapa agarrada de su cintura / de su cuerpo fuerte y sano / el caballo con una soga tirando la imagen de la beata embalsamada / sacándola del Rincón de los Justos / arrastrándola por la calle Colón / cruzando raudo sin oír los pitazos porque el caballo oye por él que es él y por ella que es ella / asustada, acosada por todos los negros esclavos y sus plumas de avestruz / por las mujeres que la quieren dejar como la otra / muerta y embalsamada / él que es él golpeándolas a todas / hundiéndose en la oscuridad para que no lo vean ni lo sientan llegar hasta donde duerme / el patio grande y húmedo / donde el rey del mundo la cuida / la ama / la meca / la seca /la tutuleca y le dice por fin / déjala y ella que es ella corre a sus brazos que se cierran / la hacen suya no de ellos que son ellos /sino de él que es el él de la película que ahora estrenan / que aplauden, pifian, hasta que las luces se encienden y el Diablo se levanta para salir / baja rápidamente antes que ellos que son ellos lo atropellen /lo pisen / le quiten la forma / a él que es él y que ahora abajo mira los trastos amontonados afuera del patio de las carretas / ve la gente gritar / tirar piedras a los municipales / correr porque disparan al aire / y él que es él la busca a ella / la encuentra protegiendo a la Encarnación que todavía cuida las botellas y ve que ellos son ellos / se le abalanzan y él que es él corre a defenderla.

5

Tú, hijo de hombre, saldrás del cuerpo de Blanca Aurora, por mandato del dios a quien yo invoco, harás lugar al espíritu santo. Yo pondré el bisturí sobre tu frente, ¡no!, dirás, en el nombre del padre, del hijo que no debe nacer y de la esperma que arde y quema.

Yo haré el signo de la cruz encima de tu pecho, sobre el tatuaje, invocando al poderoso para que dirija una mirada sobre mi pulso firme, sobre la mano de este servidor del dios que habrán elegido para limpiar el camino de la fe y la pasión, curar el corazón de esta mujer que es tu madre. limpiar su vientre de maldiciones y desgracias.

Tú abrirás las piernas mujer, las puertas de lo que fue tu gloria y tu bondad, para que sean marcadas con el sello de mi sabiduría y destreza, librándote de dolores y deseos del espíritu inmundo. De ahí saldrás, hijo de hombre, porque habrás de alcanzar día a día el mayor grado de imperfección corporal que te hará indigno de recibir el salutífero para tus faltas, para tu bautismo, para tu vida.

Yo te examinaré, criatura, en el nombre del todopoderoso, por el dios vivo y por el dios muerto, por el que ha dado luz a los elegidos y oscuridad a los rechazados. Santificaré esta cureta, este algodón lo bendeciré, para que sea remedio santo, permanezca en tus entrañas incorruptible, en tu sexo inmunizado para dar vida,

Te rogaremos mujer, que comprendas nuestras súplicas, nuestros esfuerzos benignamente pagados, No tendrás el hijo, pero te lo conservaremos y protegeremos en esta ampolla, para redimir tu sangre preciosa regada en el pecado, en este cuarto, en esa pensión que ahora destruyen como nosotros destruimos el fruto de esa unión impura.

Yo te expulsaré, ser deforme y rebelde, en el nombre del padre, te mandaré a salir de ese cuerpo y te obligaré a retirarte en nombre del que te dio la vida que se acabará en mis manos.

Te retirarás serpiente del cuerpo de esta mujer arrepentida, porque yo te lo mandaré, y tu carne se confundirá ya negará en la sangre de ella, sin saber que ese será el día de los suplicios terribles, que tu sentencia será irrevocable, que estarás condenado a las llamas, junto a tus hermanos, los. que se rebelaron contra natura y nacieron.

Escaparás, ser maldito, porque donde está el signo de la redención, no puedes estar tú, hijo de hombre.

6

La noche final es esta noche. El patio vaciado, los trastos exhibiéndose en la calle del Descubridor. Los habitantes alejados unos, vigilantes otros de sus bienes terrenales inexplicablemente expuestos a los transeúntes. Por todos lados la humedad, los soportales mojados, la calle entera chorreando líquidos oscuros, sombras que se extienden desde los alerones hasta los zaguanes. Nadie imagina que, con el sol, las palomas volverán a despertarse, moverán en el patio de las carretas sus patitas rosadas, balanceando sus cuerpos frente a los palomares que todavía no han destruido, Nadie piensa que mañana temprano volverán a escuchar las campanas de la iglesia Victoria, solamente esperan el día para irse, para

buscar ese espacio lejano, la pampa ardiente que los espera con nuevas sorpresas.

Cristof, con el pedazo de tiza en la mano, comenzó a trazar la línea blanca sobre el asfalto, caminando hacia atrás, dibujó la cuerda por la que Fuvio Reyes debía caminar en el último ejercicio antes de hacerlo en el aire. Cristof, gritó el bizco atormentado al salir corriendo por el portón. La fuga, el miedo, la pena de abandonar la pared y los deseos, tejieron en él una red de nervios que nunca antes el funambulero le había descubierto, En verdad, comenzó a decir, no deberíamos hacerlo hoy, con tanta bulla y tanta gente mirándonos. Fuvio le contestó que no importaba, que esa era la hora y el día señalado, que mañana irían a buscar los árboles más altos para estirar la cuerda, Fue un diálogo breve lleno de frases cortadas, explicaciones, toda la mañosería que el maestro le enseña a su discípulo. Espera, dijo Cristof y trajo el balde con agua para que Fuvio Reyes metiera pies calzados con los escarpines. Anda, le ordenó ahora, si tus pisadas no borran la línea blanca, te habrás caído, estarás muerto, aunque sólo sea en falso y nunca volverás a venir conmigo a la cuerda floja. El muchacho no contestó, movió la cabeza asintiendo y buscó la línea en la calzada, El equilibrista atrás de él, en cuclillas y con la vista fijada en sus escarpines.

Fuvio Reyes bajó el bordillo, puso sus pies uno delante. del otro; de pronto, sintió el vacío, un peso inmenso sobre. los hombros y levantó los brazos en horizontal. Uno, dijo Cristof cuando él dio el primer paso, Dos, continuó el aprendiz. Tres, musitó el maestro. Cuatro, el alumno. Cinco, seis, siete; cada pisada del Fuvio borraba la línea en un ejercicio Perfecto. Ocho, dijo Cristof elevando la voz, Nueve, le contestó y una alegría inmensa lo envolvió de repente; abajo estaban los espectadores, el público al que no hay que mirar, como lo aconsejaba el hombre de las hopalandas negras, Once, dijo él mismo, doce; siguió y una luz intensa le dio en la cara, apenas escuchó un ruido que parecía un rumo: y la misma luz lo empujó al vacío, fuera de la línea salvadora, arrastrándolo por el aire que se endureció como el cemento Y Ya no oyó más la voz del maestro, solamente sus quejes, la furia que lo aventajaba en el grito, la muerte andando sobre él en las llantas del automóvil.

7

No lo viste, Carlos Thomas, di que cuando doblamos, íbamos rápido, que habíamos comido, pero no bebido y él se apareció, estaba parado en la mitad de la calle, con los brazos abiertos como si fuera equilibrista y tú le hundiste el chuzo al carro; no sabíamos que había toda esa gente en la calle y el Chafo gritó ¡cuidado!, pero ya fue demasiado tarde, el loco se atropelló,

y tú seguiste raudo, ¡no te detengas, Carlitos!, te dije yo y enfilamos por la calle Santa Elena; atrás gritaron ¡cójanlos! y seguiste sin mirar el capó del auto rata ensangrentado, las ruedas rojas dejando las huellas que ellos siguieron, hasta que nos alcanzaron frente al mercado, dijeron: bájense hijos de puta y nos cayeron en masa, primero a ti, que ni intentaste huir, después a mí que me sacaron por la ventana, al Rulo y al Chafo los arrastraron del pelo, se los llevaron para esa calle, con nosotros que gritábamos, ¡Auxilio!, ¡policías! entre los golpes, las patadas, los trompones. Ya no, decíamos y cuando llegamos al sitio ya hasta habían puesto las velas sobre el asfalto. ¿Y el cuerpo?, preguntaba yo aterrado. ¿Y el loco?, gritaste tú golpeado, y nos empujaron al patio donde estaba el moribundo, muerto ya, ido de este mundo, con la camisa a cuadros rota, los pantalones desgajados y unos zapatos de tela manchados de sangre. La soga, la soga, pidieron ellos enardecidos y te amarraron las manos como si fueras un choro, después hicieron el lazo como en las del oeste, nosotros gritábamos: ¡la ley!, ¡la ley!, ya te subían cuando el muerto dio el último suspiro, dijeron, revive, pero estaba frio y siguieron alzándote. Tus bellos o azules ya apagados, tu lengua lamedora afuera, tus mojadas. Carlos Thomas linchado por culpa de nosotros, Por la leona que fuimos a calmar en esa calle maldita ya morías, cuando por fin vimos a nuestros salvadores que llegaban, azules y amarillos unidos para nuestra defensa, yo escupí una cara fea que me miraba, el Rulo le pateó la panza al muerto, Chafo gritó pronto, y te soltaron de golpe, ya morado, te sacaron la cuerda, ya enrojecido, te pusieron de pie, ya blanco, pálido como eres, yo me acerqué al loco pero. no quise ver su cara, solamente oí su nombre llorado por una mujer, por un hombre con capa, vi que otro sonreía y rezabas bien hechito por mirón, la mujer lo puteaba: vago, mugro, revistero, maricón; le decía frente al muerto vivo, con su camisa a cuadros rojos que estrujaron, ensangraron las llantas del auto rata, olvidado, ahora en la calle donde nos atraparon huyendo; di que era el día del velorio del güevas del jota jota, que no había canción cantada, sólo sombras nada más y que nos saquen de esta encerrona, que el culpable eres tú, por grifo, por pito loco, di.

8

Por fin salieron, se han pasado encerrados desde que empezó todo esto, ¿Cuándo empezó? Chacón la mira sin saberlo. Leopoldina también. Se miran, Mirarse es saber que todo ha terminado, que ya no habrá más bailecitos en el cuarto del fondo, que los trastos serán innecesarios ahora. Mañalarga patea una botella que rueda pesadamente entre las piedras, se despica dejando el pedazo de vidrio roto oculto entre los desperdicios.

—¿A qué hora nos largamos?, pregunta Cristof.

Nadie le responde. La vieja Inés acaba de sacar un bulto pequeño sujeto con piolines. Lo coloca cuidadosamente en el suelo.

—Pesa —dice—, ¿qué será de la Encarnación Sepúlveda?

—Me propuso un pacto —contesta Cristof— hacer mi número en otro lugar, en el nuevo salón que ya no se llamará el Rincón ni será de los Justos.

Nadie rie, el chiste inventado por Cristof lo llena de recuerdos. Marcial, el Fuvio, Sebastián y la Narcisa que ya se han ido.

—¿Con quién se fue? —pregunta doña Inés fingiendo interesarse.

—A ella se la llevó el Diablo, ese sí fue un buen pacto.

Cristof habla despacio, por primera vez en mucho tiempo, ha dejado los escarpines y lleva unas botas pesadas,

—Lastimarán mis pies —dice mirándoselos,

En todo el patio de las carretas hay un vaho blanquecino con humo de cal, las piedras desnudas están secas, ávidas del agua que las lavanderas tiraban sobre ellas. Los perros, la Gracia Divina, el Sultán Negro, acercan sus hocicos al suelo endurecido buscando desperdicios.

—Apúrense —grita el niño Avilés entrando apresuradamente. Todos lo miran, ven su pequeño cuerpo encogido, la camisa sin planchar, el pantalón sucio—. ¿Qué les pasa?, apúrense —repite.

Los curiosos comienzan a llegar hasta el patio. Han visto el camión parqueado afuera, a los cargadores dispuestos, al niño Avilés apresurado. La vieja Inés avanza hasta la entrada, se vuelve,

—Eso es lo mío —dice señalando sus bultos, la pequeña planta en el macetero.

Los cargadores caminan hasta allí, recogen los bultos y se los lanzan unos a otros formando una posta hasta e balde del camión,

—Leopoldina —dice Chacón. La mujer toma la manija del baúl y lo levanta. Chacón la imita, caminan hacia afuera mirando donde pisan—. Despacio —dice él

—¿No vienen con nosotros? —pregunta Cristof.

—No —le responden a dúo y alcanzan la calle. En un momento, todo está sobre el camión. Los vendedores de baratijas ayudan a doña Inés a subir junto al conductor. Cristof de un salto se trepa atrás, acomoda una silla y se sienta, desde arriba mira la calle, Matavilela viviendo todavía, escupe grueso y grita: vámoooonoooosssss.

9

Solamente yo me he quedado en el Rincón de los Justos. Yo y la imagen de la Narcisita que las caritativas dejaron aquí y no han venido a buscar. Tiene la barriguita llena de plata y estoy a punto de romperla para saber cuánto tiene. Tengo todito el patio para mí, la pileta, los cordeles, los cuartos vacíos. Ella y yo solas, sin la volantusa de la Martillo Puta, ni el vago de Sebastián. Yo sabía que querían robarme, pero ella me ayudó, me dijo cuándo lo iban a hacer y me despertó con un sueño. Me acuerdo de que los vi acostándose abajo para hacerse los dormidos, no pudieron, nadie podrá sacarme de aquí, ni llevarme a otro lado porque la beatita está conmigo, la mantengo encadenada a la rockola para que no se me escape, para que no se me haga como ellos que han dejado solo al pobre viejo Mañalarga, que ahora camina por el patio, No sé por qué se quedó, por qué sube al corredor, se acerca al pasamanos y abre los brazos mirando hacia abajo. Dime Narcisita, qué cosa terrible quiere hacer el padre de Marcial allá arriba. No, mejor te callas, no nos importa si estamos juntas, si desde hoy en adelante tú serás mía, solamente mía como no fue la otra, malagradecida puta de todos, A ti, no permitiré que nadie venga a tocarte, a dejarte monedas en la ranura, en el hueco que las caritativas te hicieron para que les sirvas de sierva. Yo esperaré tus bendiciones, tus gracias aquí en este Rincón que será tuyo, de las dos y que ahora voy a alegrar con música, con la última del jota jota; el debes darme la moneda, una de las que tienes en la barriguita, la que escondes en tu vientre, la que yo te voy a robar ahora que te doy vueltas y te digo: gira gira en el rincón, sé justa, gira gira en el rincón, gira pira.

EPÍLOGO

Si la miran, la verán arrastrándose sobre el pavimento, hecho hueco el bordillo delas aceras, sucia y pestilente, mostrando los zaguanes oscuros, las escaleras caídas, las casas viejas con Puertas que apenas se sostienen en los goznes, con ventanas de vidrios rotos, trizados por los golpes de los pelotazos, enmarcando escenas en los cuartos de las casas de cita, en el fondo delos salones ubicados uno junto a otro, con las puertas girantes y los nombres extraños: el llanero solitario, el aquí me quedo, el Rincón de los Justos; junto a la botica y el cine, todo lleno de gente que bebe y fuma, que camina por los patios, entre las carretas rumbo a las fondas y las cachinerias.

Si la escuchan, la oirán retumbando los cláxones y las sirenas, los hurras para los equipos que juegan pelota callejera, sonando hueca en las canciones que salen de las rockolas, en los gritos estridentes de los muchachos que corren persiguiéndose; esquivando los colectivos de donde salen otros gritos, insultantes, denunciadores de defectos y debilidades.

Si la encuentran, se asustarán por los cachineros que animan hombres y mujeres con ropas usadas, entre las baratijas, los discos rayados, los candados sin llave, los frascos de perfume que apenas contienen un halo agradable que sube desde sus fondos vacíos. Temerán por las putas que parecen sostener las paredes con sus espaldas; viejas y jóvenes alejándose sigilosas cuando vienen los Policías, dejando en su fuga el olor penetrante de las colonias baratas, el ruido de sus zapatillas sonando contra el cemento y sus talones.

Si la transitan, huirán de las manos que se estiran para Perseguir los traseros, de los escupitajos que caen del lejano circulo del cielo; escaparán del gancho, del brazo fuerte de Siete Pisos que aprieta el cuello como una boa, del del loco Malaria que deja vacío el fondo de los bolsillos, del chineo de los hermanos Calixto, del puñal de Niño Niño, o del lloro de la Sufrida que te distrae mientras Clarín te asalta.

Si la respiran, se ahogarán por el humo que sale ruidoso de los escapes de los colectivos, por el olor acre que sube desde los braseros de las triperas, por la grifa que se percibe al llegar a las esquinas donde se mezcla con el vaho de orines y la cerveza, todo formando un vapor que los que viven allí, ni siquiera sienten.

Quien la respira se ahoga, quien la camina la huye, quien la busca la encuentra, quien la escucha la oye, quien la mira la ve y ya no podrá olvidarla nunca, porque quien la vive la ama como a una mujer perdida en la calle.